

PREMIO LITERARIO INTERNACIONAL
PREMI LITERARI INTERNACIONAL
INTERNATIONAL LITERARY PRIZE



2013

ST. PAUL'S

CUENTOS CONTES SHORT STORIES



© 2013, St. Paul's School

Avda Pearson, 39-45 08034 Barcelona

Tel. 34 93 203 05 00

e-mail:secretaria@stpauls.es

www.stpauls.es

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, o fotocopia u otros medios, sin el permiso previo de los titulares de los derechos. Convoca: St. Paul's School

Diseño y maquetación: Eva Morell

Impreso en Agpograf, Barcelona

PREMIO LITERARIO INTERNACIONAL
PREMI LITERARI INTERNACIONAL
INTERNATIONAL LITERARY PRIZE



Premio Literario Internacional 2013

16ª Edición de cuentos

Premi Literari Internacional

16a Edició de contes

International Literary Prize

16th Competition for Short Stories

FELICIDADES | FELICITATS | CONGRATULATIONS

Quince años a nuestras espaldas nos dan una visión clara del compromiso de St. Paul's School con las letras, la tecnología y la educación para el mundo global. Quince años que nos han permitido compartir entregas de premios, lecciones magistrales, amistades y nos ha brindado la oportunidad de conocer a personalidades del mundo de las letras.

Hoy, una vez más, nos atrevemos a ofrecerles el resultado de XVI edición, que, sin duda, esperamos les sorprenda por su calidad.

Gracias a todos los finalistas y ganadores.

Gracias a todos los que han hecho posible la participación desde tantos países distintos en diferentes continentes.

Gracias a todos por compartir esta velada con nosotros.

Disfruten y lean...

Patricia Carranza
Directora St. Paul's School

Somos lo que leemos y escribimos lo que sentimos

Publiqué mi primera novela con 45 años, cuando llevaba escribiendo un cuarto de siglo como periodista. Me animó el hecho de que la historia de la literatura está plagada de ejemplos de periodistas que abandonaron su oficio por el de escritor, o al menos lo compaginaron. Émile Zola, Ernest Hemingway, Fernando Pessoa, Gabriel García Márquez, George Orwell, Jack London, Mario Vargas Llosa, Norman Mailer, Octavio Paz, William Faulkner, Tom Wolfe o Truman Capote son ejemplos de que la mejor literatura del siglo XX la han creado personajes que se iniciaron como reporteros. Sin embargo, confieso haber sentido un pudor excesivo cuando entregué a mi editor mi primer original. Miquel Alzueta, entonces director literario de Columna, con quien había coincidido en la redacción el desaparecido diario “El Noticiero Universal”, no sólo leyó el texto con cariño, sino que aceptó publicarlo. Cuando me llamó para decirme que iba a editarlo, sentí una felicidad que difícilmente se puede expresar en palabras. No tenía duda de que sabía narrar una historia para el periódico a partir de personajes de carne y hueso y de hechos actuales, pero temía que los protagonistas de mi novela no resultaran creíbles, que la trama no estuviera bien trabajada, que el ritmo no fuera el necesario. Incluso que las metáforas no fueran acertadas. Pero el libro, titulado “La conjura contra el gourmet”, llegó a las librerías e incluso se vendieron más de mil quinientos ejemplares, lo que para un autor resultaba más que aceptable. Cinco años más tarde ganaba el Premio Ramon Llull, el mejor dotado de la literatura catalana por “Les seduccions de Júlia”, de que se hicieron cinco ediciones.

Mi última novela, “L’home dels pijames de seda”, Premi Prudenci Bertrana, es un homenaje a Truman Capote, uno de los grandes reporteros de la historia, pionero del nuevo periodismo estadounidense, que fue un género de éxito. “A sangre fría”, su novela más célebre, se inspiró en un relato de veinte líneas que una mañana leyó a la hora del desayuno en la página 39 de “The New York Times”. Se trataba del asesinato de una familia en un pequeño pueblo de Kansas, presuntamente para robarles. Capote pensó en escribir sobre el impacto de los asesinatos en una pequeña comunidad pequeña y aislada, pero, cuando empezó a hurgar en los hechos, la policía detuvo a los dos criminales y pudo acceder a ellos gracias a la complicidad del detective que los atrapó, del que acabó siendo amigo. El novelista vio que tenía en sus manos una historia única –su Madame Bovary- que lo comprometía con la vida y la literatura. Mi relato recreaba un hecho poco conocido sobre “A sangre fría”: Capote redactó su novela durante tres largos veranos en la Costa Brava, donde se refugió como un perfecto desconocido junto con su pareja, el también escritor, en su caso de teatro, Jack Dumphy. A través de testimonios personales aún vivos, de las cartas que mandó Capote durante su estancia y de su biografía autorizada, compuse un “thriller” en el que intenté recrear aquellos días en Palamós, a principios de los sesenta, donde el escritor vivía con desasosiego la angustia de los dos asesinos, que luchaban para no acabar en la horca, cuyo final condicionaba la novela.

No tengo ninguna duda de que el buen periodismo es un género literario, aunque eso lo he ido descubriendo con el tiempo. Indro Montanelli, uno de los maestros del oficio, lo afirmaba con rotundidad. Octavio Paz lo ratificó al decir que el periodismo, la novela y la poesía son géneros literarios distintos, cada uno regido por su propia lógica y estética. Pero aclaraba que no sólo la novela estaba impregnada de periodismo, sino también la buena poesía moderna: “A mí me gustaría dejar unos pocos poemas con la ligereza, el magnetismo y el poder de convicción de un buen artículo de periódico... y un puñado de artículos con la espontaneidad, la concisión y la transparencia de un poema.” Por cierto, Gabriel García Márquez, al ser interrogado sobre esta relación entre literatura y periodismo, respondió que lo ideal sería que la poesía fuera cada vez más informativa y el periodismo más poético.

Somos lo que leemos y escribimos lo que sentimos. Umberto Eco y Jean Claude Carrière publicaron unas conversaciones tituladas “Nadie acabará con los libros”, en las que defendían que nada dice más sobre ellos que los libros que les rodean: su biblioteca es el mejor de los retratos de su personalidad. De la misma manera que las obras que han escrito son la expresión temporalizada de su visión de la vida y del mundo. Por eso los cuentos que siguen a estas páginas nos ilustran sobre sus autores y sus historias nos permiten rastrear su sensibilidad. Escribir es una manera de estar en el mundo. El escritor se enseña tras sus relatos, se intenta comprender, busca satisfacerse. En este sentido, narrar historias, desde el periodismo y desde la

literatura, es una forma de explicarnos y de explicar el mundo. Alejo Carpentier dijo que el periodista trabaja en caliente sobre la materia activa y cotidiana, mientras que el novelista contempla la realidad como un acontecer cumplido en la distancia con la perspectiva necesaria. Es una manera de verlo, pero en cualquier caso un libro puede ayudar a cambiar el mundo o, incluso, a hacerlo mejor. La cultura como arma es más potente que ningún artefacto bélico. Ya escribió Aldous Huxley que cuesta tanto trabajo escribir un mal libro como uno bueno, pero en ambos casos sale con la misma sinceridad del alma del autor.

Màrius Carol
Barcelona 1953
Escriptor



GANADORES 16ª EDICIÓN

Selección	Categoría	Autor/a	Pág
Castellano			
Yuki cae y cae	Primera Categoría	Héctor Barberá Ey	13
El árbol que hablaba	Segunda Categoría	Marc Grau Pujol	21
Conversaciones secretas de un escritor	Tercera Categoría	Giancarlo De la cruz Huannay	35
Català			
WhatsApp amb Napoleó?	Primera Categoría	Aina Casal Pelegrí	55
El guardià	Segona Categoría	Jordi Casanellas Casanovas	66
Tot el que resta	Tercera Categoría	Laura Solé Aymami	78
English			
The Devil's Water	First Category	Ellie Ridley	91
Chestnut-Eye Wonder	Second Category	Luke Gyesi-Appiah	101
Unspoken Memories of a Broken Soul	Third Category	Anna Parcerisas Casanovas	114

Hola amigos soy Yuki, el copito de nieve nº 9.999.999. Estoy en la nube 009 sobrevolando la Cerdaña. ¿Sabéis por qué? Porque hoy me toca saltar junto con todos los copitos acabados en 9.

Es un día perfecto para mi primer salto. Hace frío pero no demasiado y un poquito de viento para que la aventura sea más larga. ¿Qué me encontraré por el camino hasta llegar a tierra? Estoy un poco nervioso.

5, 4, 3, 2, 1 ¡Salto!

Ya estoy bajando con mis queridos compis de nube 009. Sopla una ráfaga de viento y me separo de ellos. Voy de un lado a otro. Parezco un pato mareado. Hablando de patos acabo de chocar con uno ¡AUUU! Seguro que va al lago. Ufff suerte que no he aterrizado encima del pato sino ya estaría muerto.

Oigo que gritan desde mi nube ¡Cuidado! ¡Otra ráfaga! Cierro los ojos y espero otro golpe pero por suerte aterrizo suavemente sobre un abeto. ¡Qué suerte! Estoy en el parque de la Pleta, otros copitos ya me han hablado de él. Hay muchos niños y siempre pasan cosas divertidas.

Ya veo a uno y lleva un trineo. Se acerca muy rápido, ups, creo que demasiado rápido. ¡Oh no! ¡Cuidaaadoooo! ¡Booooo! Ha chocado con mi abeto y estoy en el suelo.

Oigo unas risas. Ahora vienen más niños. Son toda la pandilla: Marta, Lucía, Pablo, Martí, Gerard, Eloi, Néstor y Héctor, el del trineo.

Todos juntos empiezan a hacer un muñeco de nieve. Martí, Marta y Gerard van cogiendo la nieve a montones, Eloi, Héctor y Néstor recogen ramas para hacer los brazos y Pablo y Lucía van a pedir unos zapatos viejos, una zanahoria y otros adornos.

¡Ala, qué bien! Me han cogido! Seré parte de un muñeco de nieve. ¡Qué chachi! Me están haciendo cosquillas y ahora un masajito y me pegan a otros millones de copitos para hacer una bola muy grande. Formo parte de la barriga. Creo que estoy en su ombligo. Está quedando precioso.

Al día siguiente, todos los de la pandilla se levantan a las siete de la mañana para ver si estoy bien, pero el muñeco de nieve y yo estamos totalmente deshechos. Yo estoy en el suelo formando un charco junto con mis millones de compañeros.

Al mediodía me pasa algo rarísimo. El sol me calienta tanto que empiezo a elevarme. Estoy subiendo y subiendo hasta llegar al cielo. Aparezco en la nube 0011.

Pasan unos días y vuelve a hacer frío. Sin darme cuenta ya estoy otra vez un poco nervioso y preparado para la cuenta atrás.

5, 4, 3, 2, 1. ¡Salto! ¡A por otra aventura!

SELECCIÓN EN LENGUA CASTELLANA

El Premio Literario Internacional St. Paul's se concederá en tres categorías, para cada una de las lenguas.

1a Categoría: Nacidos entre el 01/01/01 y el 31/12/02

2a Categoría: Nacidos entre el 01/01/98 y el 31/12/00

3a Categoría: Nacidos entre el 01/02/94 y el 31/12/97

Género literario para todas las categorías: cuento. Tema libre.

Germán siempre gana con los huesos. El anciano los mira, los repasa, los introduce en la vasija de barro y suavemente los lanza sobre el suelo. A Germán siempre le toca el hueso de hiena, ese que es tan oscuro que parece carbón vegetal. Lo cierto es que por la noche nos encanta jugar un rato después de cenar. Hay noches que jugamos a las cartas, otras noches simplemente contamos historias de nuestra aldea y, otras muchas, como hoy, nos entretenemos arrojando huesos de animales sobre el suelo: al que le salga el hueso de hiena gana, y Germán gana siempre. A mí, en cambio, siempre me tocan los huesos de gallinas y ratas. Mi madre siempre me recuerda que eso es porque Germán es el hijo de la Gran Mirna, la pitonisa más grande de todos los tiempos. Por Mirna es por lo que estamos todos aquí, alrededor de una fogata, en el interior de una cueva lejana. Porque todos queremos a la Gran Mirna.

Mi madre me cuenta que hubo un tiempo en que médicos, videntes y naturistas podían trabajar en paz sin tener que ir escondiéndose. Vivían en los pueblos y se relacionaban con el resto de la gente. Ayudaban a curar a los enfermos e incluso a los animales, ya que eran parte de la familia. Hacían todo lo posible por salvarlos y, si alguno moría, todos sabíamos que no se podía hacer nada más, que había sido la voluntad de Dios.

Acudían de todos los rincones del país a consultar a Mirna sobre enfermedades, males incurables, y dolores que muchas veces no podían ser curados solo con hierbas. Porque eso era lo que Mirna daba a sus pacientes: todo tipo de hierbas en su medida adecuada. Otras veces pedían consejo a la curandera sobre los días mejores para la siembra o para realizar un largo viaje.

Mi madre era la ayudante de Mirna. Cada mañana se levantaba muy temprano para ir a recolectar aquellas hierbas que sólo podían cogerse con las primeras gotas del rocío. Llevaba una bolsita hecha con la piel de un conejo. Allí guardaba también todas aquellas semillas y muestras con las que elaborar las bebidas curativas. Yo iba muchas mañanas con ella y llegué a conocerme los valles de memoria.

Hasta que llegó aquel día en el que un caballero desconocido montado a caballo nos anunció en la plaza del pueblo que La Santa Madre Iglesia había creado un Tribunal con pleno poder para quemar a brujas, pitonisas, videntes y, todo aquel que no compartiera los mandatos de la iglesia católica.

“No es posible” se repetía Mirna una y otra vez. “En esta aldea todos vamos el domingo a misa y yo misma me encargo de avisar al sacerdote del pueblo de al lado para que los enfermos mueran en paz con Dios”.

Pero aquello era cierto. Dos días después nos enteramos de que una anciana de un pueblo vecino había sido quemada viva en su choza. La anciana era la curandera de la aldea. Como de ella, nos llegaron noticias de otras muchas.

Tuvimos que escapar. Mi madre no quiso dejar sola a Mirna. Una mañana muy temprano, cogimos unas escasas pertenencias y salimos de la aldea. Con Mirna iban su hijo Germán, mi madre, un anciano del pueblo que no tenía nada

que perder, una prima de mi madre y su novio, y yo.

Estuvimos vagando por el mundo y ocultándonos de las miradas de las aldeas. Yo era muy pequeño todavía y me costaba gran esfuerzo caminar sin cansarme. Mirna había oído hablar de unas cuevas ocultas que sirvieron de vivienda a los moros hacía muchos años.

Hasta allí llegamos y aquí nos encontramos ahora. Intentamos que nadie nos vea de día, y de noche nos resguardamos en el interior jugando a cualquier cosa. Sé que todo está bien porque la Gran Mirna está tranquila. Si algún día Mirna ve algo malo que nos pueda pasar, lo adivinaré en sus ojos. Quizás sea el día que Germán atrape el hueso de gallina. Espero que ese día no llegue nunca.

Autor
Martí Alegría Baeza

“¿Dónde estoy? ¿Qué me ha pasado? pensaba Simon. Eran las 9:00 de la mañana, y se acababa de despertar a causa de una pesadilla. Siempre se repetía, una y otra vez. Todas las noches tenía la misma pesadilla.

Simon era un elefante joven que vivía junto a muchos otros animales. Pero no os imagináis lo desdichada que era la vida del pobre Simon.

Por la noche soñaba que estaba jugando tranquilamente con sus amigos elefantes en el campo, y de repente venían unos hombres en un vehículo, cargados de redes, y lo capturaban para encerrarlo en una jaula.

Simon lo pasaba fatal, pero no solo por la noche, sino a lo largo de todo el día. Eso era porque cuando despertaba e intentaba tranquilizarse a sí mismo, comprendía que su pesadilla se había hecho realidad hacia mucho, mucho tiempo.

El pobre elefante había sido capturado junto a otros animales casi cuatro años atrás. Ahora Simon era obligado a trabajar para unos avariciosos hombres en un circo barato donde obligaban a muchos animales a hacer trucos y llevar ropa ridícula y muy incómoda, pero lo peor era que los enjaulaban y los dejaban sin luz, y con muy poca agua y comida.

De todos modos, a veces los trataban más o menos con cariño, pero Simon echaba de menos a sus amigos y a su familia. Y cuando digo que los echaba de menos, quiero decir que los echaba muchísimo de menos. Aunque no os debe extrañar ya que Simon llevaba cuatro años en el circo.

Aunque así lo creyese el elefante, sus amigos no se habían olvidado de él, ni por un solo segundo. De hecho, habían estado trazando un plan durante esos cuatro años.

Lo que querían era avisar a todos los elefantes del lugar, para que avisasen a los monos, y a su vez éstos avisarían a las serpientes, para avisar a los pájaros, y así sucesivamente hasta que todos los animales conociesen la noticia, y entonces reunirse para trabajar la estrategia.

Lo que harían sería, de todas las maneras posibles, llegar a contactar con los humanos y así éstos podrían llevarlos hasta el circo para salvar a Simon.

Aquel bonito día de otoño pusieron su plan en marcha. Fueron a avisar a los monos y a todos los otros animales y finalmente pudieron contactar con un grupo de biólogos que estudiaban la zona. Aunque fue muy difícil, entendieron lo que tenían que hacer. Les llevaron en un avión hasta el circo de Simon y pusieron en marcha su segundo plan. Como todos tenían algún que otro talento, ensayaron diferentes trucos y se colaron en el espectáculo. Los dueños del circo se dieron cuenta de que no eran sus animales, pero fue una sorpresa agradable para el público, así que dejaron que se quedasen.

Cuando todo acabó, mientras la gente aplaudía, pudieron escabullirse por detrás del escenario, y así es como consiguieron liberar a Simon. Y su vida jamás volvió a ser desdichada.

Autora

Blanca Valero Morales

- ¡Libertad!- gritaron todos a coro.

Había una vez una niña llamada Indira, que vivía en la India, tenía 10 años y un hermano más pequeño llamado Sakor. A Indira le gustaban mucho los animales y especialmente los cisnes.

Indira era la única de su población que tenía dos puntos dibujados en la frente: uno azul y el otro blanco. A ella le inquietaba saber por qué. Solo ella y sus padres sabían que tenía dos puntos dibujados en la frente porque para salir siempre se tapaba uno con una tirita para que nadie le preguntara por qué tenía dos puntos dibujados.

Un día en el colegio les tocaba una nueva lección e Indira se moría de ganas por saber de qué trataba, era una niña muy inquieta y le gustaba aprender cosas nuevas. La profesora empezó a explicar la lección que trataba del bosque mágico de la India.

Era mágico porque en él vivía un hombre muy, muy sabio, que lo sabía todo.

Ese mismo día, nada más salir del colegio, Indira en lugar de dirigirse a su casa como todos los días, decidió ir al bosque mágico en busca del señor sabio que seguro le podría explicar el motivo por el cual tenía dos puntos dibujados en la frente.

Una vez en el bosque mágico, mientras buscaba la casa del señor sabio, se encontró con un conejo marrón al que le preguntó si sabía dónde estaba la casa del señor sabio.

El conejo, contentísimo de que alguien le preguntara, gritó entusiasmado:

¡¡¡Sígueme!!!! ¡¡¡Vamos!!!

Indira no dudó ni un momento en seguir al conejo y juntos se fueron corriendo y saltando por el bosque.

El conejo explicó a Indira que el señor sabio era su amo y que en realidad su nombre era Marco.

¡¡¡Por fin hemos llegado!!! - Gritó el conejo entusiasmado.

Indira se quedó muy sorprendida porque para un sabio que lo sabe todo y seguramente tiene muchos visitantes vivía en una casa muy humilde.

El conejo e Indira entraron juntos en la casa. El conejo exclamó:

¡¡¡Marco!!! ¡¡¡Traigo una visita!!!

Indira, se quitó la tirita que llevaba en la frente y preguntó muy emocionada:

Me gustaría saber por qué yo tengo dos puntos dibujados en la frente.

El sabio la miró atentamente y con una sonrisa cómplice le dijo que se sentara y tranquilamente le explicó que era una niña de una casta muy especial.

Indira no entendía muy bien lo que estaba intentando explicarle el sabio.

Marco le dijo que su casta era muy especial ya que al morir se convertiría en un cisne.

Indira se quedó muy contenta con la explicación y entendió no solo por qué tenía dos puntos dibujados en la frente, sino también por qué le gustaban tanto los cisnes.

Fue corriendo a su casa a explicárselo a sus padres y nunca más se puso la tiritita para taparse uno de los puntos, al contrario se sentía muy orgullosa de tener dos puntos dibujados en la frente.

Autora
Carlota Vicente-Arche

Puedo hacer lo que quiera, al fin y al cabo soy el único hijo de un afamado multimillonario. En el colegio no me junto con los demás niños, no son dignos de jugar conmigo. Mis padres apenas se interesan por lo que hago, así que compro cosas por internet con precios prohibitivos y a mis padres no les preocupa demasiado. En resumen, tengo todo lo que quiero y hago todo lo que me apetece.

Estoy en mi habitación tumbado en la cama. Está lloviendo y de repente cae un rayo. La habitación se queda oscura. Perfecto: un apagón. Al volver la luz, mi habitación sigue igual, excepto por la presencia de un pequeño duendecillo verde que me observa con sus grandes ojos negros. De sus labios sale un pequeño susurro:

-Tres deseos.

-¿Cómo?

-Te han sido concedidos tres deseos. Utilízalos bien.

-Pero, ¿por qué?

Sin embargo, nadie me contesta porque el duendecillo ya ha desaparecido. Me tumbo en la cama y empiezo a pensar los deseos que pediré.

Al día siguiente, en la escuela un niño se choca conmigo y hace que se me caigan los libros. En vez de agacharse a recogerlos y decir "perdone señor", dice: "Perdona, tío" y se va corriendo. En ese momento se me ocurre el primer deseo. Cuando estoy solo grito: "Deseo que todas las personas me tengan más respeto". No ocurre nada pero cuando me encuentro de nuevo con el chico de antes este me dice:

-Disculpe, señor, siento mucho lo de antes.

No puedo evitar que una sonrisa triunfal asome por mi rostro. Hasta el momento me había tomado lo de los deseos como una broma pesada pero ahora empieza a gustarme. Me dispongo a salir del colegio cuando piso un charco enorme y se me mojan los zapatos. Entonces se me ocurre el segundo deseo: "Deseo que todo el mundo haga lo que yo digo".

Sigo por la calle y veo que enfrente de mí hay otro charco y se me ocurre probar el segundo deseo. Chasqueo los dedos y digo "Limpiad" mientras señalo al charco y unos hombres bien trajeados vienen con unas fregonas y lo limpian. Definitivamente, este juego me encanta.

Pasan los días y esto cada vez me gusta más. Cada vez que paso delante de alguien me dicen cosas como: "Buenos días, señor" o "Señor, ¿quiere que le limpie los zapatos y le traiga su refresco favorito? En la escuela todos mis compañeros hacen lo que yo quiero y los profesores ahora me ponen buenas notas.

Siempre estoy pensando en mi tercer y último deseo. El deseo que hará que el mundo sea como yo quiera. Ya está, ese es el deseo: que el mundo sea como yo quiera. Espero a estar solo y entonces susurro:

-Mi último deseo es que el mundo sea como yo quiera.

Ya os podéis imaginar cómo me siento al salir a la calle y observar que la gente hace todo lo que deseo: limpia charcos, viste bien, obedece mis órdenes...

Pero nada en el mundo es perfecto, ni siquiera tres deseos concedidos por un duendecillo en un día de tormenta.

Al tercer día de haber pedido el tercer deseo, el duendecillo aparece de nuevo en mi habitación y susurra:

-Tres deseos.

-¿A qué has venido?

-Se te concedieron tres deseos y tú no los has utilizado bien.

-Yo he cambiado el mundo a mi gusto, ¿qué hay de malo en eso?

-Mucho. Si el mundo no te gusta porque hay charcos, porque la gente no te trata bien o porque no viste bien, no tienes que cambiar el mundo.

-No te entiendo.

- Quiero decir que si encuentras un charco, debes esquivarlo; que si un chico te tira las cosas sin querer, las recoges tú mismo.

Un silencio incómodo ilumina mi habitación, creo que empiezo a entender lo que me dice.

-No cambies el mundo, cámbiate a ti mismo

Y aunque me duele, sé que el duende tiene razón.

Había un lobo en la selva. Un día, cuando estaba afuera paseando, encontró a un árbol que tenía unas hojas que parecían caras de personas. Escuchó atentamente y pudo oír al árbol hablar.

El lobo se asustó y dijo:

-Hasta el día de hoy nunca me había encontrado con algo tan raro como un árbol hablante.

Tan pronto como hubo dicho estas palabras, alguna cosa que no pudo ver lo golpeó y lo dejó inconsciente. No sabía durante cuánto tiempo había estado allí tendido en el suelo, pero cuando despertó estaba demasiado asustado para hablar. Se levantó inmediatamente y empezó a correr.

El lobo estuvo pensando acerca de lo que le había ocurrido y se dio cuenta de que podía usar el árbol para su provecho. Se fue paseando de nuevo y se encontró a un antílope. Le contó lo del árbol que hablaba, pero el antílope no le creyó.

-Ven y lo verás tú mismo -dijo el lobo- pero cuando llegues delante del árbol asegúrate de decir estas palabras: "Hasta el día de hoy nunca me había encontrado con algo tan raro como un árbol hablante". Si no las dices, morirás.

El lobo y el antílope se acercaron hasta el árbol que hablaba. El antílope dijo:

-Has dicho la verdad, lobo, hasta el día de hoy nunca me había encontrado con algo tan raro como un árbol hablante.

Tan pronto como dijo esto alguna cosa lo golpeó y lo dejó inconsciente. El lobo cargó con él a su espalda y lo llevó a casa para comérselo. "Este árbol que habla solucionará todos mis problemas", pensó el lobo. "Si soy inteligente nunca más volveré a pasar hambre."

Al día siguiente el lobo estaba paseando como de costumbre. Al cabo de un rato se encontró con una tortuga. Le contó la misma historia que le había contado al antílope, y la llevó hasta el lugar. La tortuga se sorprendió cuando vio al árbol hablante.

-No creía que esto fuera posible -dijo- hasta el día de hoy nunca me había encontrado con algo tan raro como un árbol hablante.

Inmediatamente fue golpeada por algo que no pudo ver y cayó inconsciente. El lobo la arrastró hasta su casa y la puso en una olla. Pensó en hacer una estupenda sopa.

El lobo estaba orgulloso de sí mismo. Después del antílope y la tortuga cazó un ave, un jabalí, y un ciervo. Nunca antes había comido mejor. Siempre usaba la misma estrategia. Contaba a sus presas que debían decir que nunca antes habían visto a un árbol hablar y que si no lo decían morirían. Todos ellos hicieron lo que el lobo les dijo y todos ellos quedaron inconscientes. Luego el lobo cargaba con ellos hasta su casa. Era un plan perfecto, él lo creía simple e infalible, y agradecía a las estrellas el hecho de haber encontrado a ese árbol. Esperaba comer como un rey durante el resto de su vida.

Autor

Santiago García San Vicente

Un día, que se sentía con algo de hambre, el lobo fue a pasear de nuevo. Esta vez se encontró con una liebre. El lobo le dijo:

-Hermana liebre, he visto algo que tú no has visto desde el tiempo de tus antepasados.

-Hermano mayor, ¿qué puede ser? -preguntó la liebre.

-He visto un árbol que habla en la selva -dijo el lobo.

Contó la misma historia de siempre a la liebre y se ofreció para llevarla a ver ese árbol hablante. Fueron juntos hasta el lugar. Cuando se acercaban al árbol el lobo le dijo:

-No olvides lo que te he contado.

-¿Qué me contaste? -preguntó la liebre.

-Lo que debes decir cuando llegues junto al árbol, o si no, morirás -dijo el lobo.

-¡Oh!, sí -dijo la liebre-.

Y empezó a hablar con el árbol.

-¡Oh!, árbol, ¡oh!, árbol -dijo-. Eres un árbol precioso.

-No, esto no -dijo el lobo.

-Perdona -dijo la liebre. Entonces habló de nuevo-. Árbol, ¡oh!, árbol, nunca pensé que pudieras ser tan maravilloso.

-¡No, no! -dijo el lobo- no un árbol precioso, un árbol hablante. Te dije que tenías que decir que nunca habías visto antes a un árbol hablante.

Tan pronto como hubo dicho estas palabras, el lobo cayó inconsciente. La liebre se fue andando y mirando hacia el árbol y el lobo. Luego sonrió:

-Entonces, este era el plan del señor Lobo -dijo-. Se pensaba que este lugar era un comedero y yo su comida.

La liebre se marchó y contó a todos los animales de la selva el secreto del árbol que hablaba. El plan del lobo fue descubierto, y el árbol, sin herir a nadie, continuó hablando solo.

Autor
Marc Grau Pujol

A Grisel y a María, las dos personas que me han ayudado a forjar la persona que soy

Una despejada pero fría mañana de invierno desperté triste y abrumado por cómo era mi vida o aquello que yo pensaba que constituía mi mundo. Trabajando por y para alcanzar el éxito, nunca pensé simplemente en vivir. Mi célebre vida se leía solo por la portada y tras ella todo se reducía a gráficos y números. Mis amigos me decían que debía disfrutar de las pequeñas cosas, pero sus palabras eran susurros que mis sordos oídos no querían escuchar y poco a poco su melodía dejó de ser audible.

Los premios y reconocimientos se fueron sucediendo en los años venideros, aunque estos no fueron capaces de llenar el creciente agujero que anidaba en mi alma: al tiempo que crecía mi éxito, menguaba mi vida interior. Cada día desperdiciado me pasaba factura, cobraba su peaje. Sin amigos, sin posibles aventuras que podría haber disfrutado y sin lo más importante, una familia en la que apoyarme, yo describo así mi existencia.

En este tren llamado vida con destino al éxito, subí pensando que era un tren de alta velocidad; en su lugar resultó ser uno regional con parada en todas las estaciones y en cada una de ellas, cadáveres de mi esencia se quedaron por el camino. A medida que transcurría el viaje, la mochila cargada con inquietudes, sueños y anhelos, permaneció olvidada en la oficina de objetos perdidos. Una maleta cargada de lastre ya no se separó de mí.

Mi vida, una desesperada búsqueda por alcanzar el reconocimiento, que me llevó a una profunda crisis mental, física y social. Aunque mi conocimiento floreció y me encaminó hasta la cima, nada evitó mi resquemor, mi soledad; ni tan siquiera la gloria lo consiguió. Fue en ese momento cuando encontré una compañera de fatigas llamada Soledad, que nunca se separaría de mí. Los años pasaban y nada agotaba más que el tedio y la rutina, todo ello aderezado con el amargo sabor del desamor. Ella, la única que no me vio como un trofeo, también se fue, como la suave brisa de una noche sofocante de verano.

Lentamente me puse en pie y me dirigí hacia el armario. Ella me estaba esperando, preparada para acompañarme en este, mi último viaje sin retorno.

¡Miquel!, ¡Miquel! Que son las diez, levántate -dijo mi madre.

Un suave vaivén me arrancó de los brazos de Morfeo y el aroma del café recién hecho me provocó cosquillas en la nariz. Todo había sido un sueño. Extraño, sí, pero un sueño al fin y al cabo. ¿O una pesadilla? Alcanzar el éxito, el beneplácito de los demás, ¿es el leítmotiv de los seres humanos? Y sí es así ¿qué precio estamos dispuestos a pagar? Preguntas fáciles de formular, pero de difícil respuesta.

Tengo trece años y todos mis problemas, aquello que me roba el sueño, gira en torno

a los exámenes, los deberes, si ganaremos el próximo partido de baloncesto... Alcanzar la cima significaría, por tanto, lograr unos resultados óptimos. Desde este punto de vista la pregunta que me planteo es ¿qué entendemos por éxito?

Mi madre siempre me dice que la vida es un juego de prioridades y concesiones, que es importante perseguir los sueños, pero siempre y cuando éstos sean los nuestros y no unos soñados por otros; que las decisiones que tomemos nunca han de ser cerradas, herméticas; que nada es lineal. Desde que yo recuerdo, mi madre siempre ha estado trabajando en su taller como escultora mientras yo la miraba desde el corralito, como lo llamaba mi abuela. A veces hasta me dormía oyendo el claqueo de sus labores mezclado con un dulce olor a miel; con el tiempo averigüé que ese aroma tan peculiar era producto de las ceras que utilizaba.

Un día, enfrascada en su trabajo, se le hizo tarde y fue a recogerme al colegio con la ropa manchada. Cuando la vi, no quise darle un beso, ni tan siquiera cogerla de la mano. Al llegar a casa me dijo que lo sentía mucho y que nunca más volvería a suceder.

Ahora comprendo, desde la perspectiva que otorga el tiempo, que en esos momentos ella priorizó y antepuso mis necesidades a las suyas. Ahora sé también que eso no significó que ella dejará de lado sus propias inquietudes. Sólo ahora sé que simplemente estructuró su vida de otro modo.

En los años siguientes mi madre continuó con su profesión. De pronto un día ya no pudo bajar al taller. Apenas podía caminar y un halo de tristeza se instaló en sus ojos; a veces la escuchaba de madrugada en la cocina y ella siempre me decía que se había levantado porque tenía sed, aunque yo siempre he sabido que me estaba mintiendo. Mi madre estaba enferma y un rosario de medicamentos llegó para quedarse.

A pesar de todo, ella nunca dejó de luchar y tras tres operaciones, parece que poco a poco va viendo la luz al final del túnel. Durante todo el proceso tuvo que abandonar sus hierros y piedras, pero como ella dice, encontró otras formas de expresión, que le permitieron continuar con una parte de su vida. Ahora es oficial de pintura, dibujo y actividades varias. Aunque se podría decir que ha bajado de categoría, sus ojos ya no tienen la densidad de la niebla otoñal.

Viéndola pienso que el éxito es solo un concepto que alguien ideó para dar respuesta a su insatisfacción, para dar una explicación lógica a algo cuya naturaleza es abstracta. La palabra “éxito” es solo eso, una palabra que constituye nuestra propia estación, aquella que lleva nuestro nombre inscrito en este tren llamado vida, cuyas estaciones esconden paisajes inolvidables...

- ¡Miquel!

- ¡Ya voy!

Autor Miquel Mayor Tortosa
Me levanto y llego a la cocina. Ella. Enfrente de su cuarta o quinta taza de café. Me sonrío. La miro y pienso que ella sí ha alcanzado el auténtico éxito y no ha muerto en el intento...

Se contaba que existían unos estanques de agua rojiza, azul, verde y blanco. Decían que en el fondo de cada uno se hallaba una piedra del color de sus aguas. La esmeralda verde controlaba la vegetación y la tierra. El rubí rojo dirigía el fuego, mientras que el zafiro azul dominaba el agua. El espléndido diamante blanquecino regulaba el grande y poderoso viento.

Cada uno de estos estanques se encontraba en puntos ocultos de la tierra. Sólo se podía hallar su ubicación con un mapa escondido dentro de una concha de color cambiante según su paradero, como la piel de un camaleón. El paradero de dichos estanques estaba dibujado en el mapa, un trozo de pergamino amarillento que estaba doblado en ella.

Un manuscrito encontrado en una cueva de las imponentes y nevadas cumbres del Himalaya hablaba sobre las piedras y sus cualidades, pero también advertía:

Sólo aquel

*Que posea la inocencia para encontrar la concha al azar,
La fuerza de voluntad y las habilidades necesarias para pasar las peliagudas
y arduas pruebas que se presentarán,
El valor, el temple y la justicia requeridos para utilizar los poderes de las piedras
debidamente podrá poseer el supremo poder que esas bellísimas piedras otorgan.
Ocultando el paradero de las lagunas divinas la concha escondida está.
Cuidado viajero arrogante e insensato, no juegues con tal magia.*

El simple deseo de que esas piedras existieran hizo que muchos hombres adinerados empezaran empresas en la búsqueda de tales poderes. La ambición corrompió a los hombres, su único propósito en la vida era encontrar tal fuerza vital. Numerosos navíos zarparon en busca de esas conchas. Mucho dinero y tiempo perdido que nunca volvió, hizo que muchos hombres abandonaran su expedición y regresaran a su hogar. Pasada una década, las piedras seguían siendo buscadas hasta que todo hombre llegó a la conclusión que no las encontraría y debía estar alerta, por si algún pescador, niño o abuelo daba, inesperadamente, con esas piedras tan anheladas.

Una mañana Yanara miró por la ventana y vio un cálido sol que flotaba en el cielo azul. Se puso el bañador rosa que su tía le había regalado por su pasado cumpleaños y salió a la playa acompañada por su fiel perro llamado Brownie. El agua no podía ser más transparente. Corrió por la orilla salpicando el agua cristalina y refrescante. A lo lejos vio un destello que provenía de unas algas sumergidas entre las rocas. Curiosa se acercó, intentó separar las entrelazadas plantas y dio con una concha esmeralda. Sin duda, el objeto más bello que ella había observado jamás.

Corrió a su humilde casa entre los árboles. No era un palacio pero para ella era perfecta. Subió a grandes zancadas las escaleras y se tumbó en su cómoda hamaca. Estuvo

admirando la concha durante mucho tiempo, fascinada por sus hoyos y relieves. Al atardecer vio a su padre acercarse a la casa con un cesto que contenía algunos peces plateados. Tras la cena, subió a su habitación y volvió a contemplar ese extraño objeto. Como por arte de magia en la parte superior de la concha apareció una inscripción:

*Cuatro hermanos creó Dios,
en nada los hizo iguales,
son enemigos mortales,
los dos de los otros dos.
El uno mantiene al mundo,
el otro bautizó a Cristo,
el otro está en el infierno
y el otro no lo hemos visto*

Sin duda era una adivinanza, a Yanara se le daban muy bien los juegos mentales, más bien dicho todo tipo de juegos. Pensó en los últimos cuatro versos y cayó en la cuenta. Se precipitó a buscar la concha y pronunció “Los cuatro elementos: agua, fuego, tierra y aire”. Muy lentamente esa espléndida concha se fue abriendo. Su interior de color nácar era hipnotizante y contenía un pequeño trozo de pergamino. Yanara lo abrió con cuidado y contempló el mapa.

Yanara no conocía el poder de metamorfosis de esa concha, que ahora era azul como un zafiro sobre su silla azulada. Yanara la escondió entre su ropa dentro del pequeño armario. Decidió esperar al amanecer para descubrir más sobre ese misterioso y fascinante objeto singular.

Sin embargo por la mañana, el cielo no era brillante y tampoco precioso, sino que estaba cubierto por unas nubes de algodón, delicadas, si no fuese por su tono gris apagado. Algún pequeño rayo de sol conseguía abrirse paso entre ese cielo encapotado que advertía tormenta. Yanara se vistió y corrió hacia el pueblo, aunque una lluvia fuerte y fría la alcanzó a medio camino, los contundentes y poderosos truenos retumbaban con fuerza. Corría sobre el barro hacia la casa del señor Humberto, era el anciano del pueblo, tenía respuestas para todo. Se paró frente la oscura puerta del edificio y llamó con unos contundentes golpes.

Cuando el señor Humberto abrió la puerta, encontró a una chiquilla de piel morena y ojos de un verde hipnotizante. Su pelo mojado caía salvaje hasta su cintura y se le había enganchado a su ropa empapada y manchada por el barro. Sin pensarlo dos veces la invitó a entrar.

-¿Yanara, porque has salido con esta tormenta infernal?! -Le preguntó el anciano.

- Ayer por la tarde me encontré una concha de belleza incalculable con un pergamino dentro de ella. Me preguntaba si me podría contar más sobre este intrigante objeto.

-¿Nunca has oído hablar sobre las cuatro piedras divinas? - Y le explicó a Yanara todo cuanto sabía sobre ellas - ¡Tú mi querida Yanara la has encontrado, la concha anhelada! No dejes que nadie se apodere de esa concha, nadie más que la persona elegida por la concha podrá descifrar la adivinanza. Búscalas, pero ten cuidado, los estanques te pondrán a prueba nunca olvides quién eres.

Yanara no regresó a su casa, Humberto le prestó su humilde bote de madera y unos remos. Cogió algo de comida y su concha. No sabía hacia dónde ir, el mapa sólo mostraba una oscura gruta oculta entre espesa vegetación. Remó con fuerza mar adentro para ir hacia alguna de las islas cercanas para buscar más información. Pasaron horas y el sueño la venció. Se tumbó y se apoderó de ella un profundo sueño. Al abrir los ojos vio el inacabable y armonioso cielo azul.

Las incansables olas arrastraron el bote hacia la costa de aguas claras y relucientes. Yanara salió del bote con un salto ágil y rápido. Sus pies se hundieron en la fina arena mojada. Se aventuró entre la vegetación salvaje de esa isla, había hojas de tamaños colosales de un verde intenso, plantas enredadas las unas con las otras le dificultaban el paso. Las enormes raíces de las inmensas plantas causaron alguna que otra caída inesperada contra el húmedo y mojado suelo. De vez en cuando un pájaro rojo o naranja pasaba a la velocidad de un rayo. Algunos monos pequeños caminaban tranquilamente hasta que la veían y echaban a correr asustados pegando gritos. Yanara, fascinada con tan exótica flora y fauna no prestaba mucha atención a su alrededor. Cada vez se adentraba más en el ilimitado bosque, el crepúsculo se acercaba y un suave y reconfortante viento, empezó a soplar.

Súbitamente Yanara empezó a caer y caer por un interminable túnel. La sensación le recordaba un día en los rápidos del río con sus primos. Cuando parecía no tener fin, Yanara cayó de bruces contra una superficie viscosa. Era como un lago de gelatina azulada, más bien verde o quizás rojiza. No, no era de color blanco. Era de tonalidad cambiante como la concha. La sacó de entre su ropa y la puso encima de ese suelo extraño. Inmediatamente la concha empezó a sumergirse hacia dentro de la gelatina. Yanara golpeó, pataleó, rascó y hasta besó el suelo, pero la concha no volvió.

De una pared de roca rojiza empezó a salir humo, cada vez más, el aire era casi irrespirable. La chica inspiró profundamente y cerró la boca a la vez que apretaba con fuerza los orificios nasales. Nunca se supo cuanto aguantó la adolescente pero seguro que fue más de lo que la magia oculta en ese lugar podría esperar. El vapor neblinoso cesó y Yanara respiró agitadamente durante diversos minutos.

De pronto, un pequeño pero letal dardo amarillo salió disparado hacia Yanara. Lo esquivó por los pelos. Cada vez más dardos eran disparados hacia ella. Con la elegancia de una bailarina los evitaba. Sin descanso alguno los sorteaba ágilmente como una gacela. Los dardos cesaron. En el techo había unas barras metálicas horizontalmente que se cruzaban las unas con las otras. La superficie gelatinosa empezó a descender, y Yanara saltó para agarrarse a las barras. Estuvo a punto de cogerse pero los dedos se le resbalaron y cayó. El suelo continuaba bajando. Con la frente perlada por el sudor que

tan peliagudas pruebas le habían provocado, Yanara cogió impulso y saltó con toda la fuerza que sus músculos le permitieron.

Cogió firmemente las barras y en ese mismo instante, ese suelo singular desapareció y en su lugar apareció un mar de fuego y lava burbujeante. El calor era abrasador. Hasta Yanara tenía el triste pensamiento que en su final sería cocinada por una gruta divina y un mar de fuego. Había un mono sobre una roca flotante. Era el pequeño que huyó de ella en la selva. Empezó a moverse por las barras hasta que se acercó al animal. No podía soltarse, moriría. Sin embargo no dejaría al pequeño mamífero allí. Con extremo cuidado alargó su pierna, la cola peluda del mono se enroscó con fuerza a su tobillo. Yanara subió con dificultades la pierna y dejó al mono encima de una barra sobre la cual el habilidoso y joven mono caminó como si fuera la rama de un árbol cualquiera.

El suelo volvió a su posición inicial y Yanara se soltó y cayó sobre la blanda superficie. Una delicada y exquisita voz dijo:

-Yanara, ser humilde y caritativo, fuerte y hábil, mereces más que cualquier ser en este mundo poseer el divino poder que las cuatro piedras otorgan.

Una roca se apartó hacia un lado y aparecieron los cuatro estanques sagrados. Como explicaba la leyenda, cada uno, majestuoso y espléndido, con sus aguas tranquilas de su propio color. A Yanara le picaba la curiosidad y se inclinó a mirar dentro del estanque esmeralda pero no consiguió distinguir ningún objeto cristalino en su fondo. Nada. Solo agua y fina arena blanca.

-Las lagunas benditas no contienen las piedras porque ya las tienes tú. No las busques, están dentro de ti. Tu sabio y justo juicio te ayudará a utilizar las piedras debidamente. Pero esta cueva ancestral te pide una promesa. Jura que nunca revelarás el paradero de esta morada sagrada, nunca contarás tu experiencia aquí, pero por encima de todo, jura que jamás utilizarás las piedras indebidamente y que si algún día no quieres depender de ellas sólo deberás pedírselo a tu mente y el poder de las piedras volverá a ocultarse para que otro lo encuentre y tú no recordarás esta isla oculta y enigmática.

Yanara juró todo lo que la voz celestial le pidió y sin salir de la cueva pensó para sí misma: no quiero que haya más sequías, ni inundaciones de ciudades, huracanes devastadores o terremotos arrasadores. Las aguas darán pescado y crustáceos, las montañas serán el hogar de ciervos, zorros y pájaros silvestres. El sol brillará. Las nubes de algodón flotarán por el cielo. Tormentas, interminables lluvias harán de este mundo un lugar verde y lleno de vitalidad.

Al pensar en todo eso se dijo a sí misma: ¿Y yo, qué más puedo pedir? Así que pidió para sus adentros deshacerse de sus poderes y volver a su hogar. Esa historia no me la contó nadie. ¿Qué cómo conozco la historia? Pues, porque esa chica, era yo.

Hace ya más de medio año que finalicé mis estudios acerca del posible descubrimiento de un tesoro Inca. Todo empezó, por aquel entonces, en una selva de Perú. Éramos el coronel Josh, quien estaba a cargo del grupo de investigación, los hermanos Enrique y José, ambos geólogos, Julio un guía y finalmente Miguel y yo que éramos arqueólogos.

Llevábamos medio mes acampados cerca del río Tumbes. Recuerdo bien que el día en que encontré eso, me había despertado por el sonido de una bala que provenía del río. Llevaba toda la noche lloviendo y los insectos se habían refugiado en sus nichos. Era temprano cuando salí de mi tienda. Me dirigí hacia donde había escuchado el balazo. Cerca de la orilla, se encontraba el coronel Josh con una escopeta en una mano y un cervatillo en la otra. Me disponía a ir a hablar con él, cuando me fijé en una cosa que no había presenciado hasta entonces. Como llevaba toda la noche lloviendo y la humedad de la selva no favorecía mucho a la evaporación del agua, se había formado una pequeña cascada que descendía hasta chocar con el río. Lo inusual de esta cascada, era que en su interior se podía contemplar un agujero negro. Como si fuese la boca de una cueva.

Dos horas más tarde, habíamos equipado todo lo necesario para ir a investigar esa cueva. Julio, se había quedado en el campamento de vigía. Cuando entramos en la cueva, nos sumimos en una oscuridad total. Encendimos nuestras linternas de mano y las que teníamos incorporadas en los cascos. Empezamos a avanzar por la sinuosa cueva hasta llegar a un punto muerto en el acantilado. Miramos hacia abajo y lo único que veíamos era negror. Me deslicé por un pequeño camino de bajada que veía, hasta que me di cuenta que no se trataba de un camino, sino de rocas ancladas a la pared. Cuando intenté rectificar la marcha, ya era demasiado tarde. Las rocas bajo mis pies cedieron y yo caí en la oscuridad y el olvido. Cerré los ojos aceptando que mi vida estaba a punto de consumirse. Pero lo más inesperado ocurrió. Un fuerte estruendo resonó por la cueva y grité por un repentino dolor que sentí en la espalda.

Poco a poco, fui incorporándome. Estaba exhausto y sin aliento ya que posiblemente, el golpe, me había roto alguna que otra costilla. Cuando miré a mí alrededor, me di cuenta de que había caído en un pequeño saliente. Arriba, los dos hermanos gritaban mi nombre al unísono como si realmente se tratara de una persona y no de dos hermanos. Cuando les contesté que estaba bien, se relajaron un poco y empezaron a pensar una manera de sacarme de ese vacío. Encendí la linterna que había caído cerca de mí y, delante, vi como unas grandes columnas de piedra se alzaban imponentes. Decidí cruzarlas, y justo al pasar entre ellas, unas llamas azules prendieron en las paredes. Si el golpe me había dejado sin aliento, debo confesar que esto lo hizo aún más. Me encontraba en una sala enorme con un altar en el centro. El fuego que previamente había prendido en las paredes, era algo inhumano. Algo que no se puede explicar con palabras. Era fuego azul. Brillaba como los rayos de sol. No sé cómo describir aquellas llamas. Eran azul marino en la parte inferior y, mientras las llamas crecían, el fuego azul brillaba más. Las puntas del fuego eran como de cristal. No parecía real. Y lo más raro

de todo, es que cuando me acerqué al fuego, un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Si el fuego que conocemos es rojo amarillento y está caliente, éste era azul brillante y gélido. Pase la mano por encima del fuego y en lugar de sentir aire caliente, sentí aire frío. Cogí una antorcha con ese fuego azul y empecé a andar hacia el altar. Encima de éste, se encontraba un trozo de manuscrito antiguo escrito en símbolos Incas. Le saqué una fotografía y di media vuelta dispuesto a salir de nuevo por las columnas por las que había entrado a esa sala de descomunales proporciones. Noté una ráfaga de viento proveniente de una cavidad de la cual no era consciente. Me di media vuelta y empecé a quitar piedras. Finalmente, una pequeña salida se mostró delante de mí. Siguiendo la luz solar, me dirigí al exterior.

Acabé saliendo por un pequeño agujero al otro lado de la cascada. Cuando regresé al inicio de la cueva por la que habíamos entrado, Josh se encontraba en el exterior fumando un cigarrillo. Al verme, casi se lo traga. Todos los miembros del grupo vinieron corriendo a recibirme, pero no había tiempo para esto. Les conté sobre la existencia de la sala en la que había estado, y ellos, sin creérselo se rieron de mí diciendo que el golpe me había afectado. Finalmente, después de las mofas, recordé la foto que le había sacado al papiro. Cuando les mostré la fotografía, acabaron creyéndoselo a pies juntillas. Les guíé hasta la salida que había excavado y, al llegar, nos encontramos con Julio, nuestro guía. Estaba enterrando mi reciente vía de escape de la sala del fuego azul. Al vernos, se puso a gritar que esa sala era una sala sagrada de los Dioses y que en ella estaba la tumba del último gobernante Inca, Atahualpa. El coronel Josh, ansioso de descubrir un nuevo tesoro Inca, le propino una derecha en la cara de Julio quien, al instante, perdió el conocimiento.

Dejamos a Julio atado en un árbol y más tarde regresamos a la salida de la sala y entramos. Todos se quedaron con la boca abierta contemplando el fenómeno del fuego. Cuando Josh vio el altar, se dirigió a él impacientemente, agarró el papiro al cual yo sólo había hecho fotografías y algo muy extraño ocurrió en ese instante. Josh se desplomó al suelo. Unos pocos segundos más tarde, abrió los ojos y los tenía brillantes. Tan brillantes como el fuego de la pared. Agarró el papiro y empezó a leerlo como si supiera leer los símbolos Incas. Lo más curioso es que en verdad parecía lengua Inca. Entonces, la sala se agitó fuertemente y un camino se abrió detrás del altar. El coronel, poseído, empezó a correr hacia ese nuevo camino. Miguel corrió hacia él intentando pararlo, pero el coronel le derribó fácilmente y siguió su trayectoria.

Tras ayudar a Miguel a incorporarse, corrimos hacia donde se había dirigido Josh. A nuestros pies, se iban encendiendo antorchas con ese misterioso fuego azul. Cuando finalmente alcanzamos al coronel, estábamos en otra sala, toda llena de oro. Lo único que no era dorado eran las paredes, que ardían en el fuego azul. En el centro de la sala se encontraba otro altar con otro papiro. Josh estaba justo enfrente. Empezó a leer el papiro como había hecho antes pero, esta vez, lo leyó en nuestro idioma. Su voz sonaba diferente. Más grave y quebrada como si no fuera él el que hablara:

“Para el que al tesoro quiera llegar, un ofrecimiento de sangre azul deberá obsequiar”.

Sin dudar, Josh corrió hacia la pared de fuego y se aferró a ella. Sus ropas empezaron a prenderse. Él gritaba, pero no porque se quemara, sino porque se congelaba. Cuando estaba sumido en las llamas azules, corrió de nuevo hacia el altar, alargó su brazo a un pequeño recipiente situado al otro lado, cogió una pequeña navaja de su cinturón y se cortó la muñeca. La sangre empezó a brotar de forma salvaje, cayendo en el extraño recipiente. Lo más curioso, era que la sangre que derramaba era azul y brillante.

Los dos hermanos, Miguel y yo empezamos a gritar el nombre de Josh pero él no respondía. Al recobrar del shock que nos produjo lo que acababa de suceder, otro golpe sacudió la estancia y una segunda puerta se abrió detrás del altar, justo como había ocurrido en la primera sala. Josh, sumido en llamas, empezó a correr de nuevo mientras gritaba. Nuevamente le seguimos por los pasillos que se habían abierto delante de nosotros dejando atrás la sala dorada. Al llegar a una nueva habitación, exactamente igual a la anterior, vimos que Josh ya había agarrado el tercer papiro y empezaba a leerlo:

“Para que la puerta del tesoro se abra, ambos, fuego y su sombra, habrán de juntarse”.

Josh giró su cabeza a la derecha y empezó a correr. Al fondo, había una hoguera, pero con el fuego que todos conocemos. Enrique corrió hacia el coronel Josh, pero era demasiado tarde. Este saltó a la hoguera y empezó a gritar. Unos chillidos que jamás podré olvidar. Eran unos gritos agonizantes de alguien que desea la muerte. Cuando el fuego azul de Josh se juntó con el de la hoguera, ocurrió algo que no hubiera imaginado ni en el más fantástico de mis sueños. Como si fueran dos imanes, ambos fuegos se repelieron al instante, formando dos columnas ígneas en la pared. Estaban unidas solo por la parte superior. Justo donde las puntas del fuego azul brillante y del fuego amarillo claro se tocaban, se formó un cartel en caracteres Incas que, por alguna razón desconocida, pude leer:

“Ahora que ambos, fuego y su sombra, se han juntado, un nuevo camino aguarda a ser explorado”.

Una tercera sacudida abrió un nuevo camino ante nosotros. Estábamos en estado de shock. Teníamos el cuerpo inerte de Josh delante de nosotros, sumido en un charco de su propia sangre por la herida que se había hecho en la muñeca. El resto del grupo, aterrorizados, corrimos a la salida. Al asomarnos al exterior nos encontramos con Julio, quien había llamado a los principales organizadores de la investigación. Nos recibieron con gran elogio y satisfacción, celebrando un nuevo descubrimiento. Aunque nos había costado gran esfuerzo y trabajo y, lamentablemente, una gran pérdida, el tesoro de la sombra del fuego y el tesoro Inca salieron a la luz.

Autor
Gerard Oliva Estevez

Durante días y días había nevado con fuerza. Pero anoche, por fin, llegó la luna blanca de color acero y, junto a ella, un archipiélago de multitud de estrellas. El reflejo de la nieve iluminaba la oscuridad, algo tan hermoso que me parecía un regalo de la naturaleza en este duro y frío clima alpino.

Eran las 6 en punto de la mañana. 15 grados bajo cero. A pesar del frío, aquí, en estas montañas, me encantaba madrugar. Unos troncos de encina, que anoche estuvieron ardiendo imparables mientras quemaban en el hogar, en la madrugada ya solo podían crepitar humeantes. Su olor era inconfundible, me encantaba, y éste era, precisamente, otro de los regalos que hacían de este clima alpino, despiadado y cruel unas veces, un lugar irrenunciable para mí. Un olor a encina que, muy a mi pesar, tendríamos que olvidar tarde o temprano. El valle de la Cerdanya había quedado deforestado. El hombre lo había talado todo en su intento de sobrevivir al frío más severo del invierno. Pero en muchos valles ya se estaba prohibiendo quemar madera para obtener calor y se buscaban otras fuentes de energía renovables, menos contaminantes, que no asfixiaran con sus partículas el aire puro de los valles glaciares. El olor a encina acabaría siendo sólo un recuerdo.

Eran las 6 y media de la madrugada. Tras el Puigmal, ya asomaba el sol. Al principio como cenizas púrpuras. Después como el magma que escupe un volcán pero, al fin y al cabo, un sol naciente que iba despertando, poco a poco, a los animales, a las piedras, a mis amigos y a mí.

Eran las 8 de la mañana. 2.536 metros de altitud. Y allí estaba yo, en la “Tossa d’Alp”, mi montaña. El frío y la falta de oxígeno hacían que los problemas de la ciudad acabaran olvidándose como cuando explota una pompa de jabón.

Y mientras esperaba impaciente a mis amigos, un rebeco se detuvo ante mí. Nos miramos, inmóviles, durante un segundo interminable. Él me comprendía y yo a él también. Mientras, su manada nómada y sumisa cruzaba ante mí, tranquilamente, en su camino hasta la falla. La Gran Falla, la falla de la “Tet”: vertiginosa, granítica, dura y exigente que nació, hace 75 millones de años, por la colisión brutal de la placa tectónica europea y la placa tectónica ibérica. Un brinco preciso y exacto le hizo alcanzar la parte más peligrosa del precipicio. Y el rebeco me volvió a mirar, inmutable. En la montaña, me decía con su mirada, los errores no son posibles y hay que estar seguro del siguiente paso antes de continuar. No hay lugar tan exigente. No hay posibilidad de equivocación.

Y aquí llegaban mis amigos, unos auténticos terremotos de la velocidad. Unidos por el esquí y por nuestro odio al sedentarismo, entre nosotros no había reglas, ni reproches ni monarquías. En nuestra montaña, confiábamos los unos en los otros y, juntos, solo juntos, todo nos parecía posible.

Las 9 y media de la mañana. Y es justo aquí que empieza nuestra historia. Descendíamos, esquiando, a una velocidad de vértigo. Con movimientos rápidos, certeros y seguros, sin dudar, como el rebeco, la nieve se comprimía a nuestro paso. Y fue que, como

solíamos hacer siempre, nos adentramos en el bosque para jugar a esquivar los árboles con el único objetivo de despeinarlos a nuestro paso. Y, de pronto, al salir del bosque, un paisaje distinto del que siempre habíamos visto...

Un grupo de ceretani levantaba un dolmen y cantaba himnos religiosos. Era increíble: los ceretani eran una tribu íbera que, se sabía, procedía de latitudes meridionales de algún lugar remoto del hemisferio sur. Habían llegado a la Cerdanya hacía muchos, muchísimos siglos, antes incluso de que los romanos pisaran estas tierras por primera vez. Desde luego, en el siglo XXI, los ceretani sólo eran un dato histórico que se enseñaba en las escuelas locales.

Pero más aún: un inmenso mar se extendía ante nosotros ocupando una inmensa fosa tectónica de la que hoy sólo queda el río Segre. Es verdad. Hace muchos, muchísimos siglos, la Cerdanya era un mar y no un valle ocupado por múltiples pueblecitos.

Un inmenso felino, de andar lento y elegante, nos miró con la misma sabiduría del rebeco de nuestras montañas. Era el Felis, un mamífero enorme que, se sabe, vivió en la Cerdanya hace muchísimos siglos, durante el Mioceno.

Y lo más extraño: nuestra ARVA (aparato de búsqueda de víctimas de aludes), emitía unas coordenadas geográficas totalmente distintas de las que solíamos comprobar.

Estábamos desorientados, sin referencias. Mirando en el horizonte, la orografía había cambiado. Todo era distinto. ¿Y el Segre? ¿Y todos los pueblos en los que habíamos jugado? ¿Y los bosques por los que habíamos esquiado? ¿Y nuestra montaña?

Saqué mi mapa e intenté imaginar cómo debía haber sido la cartografía de la Cerdanya hacía cientos de años. A Sergi la geografía la encantaba y comenzó su deriva, con los ojos semi-cerrados, como imaginando, como tocando la respuesta.

“La Tierra es esférica, o más bien geoide.... Los mapas son planos. Por eso tenemos que buscar una “geo-referencia”, como un árbol, un puente, un edificio... A partir de aquí, podremos encontrar el punto exacto que queremos: la salida para, en el túnel del tiempo, volver a nuestra dimensión.” – dijo Sergi.

“¿Quieres decir –dijo Xavier- que, con la velocidad alcanzada por nuestros esquís, hemos sobrepasado algún tipo de barrera supersónica que nos ha tele-trasladado a otra dimensión?”

“¿Hemos sobrepasado –puntualizó Enric- la barrera del sonido?”

Sergi seguía su discurso:

“Es evidente que aquel dolmen debe haber permanecido en su ubicación actual desde hace siglos. Es evidente que la Gran Falla de Tet debió a empezar a levantarse, a fracturarse, justo allí, donde la vemos ahora – afirmó Sergi”.

“Si buscamos en mi mapa latitud y longitud y ubicamos ese dolmen y esa falla (que podemos llamar geo-referencias), podremos saber en qué posición relativa nos encontramos emitiendo pulsaciones con nuestras ARVAS. Y, a partir de aquí -seguí

emocionado- podremos reconstruir, a partir de nuestro mapa, dónde se encontraba nuestro bosque, ahora una planicie desertizada”

“Y una vez redibujado el bosque –tartamudeaba Xavier- podemos buscar con exactitud el punto en que nos hemos extraviado y, siempre alcanzando con nuestros esquís la misma velocidad, volver a la dimensión por la que nos hemos desviado, supersónicamente, del presente al pasado de la Edad del Mioceno”

Y juntos, con la precisión exacta que dan los meridianos y los paralelos, situamos en mi mapa el dolmen y la Gran Falla de Tet. Con ayuda de las emisiones de nuestras ARVAs, nos localizamos a nosotros mismos en el mapa y, justo a unos 65 metros y 20 centímetros al Oeste, según calculamos en las coordenadas de nuestro mapa, debía situarse nuestro bosque.

Otra vez juntos, a las velocidades que tanto nos unían, nuestros esquís traspasaron los límites de la velocidad del sonido. Y justo en una curva, detrás de un enorme abeto, encontramos a Amadeo, nuestro entrenador de esquí, que exclamó visiblemente enfadado:

“Os he estado buscando. Creía que estabais en el bosque. Tened cuidado: ese lugar es peligroso”

Y la mirada azul de Enric se desvió riéndose hacia la nieve. Millones de suaves copos, de diferentes formas fractales, como cristales, brillaban y tiritaban con el reflejo del sol. Y éste, es el mejor de los regalos de este clima alpino, a veces, tan frío y duro pero, para mí, irrenunciable para siempre.

Autor
David Galindo Cutillos

Después que leí *Pérégrinations d'une paria*, en 1838, el mismo año de su publicación, el mismo día que apareció en las librerías de París, sentí un profundo alivio porque mi gran amiga no había incluido en su diario personal nuestra afectuosa y trascendente, pero secreta conversación, que tuvimos en aquel hotelito francés en Lima. Recuerdo que unas semanas antes de la publicación de su libro, la noticia se expandió por todos los círculos literarios de París, primero tomándola desdeñosamente –¿un diario escrito por una mujer han dicho? Bah, tonterías, eso no durará mucho –para luego convertirse en la noticia del día, la que todos comentaban y esperaban con morbosa ansiedad. Yo, sin embargo, esperé su publicación más con miedo que curiosidad, temeroso de que de la noche a la mañana, casi literalmente –el tiempo que les tomaría leer a aquellos voraces críticos y jueces de la moral francesa, el libro de Flora –mi reputación y mi nombre caigan en deshonra e ignominia. No quise adelantarles a mis amigos –el miedo me había paralizado –que en aquel diario mi querida Flora, si se cumplían los rumores de que lo contaría todo sobre las personas con las que se cruzó en su viaje, habría de contar pues, esa maravillosa tarde que conversamos en el salón del hotel, mientras afuera, una sórdida y densa neblina le daba un aspecto lúgubre y fantasmal a la ciudad. Una tarde maravillosa realmente (merecedora de ser escrita por los mejores cronistas o puesta a disposición de la opinión pública a favor de quienes padecían mis mismas angustias), pero que yo prefería mantener en secreto, o mejor dicho, que prefería no sea arrojada como carnada a los enormes tiburones que conformaban y dominaban la sociedad. Solo un poco de tranquilidad me daba la promesa hecha por Flora Tristán antes de despedirme de ella: Tiene mi palabra –me dijo mirándome fijamente, con un poco de ternura y de lástima –nadie más sabrá lo que esta tarde usted y yo hemos conversado. Sin embargo, aquella frágil tranquilidad se volvió profunda desesperación y resentimiento cuando terminé de leer el Prefacio de su obra, más específicamente, cuando leí <los odios podrán levantarse contra mí... ninguna consideración me impedirá decir... Nombraré a los individuos... Todos viven aún. Les haré conocer por sus acciones y palabras>. Un súbito odio nació en mi corazón (contaminó todo mi cuerpo con su ponzoña) y se apoderó de todos mis pensamientos; yo, que solo había sabido amar. Incluso, recuerdo, que hasta llegué a maldecirla e injuriarla, a deseársela la muerte y que muchas más desdichas vuelvan insoportable su vida ¡La palabra de aquella mujer nada valía! ¡Me habían engañado su moderación y su espíritu de mujer moderna, distinta! ¿Qué daño le había causado para que ella se vengue así, para que cuente una conversación que debía quedar solo en nuestras memorias? Proseguí con la lectura de su libro, mucho más apenado que antes, nervioso y exhausto de tanto pensar en los terribles días que me esperaban. En los últimos párrafos del breve capítulo XIV, Mi partida de Arequipa, cuando leí que el 10 de mayo de 1834 había anclado en el puerto del Callao, mi desolación cobró la forma de un monstruo marino inmenso, y mi angustia se acrecentó de tal manera, que me sentía como un naufrago, varado por el azahar en los confines de los océanos, rodeado no por uno, sino por miles de aquellos monstruos marinos que mi desolación había creado. Sentía cerca el momento de la revelación, pensaba en que quizá todos quienes leyeran más rápido que yo –aunque de

eso me habían dudas –ya habrían leído la conversación que la señorita Flora Tristán había tenido conmigo, que ya habían empezado a comentar la noticia con quienes hayan estado a su alrededor, que ya habían empezado a reírse, a burlarse de mí. Los últimos cuatro capítulos del libro estaban todos referidos a la ciudad de Lima. Eso quería decir que aún quedaban decenas de páginas que envolvían nuestra secreta conversación. La noche se había vuelto silenciosa, el insomnio se había apoderado de mí, así que continué con la lectura, debo confesarlo, muriéndome de miedo cada vez que pasaba una hoja, cada vez que creía que ya era el momento, que después de ese o aquel suceso vendría el día de nuestra conversación. A ratos me detenían las ominosas posibilidades de desgracia que caerían sobre mí: eran imágenes que me rondaban alrededor, hechas de la misma sustancia extraña de los recuerdos más tenaces, nítidas y fulgurantes, dotadas como de vida propia, porque las escuchaba, las veía, y hasta casi las sentía, con horrorosa exactitud. Las disipaba mediante complicados intentos de concentración, temiendo volverme loco, pues les decía a aquellas imágenes que volaban con desenvoltura que se vayan, que me dejen tranquilo, echándole manotazos como si fuesen moscardones ... ¡Fueron las horas más largas de mi vida, deben creerlo! Y deben recordarlo siempre porque solo así les será posible medir la magnitud de mi cobardía, de mi espíritu miedoso. Aquel tiempo en el que sufrí tanto, además, ahora puedo verlo, es una magnífica lección del poder de la literatura. Aunque el libro de mi querida Flora quizá no pueda ser catalogado como literario, por tener carácter de Memorias, de hechos reales y fidedignos, (de ningún modo compatibles con la ficción) comprobables con la realidad, para mí, el hechizo que ocasionó en mi espíritu –y aunque en parte gracias al miedo que entonces sentía –y las conmovedoras revelaciones sobre las razones por la que rechazó el amor sincero del capitán Chabrié, son suficientes para escalar su obra en los más altos estándares de la literatura moderna. ¡Moría de miedo, de angustia, de desolación! Pero las desgarradoras promesas de amor del capitán de El Mexicano para con Flora reflejaban lo mejor de un ser humano, ¡medían la capacidad de un hombre desesperado y enamorado por ser correspondido en el amor!, casi exactamente como yo me sentía. ¡Y las confesiones de Flora, Dios mío! ¿Se merecía aquella mujer buena y tierna, que había pasado por tantas tribulaciones? ¡No se lo merecía, por supuesto! Merecía ser feliz, vivir tranquila, ¡en la parte del mundo que ella escogiera! Sin embargo, todos los buenos deseos que podía sentir hace ella se disgregaban por el odio. El temor de que hubiera revelado nuestra conversación volvía a apoderarse de mí, me exigía maldecirla infinitas veces, me dotaba de una extraña capacidad para odiar. Sin embargo, casi sin darme cuenta, terminé en una hora los últimos capítulos y, aunque mi temor debía ya haber desaparecido, permanecía latiendo en mí a pesar de saber, de tener la certeza de que mi gran amiga no había incluido nuestra charla en su diario de confidencias, que no me había decepcionado, que había cumplido su palabra. No puedo precisar cuánto tiempo estuve así: en un estado de estúpida lucidez o de embobamiento, los ojos abiertos, el aliento agitado, el corazón bum, bum, bum que latía como si hubiese corrido kilómetros enteros. A estas alturas de mi relato, usted debe tener en la cabeza una pregunta que merece ser respondida, ¿no es cierto? ¿Qué habíamos conversado Flora Tristán y yo –un desconocido para usted –en aquel hotelito francés en Lima? ¿Por qué era tan importante para mí que

aquellos minutos que conversé con ella se mantuvieran escondidos o mejor olvidados? Oscuras fuerzas me habían llevado de uno a otro lado del mundo. Por estas fuerzas llegué a Lima unas semanas antes que Flora Tristán se despidiera de su poderosa familia en Arequipa y se enrumbara al Callao. Traía conmigo una angustia amorosa que ocupaba mis pensamientos y desasosegaba mi tranquilidad. Me alojé en el hotel de Madame Denuelle –la seductora Mademoiselle Aubé, como la calificó Flora– el mismo a donde la señorita Tristán llegaría y en donde finalmente nos conoceríamos. Hasta ahora me parece extraño el haber confiado en esa mujer a la que veía por primera vez. Yo, un escritor reconocido, un artista ennoblecido por la más antigua casa real de Europa, un hombre que había alcanzado el éxito, que debía guardar tantos secretos, que así quisiera debía morir ocultando tantos pensamientos, infinitas e inquietantes angustias, le conté todo, absolutamente todo, como un niño se confiesa ante su madre luego de haber cometido alguna insignificante travesura. Le conté...

Autor
Giancarlo De la Cruz Hunnay

El insólito florecimiento de las rositas de pitimini

3^a Categoría

—¿Cómo te encuentras, hijo? Por suerte sólo ha sido un susto, si las pruebas salen bien, esta misma tarde te darán el alta médica.

—Me siento aturdido y me duele la garganta. Tragué tanta agua... Todo fue culpa de Asdrúbal. Supongo que me quiso ahogar porque se sentía celoso de mi éxito. Al fin y al cabo, a él no le reconocieron ningún mérito después de todos sus esfuerzos empleados.

—No hables tanto si te duele la garganta y sácate, por tu bien, a Asdrúbal de la cabeza. Mata esta amistad de una vez por todas. No te conviene tener ese tipo de amigos. Esa clase de amigos sólo se justifican en la infancia. Olvídale, te lo ruego.

—Es que no puedo. Tengo que confesarte una cosa, tengo miedo de que me descubran.

—Te garantizo que el secreto está seguro con nosotros. Si tú me aseguras que no vas a hablar de ello con nadie, yo te saco esta misma tarde de aquí. Te vienes a casa y te pones a trabajar en tu novela. Ya verás como todo saldrá bien, Guillermo.

—Es un guión cinematográfico. Pero... ¿Y si encuentran algún resto del naufragio?

—Tranquilo, hijo. Eso es del todo imposible porque papá y yo dimos con los restos de Asdrúbal antes de que la patrulla de socorristas te auxiliase. Y siguiendo tus instrucciones lo hemos hecho desaparecer. Ya no está aquí. Lo puse dentro del horno y después de la pirolisis quedó reducido a apenas cuatro cenizas que luego papá vertió en el rosal.

—Gracias —dijo respirando profundamente. Tenía ganas de deshacerme de él y no sabía cómo. No es fácil cortar con un amigo después de tantos años de amistad.

—Bueno, habitualmente suele bastar con un adiós.

—Si yo ya lo hice así. Pero he de confesar que yo tampoco quería que se marchase del todo. Estudiamos siempre juntos. Muchos exámenes los aprobé gracias a él y he de confesarte que muchas de mis novelas y guiones no habrían salido adelante si no llega a ser por sus célebres intervenciones. A menudo él fue mi musa y mi consuelo —se justificó.

—Basta, hijo. Por favor, basta. Mira, no voy a discutir contigo sobre el éxito de tus hallazgos o si el mérito siempre ha sido sólo tuyo. Pero te ruego que mires hacia delante. Olvídate ya de Asdrúbal. Él ya forma parte de tu pasado. Tu amistad con él se extralimitó y casi acaba contigo.

—Sí, mamá. Él quiso finiquitarme porque se sentía envidia por lo del premio. Me consta que estaba dolido. Los de la Academia apenas le nombraron ni le concedieron ningún accésit, ni tan siquiera una mención especial. Me di cuenta que no empatizó con mi triunfo personal cuando subí al escenario. Todo el mundo se veía tan feliz frente a mí, aplaudiéndome. Tú llorabas emocionada y papá me vitoreaba. Pero Asdrúbal salió de la sala muy irado. Fue por ello que quise dar un paseo en la barca después de la

Gala. Aquel cielo estrellado y el suave murmullo de las olas rompiendo en la orilla me llevaron a navegar. Asdrúbal me llamó desde la lancha y yo pensé que quería hacer las paces conmigo.

—Pues si te descuidas, mueres ahogado. Se acabaron ese tipo de aventuras por una temporada. Esta tarde, cuando te den el alta, te instalarás en casa. Papá ha habilitado toda la buhardilla para ti. Iba a ser una sorpresa, pero te la avanzo para que te animes a enterrar a Asdrúbal lejos de tus recuerdos. Bórralo para siempre. Escucha, papá ha sacado todos sus bártulos, la ha pintado de verde manzana y un decorador la ha transformado en un estudio muy acogedor. Así que cuando ahora llegue este doctor que papá ha encontrado, confía en él que nos hará el informe para poderte sacar de aquí justo después de comer. ¿De acuerdo?

—De acuerdo mamá, lo borraré para siempre. Sólo quiero que sepas que yo le maté en defensa propia.

—Lo sé hijo, lo sé. No le des más vueltas. Atiende al doctor y luego nos vamos juntos para casa a celebrar tu premio. Mira, ya viene el doctor —le dijo María antes de abandonar la habitación y dirigirse nerviosa hacia la sala de espera donde le aguardaba su esposo junto con el doctor Frifrau, un prestigioso especialista, muy reconocido por sus aportaciones en el campo de la psiquiatría.

—Tranquila, María. Gracias a ese TAC cognoscitivo que me ha explicado el doctor, se podrá borrar mediante una hipnosis inducida la selección de alucinaciones indeseadas de Guillermo, ¿verdad, doctor?

—Cierto, todas las alucinaciones quedarán borradas.

—¿De veras? ¿Me asegura doctor que eliminará por completo a Asdrúbal del cerebro de mi hijo?

—Siempre que sean alucinaciones, sí —quiso matizar el doctor.

—¿Qué insinúa? ¿Acaso usted cree en la existencia de apariciones paranormales?

—La mayoría de los escépticos niegan la existencia de fantasmas, y tachan dichos fenómenos como meros mitos o leyendas. Aunque no podemos negar que el de los fantasmas es un tema de interés mundial, presente entre personas de todo el planeta, independientemente de su cultura o creencia. Mientras hay quien afirma haber visto un fantasma, otros en cambio juran que un santo se les ha aparecido en un lugar sagrado para su fe. El mismo arcángel Gabriel ha pasado a la historia por su singular aparición sobre el portal de Belén. Todos los pastorcillos le vieron y escucharon y acudieron a una llamada para agasajar al niño Jesús recién nacido en el portal. Bueno, eso si Ud. no cree que todo esto fue un cuento para niños pequeños.

—¿Me está diciendo que las apariciones divinas son fenómenos paranormales? ¡Por Dios! Jamás se me habría ocurrido equiparar los ángeles a los fantasmas.

—Yo no he dicho que sean la misma cosa, sólo que ambos no son de este mundo terrenal. Y si bien los fantasmas son las almas de los muertos, que por alguna razón se han mantenido en la tierra vagando en busca de su paz y descanso eterno, los

ángeles son seres inmateriales que jamás estuvieron ni vivos ni muertos. Tal vez... los mensajeros de Dios, tal vez unos protectores divinos... Lo que es obvio es que a pesar que no se pueda demostrar científicamente ni lo uno ni lo otro, muchos de nosotros creemos en ellos.

—Así que no puede afirmar con certeza si mi hijo sufre alucinaciones paranoicas o si le ronda, por decirlo de algún modo, algún ángel de la guarda o un espectro a su alrededor que justamente apareció el día que yo se lo presenté. Resulta que vagaba por allí una pobre ánima en pena que al escuchar casualmente que yo ofrecía la mi solitario hijo la posibilidad de hacer amistad con ese supuesto amigo invisible se dio por aludida y ahora se resiste a abandonar a mi hijo porque entre ellos existe una larga y gran amistad.

—Bueno, sigo diciendo que todas estas suposiciones están saliendo de su boca y no de la mía. Cuénteme exactamente cómo pasó.

—Mi pequeño se sentía muy sólo. No le resultaba fácil hacer amigos nuevos y no congeniaba con sus compañeros de clase. A él le gustaban otros juegos, menos brutos y donde la imaginación tomara un papel importante. Yo me sentía francamente impotente y no quería verle sufrir de aquel modo. Así que me inventé un amigo imaginario. Aún lo recuerdo como si fuera ayer. Le dije que estaba sentado justo a su lado de la cama aunque él no fuera capaz de verlo, pero que sí creía firmemente en Asdrúbal, que es así como le bauticé, acabaría percibiendo su presencia. Aunque jamás pensé que dicha amistad llegaría tan lejos.

—El tiempo quita y da razones. Por mi parte, yo haré todo lo que esté en mi mano. Borraremos la memoria selectivamente gracias a mi método hipnótico. Pero ya le advierto que tiene sus limitaciones. Yo no practico la terapia de liberaciones de espíritus. Hay estudios que achacan la hiperactividad, compulsiones y la falta de atención entre los adolescentes a los espíritus.

—Me niego a creer que mi hijo esté embrujado.

—Mire, yo le recomiendo, que no le receto, que después de mi sesión le dé a su hijo un poquito de queimada gallega. Aquí tiene la receta. Se le atribuyen facultades curativas y se afirma que, tomada tras la pronunciación del conjuro, funciona como protección contra maleficios, además de mantener a los espíritus y demás seres malvados alejados del que la ha bebido.

— ¿Y el conjuro bastará con que lo haga yo o me busco por Internet una meiga? —le preguntó la madre de Guillermo, con cierto sarcasmo.

— ¡Haberlas, hay las! Más importante que sea una meiga es que, cuando empiece a apagarse, pero sin dejar de arder, recita el esconjuro. Tengo uno resumido, aunque muy efectivo que dice así:

Búhos, lechuzas, sapos y brujas; espíritus de las vegas llenas de niebla, mal de ojo, negros, Averno de Satán y Belcebú, cuerpos mutilados de los indecentes. Con este cazo elevaré las llamas de este fuego similar al del Infierno y las malas ánimas quedarán

purificadas de todas sus maldades.

—Con los debidos respetos, doctor, me da la sensación de que todo esto es una tomadura de pelo.

—Las sensaciones son unas percepciones subjetivas inducidas por nuestras neuronas.

—Le ruego doctor que excuse a mi mujer. La pobre está sufriendo mucho con todo esto y está muy nerviosa — aclaró el padre de Guillermo y dirigiéndose a su esposa, prosiguió — Vamos, cariño. No te preocupes más. Está todo controlado. Nadie descubrirá esta ya superada paranoia, ni los del hospital con sus metódicas anuladoras, ni ningún indeseable envidioso de su impecable carrera. La imaginación dio demasiadas alas a un amigo imaginario que ahora ya es ceniza del pasado. Por cierto, ¿sabes que el rosal de pitiminí que planté el año pasado en el jardín de casa, con lo delicado que llega a ser, ha brotado hasta su buhardilla y han florecido un motón de rosas a pesar del frío que está haciendo estos días?

Autor
Martí Casal Pelegrí

Cuando, tras veinte años vividos en el estado mexicano de Chiapas, Gonzalo Lamonedá regresó a Bilbao, la ciudad se le antojó presa de una atmósfera irreal. La villa, con sus casas y sus calles, sus rutinas apacibles, sus coches y sus fumadores desterrados de los bares, parecía trascorrir ajena al mundo, como un gnomo de plástico en el gran jardín del planeta. Ante la realidad desahogada de Chiapas, Bilbao le resultaba una ciudad gris, artificial, propensa a la apatía, una tierra de sonámbulos.

Caminando por aquí y por allá, Gonzalo Lamonedá recordó a un hombre, a un joven, pues las personas no envejecen en el recuerdo, que tuvo el valor de levantarse del sillón y volar libre, ajeno a las comodidades que la vida le brindaba. Evocó sin esfuerzo, como si aquel pedazo de memoria hubiese permanecido siempre ahí esperando a ser despertado, a Marcos Zárraga, con los ojos encendidos y los brazos anárquicos, gesticulando en el aire, la voz estridente de quien ya hace tiempo que no es un niño pero no es todavía un hombre, y recordó sus palabras, saetas elegantes y certeras, que hacían inútil toda defensa, clamando por la Revolución. Y también evocó su propia imagen, joven y atolondrado, observando atentamente a aquel amigo y guía, a ese compañero convertido en ídolo que fue para él Marcos Zárraga.

Una sonrisa recorrió su rostro al contemplar con los ojos de la memoria su vida en aquel tiempo remoto, la vida tranquila de quien comienza a descubrir el mundo y, debido a la minúscula porción de realidad que se le ofrece, le parece fácilmente abarcable. La vida apacible de quien nació en un país del Primer Mundo, tuvo una infancia privilegiada bajo el amor de unos padres y una casa cálida que lo acogía tras las horas de colegio. La infancia dejó paso a la adolescencia, y las mujeres devinieron de molestas a interesantes, pero todo siguió dentro del mismo orden cerrado, un microcosmos pulcro y cómodo. En ese mundo perfecto, de baños relucientes, suelos limpios de polvo y vajillas de porcelana fina, el más leve cambio, como por ejemplo, añadir pimientos a los huevos fritos de la cena de los miércoles, era como si todos los violines de la orquesta decidiesen desafinar en el punto álgido de una sinfonía. De ahí que para Gonzalo, el encuentro con Marcos Zárraga fuera un hecho, al principio, tremendamente molesto. ¿Quién se había creído aquel tipo para atreverse a poner en duda todas esas convicciones y privilegios que tanto había costado conseguir? Pero la franca sonrisa de Marcos, su coherencia y madurez formaron un escudo frente a los prejuicios que siempre surgen cuando aparece el cowboy misterioso y atormentado que cambia para siempre la vida en el pueblo del lejano Oeste. A pesar de lo cautivador de su labia, al principio el interés que despertaba Marcos en él era puramente dialéctico. Fue solo paso a paso, y libro tras libro, que Marcos le prestaba con sonrisa entusiasta, cuando todo aquello comenzó a cobrar sentido.

Siguió caminando. Era el tercer día en Bilbao, y esto era todo lo que había hecho hasta entonces: caminar. Un tímido sol invernal cubría la calle Ercilla, que a lo lejos desembocaba en la ajetreada explanada de Moyua. Decidió virar de dirección. Siempre le había gustado pasear así, sin rumbo, dejándose llevar por apetencias y curiosidades que precipitan las infinitas decisiones diarias, y tras cruzar el pequeño tramo en que

Pozas es una callejuela gris y triste que transcurre junto al colegio del Pilar, se encontró ante la plaza Bizkaia. La mañana refulgía diáfana. Incluso aquello parecía irreal, la mañana limpia, filtrándose tras los altos edificios del centro. La tierra de Chiapas, donde el sol quemaba las hojas de los naranjos y brillaba en los tejados de zinc, pensó, esa tierra lejana que siempre estaría cerca, como el polvo de sus caminos y la exuberancia de su vegetación, parecía por el contrario respirar realidad, realidad que impregnaba la tierra, el sabor del cacao, las vidas de tantos hombres olvidados de la suerte. Pensó en aquella etapa de cambios que dio con él en aquel remoto rincón de México, en sus días de la Universidad, donde, a instancias de sus padres, estudiaba Derecho Económico y en su cuarto de universitario atiborrado de papeles y densos libros donde las ideas de Marcos Zárraga iban fraguando lentamente. Fue en aquellos años cuando decidió romper con todo, con el Derecho y los huevos fritos de la cena de los miércoles, y surcar los mares hasta llegar allá donde en lo más íntimo de su ser deseaba estar.

Pensándolo bien, jamás se había sentido tan cerca de la libertad como aquel día en que compró el billete de avión que lo llevaría a México D.F., una embriagadora sensación de romper con todo, y librarse de todo aquello que no lo hacía feliz, de volar a la altura de los sueños. Se despidió de unos padres, primero indignados, después suplicantes, aterrizados al fin por su determinación; se despidió de Marcos mediante una carta que le llevó escribir muchas horas, y del resto de los amigos entre adioses más bien incrédulos.

Los años se sucedieron, y en su interior fue tomando sentido aquella frase que le dijo cierta vez un jesuita: “Es muy fácil llevar a los pobres en la boca, lo difícil y bello es llevarlos en el corazón”, y toda la exótica belleza de aquel recóndito rincón del mundo, el cansancio viejo de los que nacen condenados y sus sonrisas de esperanza fueron penetrando en él, hasta que fue uno más en el pequeño y pobre pueblo de Santa Cruz. Trabajaba el campo y ayudaba a construir las cabañas, las nuevas escuelas, los carteles que rezaban: “Está usted en Territorio Zapatista rebelde: aquí el Pueblo manda y el Gobierno obedece”, el pequeño hospital donde Inés, su Inés, enfermera idealista de verdes ojos, cuidaba de los heridos y enfermos... Gonzalo también enseñaba a leer y escribir en los proyectos de alfabetización, y hablaba de Literatura a los alumnos avanzados, riendo al ver cómo los fragmentos de Calderón, Quevedo o Bécquer sonaban distintos entre paredes de adobe. Cuando veinte años después fue informado del delicado estado de salud de su madre y hubo de emprender el viaje de retorno, Gonzalo Lamonedá era otro hombre.

Continuaba con su caminar ensimismado, cuando, frente a la plaza Arriquirar, oyó una voz que lo llamaba, “¿Gonzalo?”, con la interrogación de quien duda o está sorprendido. Giró lentamente la cabeza, sabiendo en lo más íntimo quién era el dueño de esa voz indefinible, conmovido ante el reencuentro con el amigo admirado. “¿Marcos?”, preguntó, casi antes de reconocer las facciones amables del rostro de su amigo en la cara del hombre que ahora le sonreía, incrédulo. “¿Marcos Zárraga?”, repitió, como para conjurar los fantasmas del pasado, y rió al ver que reía su amigo, y se abrazaron fortísimo ante la indiferencia de los transeúntes. “¿Cuántos años han

pasado?, ¿Quince, veinte?”, “Veinte años, Marcos, casi veintiuno, desde que te fuiste a Madrid”, “¡Y tú fuiste tan lejos! Todavía guardo tu carta de despedida, sí señor, no sabes qué envidia me dabas Gonzalito, hacías exactamente lo que yo quería hacer, te fuiste al culo del mundo, mandaste todo a la mierda por unas ideas, sí señor, ¡qué cara pondrían tus padres! Brindé muchas veces por ti cuando volví a ver a los de la cuadrilla, ¿te acuerdas de ellos? Jon, Bernar, Chino... Han pasado tantos años”, suspiró, “Y tanto... Anteayer mismo volví de Chiapas y todavía no me acostumbro a Bilbao, todo es tan diferente...”. “¡Anímate hombre! ¿Veinte años sin vernos y te me vas a poner melancólico? Vamos a tomar algo y me cuentas, quiero saber qué coño has hecho todo este tiempo”, los dos rieron, avanzando hasta el bar más cercano cogidos del hombro como dos adolescentes borrachos.

Y el siempre parlanchín Marcos dejó hablar durante más de una hora a Gonzalo. Lugares, nombres, caras e imágenes se entrelazaban en sus palabras, donde afloraba una profunda añoranza hacia esas tierras lejanas, donde habían nacido sus dos hijos. Marcos escuchaba maravillado, sonriente, y cuando llegó su turno comentó cómo en Madrid se había afiliado al PCE y cómo lo dejó poco después, recordó aquellos turbulentos años de universidad, y Gonzalo fue detectando en su voz el tono del que evoca, casi irónico, un pasado de idealismo que desapareció. Después contó cómo, pidiendo un préstamo había montado una empresa en la que hacía troqueles, y con el tiempo le fue bien, había llegado a tener cien empleados. “¡Cien!”, decía orgulloso, “y ahora tenemos que hacer un ERE”, se le ensombreció el rostro, “ya sabes, la crisis, los gastos, los salarios altos, la falta de clientes, ya no somos lo que éramos, yo estoy hasta arriba, no sé si podré pagar el chalet de Plentzia y el banco no me da más prórrogas, los putos bancos, ellos tienen la culpa de todo, por su culpa he tenido que bajar el sueldo a los empleados, sino como iba a pagar la hipoteca...”

Gonzalo escuchaba boquiabierto. Cada nueva palabra de Marcos derribaba una parte de la ciudad blanca de los recuerdos hermosos; cada vez, se sentía más desamparado mientras contemplaba cómo el gran hombre, el gigante que había sido Marcos Zárraga se derrumbaba a sus pies. Tras dejar acabar a Marcos su relato, Gonzalo, con la inocencia empañada del niño que descubre quiénes son los Reyes Magos, balbuceó: “Pero Marcos, ¿y la Revolución?” Su amigo sonrió. “Por supuesto”, y sacó del bolsillo las llaves de un BMW, metidas en un llavero con la efigie del Ché. “Hasta la victoria siempre”, dijo, y Gonzalo pensó, sólo por un segundo, si los sueños rotos se perderán en el espacio o si, por casualidad, irán a vivir en otras personas.

Así que ahí estaba yo, levantándome como cada mañana desde hacía exactamente 324 días. Me incorporé y cambié el desgastado camisón por el corsé y el vestido.

-Buenos días, señorita Doyle -me saludó mi enfermera desde la pequeña ventana que comunicaba mi habitación con la suya, y que les permitía tenerme vigilada.

-Buenos días, Catherine.

Catherine entró sin llamar a la puerta, que solo estaba ahí para crear una falsa sensación de intimidad, y depositó una jarra de agua en la pequeña mesa.

-Gracias, Catherine.

La enfermera se fue, cerrando la puerta con cara de pocos amigos.

Y pensar que era yo la que estaba encerrada en un manicomio.

Me aseé y salí de la habitación en dirección al comedor. Llevaba allí casi un año y no acababa de acostumbrarme a la opulencia de todo lo que me rodeaba, desde las paredes y el techo hasta los sillones y los muebles. Todo decorado con gran esmero a la última moda, que parecía ser el Modern Style.

Me sentía como si estuviese encerrada en una preciosa jaula de oro.

Bajé la gran escalinata de mármol que separaba la planta superior de la inferior y giré a la derecha para entrar en la estancia, atestada a esa hora de la mañana. Y una vez dentro me encaminé hacia la mesa de la esquina, donde ya había dos sillas ocupadas.

-Hoy será un gran día, Mary.

El que hablaba era el señor Smith, un hombre que despertaba en mí una gran admiración. Era un optimista, en eso nos parecíamos bastante, pero también un revolucionario: denunciaba los abusos y las injusticias, y hablaba sin tapujos del mundo de ilusos que constituía la alta sociedad londinense.

Supongo que por eso le encerraron. Todo el mundo teme oír verdades.

La otra silla la ocupaba Henry Wesley, que en algún momento de su juventud debía de haber sido un joven muy apuesto y alegre, y que ahora sólo reflejaba en su rostro el peso de años de dolor. Henry padecía frecuentes ataques en los que se convulsionaba y sacaba espumarajos por la boca.

Con tan solo dieciocho años le acusaron de llevar al diablo dentro y, según él asegura, su propio padre se encargó de encerrarle aquí.

Les sonreí a ambos.

-¿Qué les parece la nueva enfermera? -les pregunté haciendo un ademán hacia la esquina del comedor, donde la pobre chica se removía inquieta.

-No tan bonita como usted, señorita Mary.

-Es usted un ángel, señor Smith- dije ruborizándome.

-Un viejo ángel, si me permite la matización, querida. No me falta mucho para salir de aquí y pasar a un mundo mejor, en el que no existan los hipócritas que me encerraron aquí dentro.

-Ojalá pudiese decir lo mismo –musitó Henry, y señaló con el tenedor en dirección a la nueva enfermera-. Se parece a Emily.

Emily era la chica con la que Henry estaba prometido, antes de entrar aquí. Según nos había contado, eran amigos desde la más tierna infancia y, aunque su padre sólo había accedido al matrimonio por los beneficios económicos que eso suponía, Henry se casaba por amor.

-¡Oh, Henry! ¡Es usted joven! No se lamente por amor, el amor es algo pasajero. Tal como dijo Langsam, nada es eterno.

-Nuestro amor lo era, señor Smith -rehusó Henry con vehemencia.

-Usted lo ha dicho Henry, lo era.

Henry no dijo nada. Las reflexiones del señor Smith solían tener ese efecto en la gente.

Puse mi mano encima de la suya:

-¿Por qué no ha acudido nunca a verme?

El interpelado se encogió de hombros.

-Emily ha seguido con su vida, Henry –le dije con dulzura-. Es hora de que siga usted con la suya.

Cuando hube apurado el plato, les despedí con la mano y fui a sentarme en una de las grandes butacas triples que rodeaban el comedor, hecha de madera noble y tapizada con motivos florales.

Saqué un desgastado ejemplar de Orgullo y Prejuicio y me entregué a la lectura hasta que alguien se sentó a mi lado y me sacó de mi ensimismamiento. Volví la cabeza para encontrarme con un chico alto, apuesto, de profundos ojos verdes y rostro taciturno. Tenía el ceño fruncido, como si se encontrase ante un enigma crucial.

-¿Está usted de visita? –hubiese jurado que aún faltaban más de dos horas para que empezase el turno de visitas, pero aquí dentro el tiempo era muy relativo.

-No, yo... -se pellizó el puente de la nariz-, acabo de llegar hace apenas una hora y usted... -parecía que le costase un mundo hablar-, usted era la única que brillaba.

Me quedé mirándolo.

-Yo... Olvídelo, siento haberla molestado- dijo mientras se levantaba apresuradamente.

-No, por favor –me incorporé-No me ha molestado usted en absoluto. ¿Le apetecería dar una vuelta por el jardín?

-¿Acaso hay jardín?

-Pues claro, señor...

-Hayes, Charles Hayes.

-Mary Doyle, es un placer.

-El placer es mío, señorita Doyle.

Nos apresuramos a salir al pequeño patio, que quedaba en la parte trasera. Era un sitio precioso, cuidado con mucho esmero. Fijé la vista en las altas enredaderas que cubrían astutamente las estrechas rejas que rodeaban el patio, y en las delicadas flores que en aquella época florecían en los parterres.

Miré de reojo a Charles. Era sin duda muy joven, tendría mi edad, y no podía negar que su nombre me resultaba algo conocido. Los Hayes eran famosos en todo Londres por la fortuna que albergaban, podría jurar que mi padre alguna vez había hablado de la posibilidad de casar a su hija mayor, mi hermana Jane, famosa por su deslumbrante belleza, con uno de los hijos de los Hayes.

-¿Puedo preguntarle cómo ha acabado aquí, señorita Doyle, sin resultar entrometido?

-No, no puede señor Hayes, pero aquí dentro eso no importa –le sonreí-. Soy la pequeña de nueve hermanas, y mi padre buscaba un heredero para su imperio. Mi familia es rica, pero mi padre no puede permitirse mantener a tantas mujeres, y yo nunca accedí a contraer matrimonio con cualquiera, así que encerrarme resultó ser una buena opción. Además, siempre he sido una persona con mucha imaginación, de modo que de niña hablaba con mis amigos imaginarios y a veces veía o hablaba de cosas que no estaban ahí. Eso no ayudó a ganarme el favor de mi padre ni de mi madre, que rezaban para que muriera de alguna enfermedad. Pero no fue así: yo amaba la vida, amaba reír, amaba bailar, amaba aprender... y nunca tuve los modales que se requieren en una dama de alta alcurnia. Así que mi padre alegó que estaba loca, para no sufrir los desaires de una hija solterona.

Charles no había dejado de mirarme con el ceño fruncido mientras hablaba, agrandando un poco los ojos al final.

Al final asintió.

-Antes, cuando le he dicho que era la única que brillaba, debo haberle parecido un loco.

Solté una risotada.

-Últimamente me he ido acostumbrando.

Charles elevó el lado izquierdo de la boca, en lo que pareció un amago de sonrisa.

-Me refería, señorita Doyle, a que usted era la única que parecía estar viva aquí dentro. Mientras todo el mundo comía usted reía, y se ruborizaba. Parecía tan llena de vida -lo dijo casi con admiración.

Me sorprendió la atención que había puesto en observarme durante el almuerzo, pero no me alarmó. Ahí dentro ya no había nada que pudiese alarmarme.

-¿Y cuál es su historia?

Charles suspiró. Ese hombre tenía algo tenebroso, parecía que llevase el peso del mundo a sus espaldas.

-Mi prometida –empezó muy lentamente y con gran esfuerzo- murió de tuberculosis. Yo no lo podía soportar, ella lo era todo para mí. Así que... -paró para tomar aire-, caí en la bebida, era lo único que me hacía olvidar que ella no...

Mis padres estaban muy preocupados, intentaron convencerme de que podía tener a todas las chicas del mundo, pero yo la quería a ella. Me enfadé con el mundo y me rendí. Dejé de hablar, de comer, de vivir, hasta quise dejar de respirar –se rió-. Así que intenté suicidarme, intenté tirarme por un barranco –volvió a reírse, con una risa histérica, incrédula-. Pero el imbécil de mi hermano me encontró y me detuvo. Mis padres no sabían que hacer conmigo y, ante la promesa de que aquí estaría bien cuidado, me trajeron aquí. Además, la gente asegura que aquí intentan curarte. De hecho creo que lo hacen, ya que eres la primera persona con la que hablo en seis meses.

Nos habíamos detenido y ni lo había advertido. Hasta ese momento había estado perdida en su historia, en su dolor. Todos sus gestos transmitían sufrimiento.

-Puedo entender todo lo que me ha contado, y no soy quién para juzgarle, Charles. Pero no puedo entender que quisiera quitarse la vida, y algo en su mirada me dice que lo volvería a intentar.

Él no lo negó.

Le cogí por los hombros en un gesto muy poco apropiado y le zarandé:

-No puede usted echar su vida a perder, ¿me oye? Ha de seguir adelante, por mucho que le duela, Charles. Este mundo no está hecho para los cobardes- estaba gritando.

Él parecía estar en shock, ante mi arrebato, y me miraba con los ojos desorbitados.

-Lo siento -le dejé ir.

Él negó con la cabeza.

-Mire al cielo –le dije, y creo que creyó que realmente estaba loca-. Ahora cierre los ojos.

¿Qué siente?

Charles se encogió de hombros:

-Nada.

Hice lo propio.

-¿Sabe qué siento yo, Charles? Los rayos de sol en la cara, el viento jugueteando con mi pelo, oigo el trino de los pájaros y doy gracias por cada átomo del aire que respiro.

Abrí los párpados y sentí sus ojos clavados en mí.

Me miraba con admiración, una admiración que sustituyó la pena y el dolor.

Y ese fue el principio de largos días de paseos, en los que yo le enseñaba cómo amar la vida, cómo sentir el mundo que teníamos alrededor como un regalo.

Me costó una semana que se derrumbase y llorase como un niño pequeño. Yo sabía que para seguir adelante después de una pérdida, era importante llorar a esa persona. Después de dos semanas sonrió por primera vez. Algo más tarde rió con ganas al resbalar por las escaleras. Algunos días después empezó a parecer algo más vivo.

E hicieron falta sólo dos días para que me enamorase locamente de él.

El sentimiento era recíproco. Nunca me había sentido tan viva como cuando estaba con él, ni tan real. Habían pasado cuatro meses cuando él les ofreció una suma indeciblemente alta de dinero a nuestras enfermeras para que nos dejaran pasar la noche juntos.

Esa noche en sus brazos me susurró que me quería, que yo había sido su luna en la noche más negra. Como un pequeño agujero por el que entra la luz en una habitación vacía y oscura. Su cuerpo contra el mío y sus manos en las mías. Durante una noche las paredes que nos encerraban se derrumbaron, los barrotes de las ventanas se hicieron tan delgados que parecían sólo las hermosas cuerdas de un arpa, y el metal de la rejas se fundió.

Al amanecer ya no quedaba nada. No estaba él, ni sus caricias, volvía a estar encerrada.

Cuando me incorporé en la cama, vi una pequeña carta cuidadosamente doblada y depositada sobre las sábanas:

Querida Mary,

Siento muchísimo lo que voy a hacer. Te quiero, nunca te he mentado y quiero que lo recuerdes siempre. Y ahí está el problema: te quiero demasiado y no puedo arriesgarme a perderte. No soportaría ver cómo vuelve a desvanecerse todo.

Para siempre tuyo,

Charles.

Ya hacía algún tiempo de eso. Y yo seguía mirando de reojo a mi lado, en ese pequeño banco, de ese pequeño jardín, para ver si todo había sido un sucio juego de mi mente. Cada vez que intentaba cogerle la mano, sólo atrapaba aire.

-¡Mamá!

Mi hija se acercaba corriendo, y Henry le iba a la zaga intentando atraparla.

Abrí los brazos para que saltara a mi regazo.

-¿Qué tal, pequeña mariposa?

-Henry y yo estamos jugando -dijo riéndose, con las mejillas sonrosadas y los ojos verdes destellando. Estaba llena de vida.

-¿Y no te apetece seguir jugando con él?

-No. Quiero que me hables de papá.

Ese era uno de sus juegos favoritos. Ella hacía preguntas sobre su padre y yo se las contestaba. Así ella podía sentirle aquí, con nosotras.

Asentí y le sonreí.

-¿Él nos quería, mami?

-¡Pues claro que nos quería, Gracie! ¿Pero sabes qué le pasó? –esperé a que negara con la cabeza-. Papá tenía el corazón roto, y cuando se te rompe el corazón es muy difícil volver a querer. Tienes miedo de que esa persona vuelva a desaparecer, y te vuelva a dejar solo. Y papá fue muy valiente, ¿sabes? Él volvió a amar, volvió a entregarle su corazón a alguien. Pero se asustó, Gracie.

-¿Y por qué es tan grave que se te rompa el corazón? -preguntó Gracie con ojos interrogantes.

-Porque huesos tenemos más de doscientos –abrió mucho los ojos, sorprendida-, pero corazón sólo uno. ¿Lo has entendido?

Gracie asintió vigorosamente con la cabeza y se quedó sumida en sus pensamientos.

-¡Chicas! ¡Hora de comer! –gritó el señor Smith, con una amplia sonrisa.

-¡Te echo una carrera! -le dije a Gracie, bajándola de mi regazo.

-¡Ganaré yo! –dijo ya alejándose-, ¡como siempre!

Y estallé en sonoras carcajadas a la vez que me apresuraba a alcanzar a mi pequeña.

¿Podría hablar con el Sr. Somers?

Mi nombre es Peter Somers.

No. Ese no es mi verdadero nombre. Sí. Peter Somers es alguien, y no sé quién es, porque le gusta guardarse las cosas para sí. O no es nadie. Sí y no.

¿Quién soy yo? Eso no importa. O sea, ya no. Peter Somers es su nombre. O lo era. Lo siento, mi memoria ya no es la que era. Pero creo que hoy lo estoy haciendo muy bien. Sí, sí. Mejor que de costumbre. Así que le voy a contar una historia.

Peter Somers es un buen hombre. O era. Perdón. Era un buen hombre, seguro que sí. ¿Quién soy yo para juzgarle? ¿Y usted? ¿Usted pretende juzgarle? Más vale que no. Peter Somers no juzgó a nadie. Nunca. Era un hombre bueno.

No estaba solo. ¿Sabía usted que en esta ciudad hay mucha gente sola? Sí. Es cierto. Pero él no estaba solo, no. Vivía con una mujer. Su nombre no lo recuerdo. Lo siento. Ha escapado a mi mente de manera temporal. Disculpe. Y el nombre de su hijo tampoco lo recuerdo. Pero ya no importa, ¿no?

Peter sabía sonreír. ¿Que cómo lo hacía? Eso me pregunto yo. ¿Usted puede? No me mienta. Así no llegaremos a ningún lado. Las mentiras me duelen, ¿comprende? Son susurros en mi oído, como todo lo que usted dice, pero a destiempo. Sí, eso es. No me lance susurros a destiempo. Me duele. Gracias.

Es una historia triste. Eso dice todo el mundo. Sí. Todo el mundo juzga a Peter. ¿Y Peter habla? No, señor. ¿Y yo hablo? No y otra vez no. Yo no juzgo a las personas. Yo no tengo opinión. Pero usted sí que tiene opinión. No me mienta otra vez. De todos modos, da igual lo que piense. Tengo la mente un poco confusa, pero sé distinguir los susurros de un mentiroso. ¿Que cómo lo hago? ¿Y usted cómo sonríe?

Fue culpa de Peter Somers. Tal vez sí y tal vez no. ¿Qué más da? Lo que importa son los hechos, porque son palabras duras y limpias. No me confunden. No, no. Odio los susurros mentirosos. Pero hoy lo estoy haciendo bien. Sí.

Ocurrió hace tantos años que he perdido la cuenta. Perdóne. Pero sé que era abril. O eso creo. Mi memoria ya no es lo que era. Dicen que los elefantes son animales con muy buena memoria. Sí. Me gustaría ser un elefante. O puede que no. Los elefantes no saben hablar.

Peter era un hombre bueno. Quería a la gente. Creo que la gente ya no le quiere a él. No. Definitivamente no. Pero a mí no me importa. O sea, a él.

Era un día de abril. Y llovía. Él iba en el coche, y también su mujer. Y su hijo. Estoy diciendo hechos que son verdades limpias y duras. Sé que lo hago muy bien. El coche era pequeño. Su mujer estaba lloviendo. Es decir, llorando. Es lo mismo. Sí y no. La luz de los faros era muy amarilla. Eso es. Creo que fue por culpa de esos faros. Pero eso sería juzgar. Sí. Los faros eran tan amarillos y brillantes que podían confundir la mente como mentiras. Es cierto. Gracias.

Usted cree que fue un accidente. Sí. Yo creo que fue un accidente. No. Eso digo a la gente, pero no es un hecho limpio. No es verdad. Y si no es verdad es mentira. A veces soy muy gracioso. Las mentiras hacen que me duela la cabeza. Pero lo digo porque es gracioso.

Peter Somers tenía una cabeza muy grande. Estoy seguro. Eso quiere decir que cabían demasiadas cosas. Más de las necesarias. Peter era un buen hombre, pero no un hombre bueno. Tal vez al revés. En su cabeza cabían demasiadas mentiras. Susurros sucios. Es la verdad. Yo sólo digo hechos verdaderos. Si no, ¿para qué hablar? Usted no juzgue. De todos modos, no importa lo que opine. Ya no. Por eso miento a las personas que juzgan. Porque soy un hombre muy gracioso. Es posible que Peter también.

A lo mejor fue culpa de la lluvia. Creo que era de noche. Sí. Eso dice la gente. Pero la gente no siempre dice verdades. No, no y no.

Le diré lo que pasó. Sí, eso haré. No es la primera vez que me lo piden, pero a veces no puedo hacerlo. Todo el mundo tiene días malos, ¿comprende? A veces sí y a veces no. Pero yo sé la verdad. ¿Y por qué ha venido a verme? Porque soy el único que la sabe. Nadie más lo vio. No. Algunas personas lo vieron también. Sí. Pero ya no están. No sé dónde están. Lo siento. Lo siento muchísimo. Avíseme si alguna vez los encuentra.

Peter no estaba solo. No, no. Mucha gente en esta ciudad está sola. Pero yo no. Hasta esa noche de faros muy amarillos y una mujer lloviendo. Y un coche pequeño. No recuerdo bien. No puedo decirle cómo ocurrió. Sólo sé que al día siguiente Peter Somers estaba solo.

La gente dice cosas. Juzgan. Les gusta juzgar. No me mienta, sé que a usted también. Si no, ¿para qué iba a estar aquí? La gente dice que las dos personas murieron. Sí y no. No entiendo la muerte, porque no hay palabras de ningún tipo. Sólo hay silencio. Lo único que es seguro es que Peter estaba solo. Antes no. Luego sí. Los dos se fueron y lo dejaron en esta ciudad. Pobre Peter. No sé cómo pasó. Pero eso no importa, ya no.

Luego sólo hubo oscuridad. Solos Peter y la oscuridad. No me malinterprete: la oscuridad estaba dentro de Peter. Así es. De algún modo, y le dolía más que los susurros sucios. La oscuridad ahogaba la mente de Peter. Tampoco entiendo la oscuridad. Yo sólo sé que confundió la mente de Peter. Me gustan las cosas limpias como palabras y colores. Sí. Por eso no entiendo la oscuridad. No. Ni tampoco la muerte. Discúlpeme.

Pasó mucho tiempo así. O no. Lo siento, yo no entiendo de tiempo. No lo veo. No es real. Pero sé que pasaron muchos años de oscuridad. La oscuridad era negra. Y el negro no me gusta porque no es un color. Es una sombra. Sí. Una sombra mentirosa que no te deja ver las cosas verdaderas.

Peter Somers perdió la sonrisa. Es triste. O eso dicen. Se olvidó de cómo sonreír. Sí y no. La oscuridad no le dejaba. Tal vez fue culpa del color negro. Peter era un buen hombre. Quería a la gente. La gente ya no le quiere. No. Porque ya no sabe sonreír.

Mi nombre es Seter Pomers. Tal vez sí. O tal vez no. Seter Pomers es un hombre

cualquiera, pero no soy yo. No. Te cuento esta historia. Es cierto. ¿Y por qué? No lo sé. ¿Usted es Seter Pomers? No. Yo tampoco. Yo sólo soy un hombre muy gracioso. Y hoy cuento historias mejor que de costumbre. Gracias.

Peter Somers falleció. Está muerto, o eso creo. Tanto mejor, pensé yo. Sí. Mejor que vivir lleno de negro. No se confunda, no estoy juzgando. Es que no comprendo la muerte. Perdóneme. La gente puede estar muerta y viva a la vez. Sí o no. Míreme a mí. Yo no soy Peter Somers. Pero puede que mi nombre sea Seter Pomers. ¿Quién sabe?

Autor
Ronald Küppers Johansson

Quan la mare parlava amb el Pol deia que tenia la sensació de parlar en un altre idioma. Jo m'atreuria a assegurar que s'equivocava, que els dos parlaven un català central molt planer i força entenedor. El Pol es defensava al·legant que entre ells hi havia una distància insalvable, cosa del tot impossible en una sala de menys de 15m². Jo estava farta de les seves interminables discussions, sobre tot quan es tractava d'aconseguir que el meu germà declinés part de les seves hores amb l'iPhone per una petita dedicació a les seves obligacions escolars. Que si “perdràs tot el curs”, que si “les batalles de Napoleó es memoritzen estudiant”, que si “aquest Nadal no marxarem a esquiar fins que no t'hagis après tot el tema de la Restauració”. Sí home! Fins aquí havíem arribat! I quina culpa tenia jo d'haver-me de quedar a la ciutat per comptes d'anar a casa dels avis?

Els pares es van limitar a dir-me que eren els efectes col·laterals de l'entestament del meu germà i que era l'única mesura de pressió que se'ls havia acudit per aconseguir que el Pol s'atengués a raons. De res havien servit els consells d'un reconegut especialista. El meu germà semblava un ésser mutant amb una addicció a l'oci tecnològic per culpa d'una “malaltia” terrible, però curable en qüestió d'uns anys i que sortosament no era contagiosa a la meua edat. La cosa cada dia anava a mal borràs i la seva malaltia avançava a un ritme estrepitos. Vaig pensar que el dia menys pensat el veuria transformat en l'home mosca o en una repugnant feristela ja que per aparentar ésser un jove agraciad s'estava de més d'una hora ficat al bany i sortia fet una mena d'home de Cromanyó del segle XXI on les pells eren substituïdes pels texans esparracats. El meu germà no tenia remei, així ho havia sentenciat el darrer especialista. “Aquest xicot està patint una crisi aguda d'adolescència”. Desesperada, vaig trucar l'avi. Jo no volia passar totes les vacances de Nadal ficada a casa. Si volien la família unida, que no hi comptessin amb mi. Campi qui pugui!

–Si us plau, avi. Vine a rescatar-me. Jo vull tocar la neu, i estrenar el trineu que anaves a regalar-me.

–Em sap greu, però jo no puc contradir la decisió del pares. Tot i que, res està perdut definitivament i si a la fi, el Pol s'aprèn la lliçó d'història, us espero amb els braços estesos.

–Doncs més val que et posis al costat de la llar de foc perquè a aquest pas et quedaràs ben garratibat. Dubto molt que el Pol arribi a aprendre's res si ni tan sols obre els seus apunts. Està tot el dia enganxat a l'iPhone per més que la mare li ha prohibit determinadament. Quan la mare gira cua....

–Perquè el teu germà pateix la síndrome de Romeu i Julieta.

–T'equivoques, ell només ha enxampat una adolescència aguda.

–El que et deia jo. Si de la faringitis esdevé la tos, de l'adolescència s'escau portar la contrària per sistema. És un clàssic. Jo, de jove, volia ser enginyer de telecomunicacions perquè sentia delit per dissenyar satèl·lits. El meu pare, que era advocat, s'oposà perquè pensava que allò només eren històries de ciència ficció. Desafiant al pare, vaig fer mans i mànigues per treballar i estudiar alhora. Vint-i-cinc anys després, la història es

SELECCIÓ EN LLENGUA CATALANA

El Premi Literari Internacional St. Paul's es concedirà en tres categories, per a cadascuna de les llengües.

1a Categoria: Nascuts entre el 01/01/01 i el 31/12/02

2a Categoria: Nascuts entre el 01/01/98 i el 31/12/00

3a Categoria: Nascuts entre el 01/01/95 i el 31/12/97

Gènere literari en què hauran de concursar totes les categories: conte. Tema lliure.

va repetir amb la teva mare, qui opugnant a les ciències em va fer saber que volia ser pintora. Saps què, noieta? M'has convençut. Tenim un greu problema amb un xicot que només vol estar assegut al sofà de casa. Compta amb mi, però no diguis res a ningú. Demà mateix l'àvia i jo vindrem per tal de resoldre aquest trencacolls.

–Visca! Ep! Que jo no vull el coll de ningú trencat, només que te m'emportis amb tu a la neu.

–Anem per feina que primer de tot caldrà que el Pol s'apregui el seu temari d'història. Cal que tinguis present que jo no puc contradir les decisions del pares. Però no t'amoïnis que això està coll avall.

Bufa!!!!!!!Vaig pensar. L'avi ho té ben difícil amb el Pol. Els pares, en canvi, van delegar completament en els ardis de l'avi els quals van aprofitar per anar fent via cap a la casa de la Cerdanya amb el pretext d'acomodar-la. Quina barra! No és que no confiés en els avis, però segur que hi havia gat amagat amb això d'anar jo a la neu i aconseguir que el Pol estudiés en una sola tarda...

Malauradament, les meves sospites inicials es van complir. L'avi em duria a una fira de la neu que feien amb una pista de neu artificial i el Pol es quedaria a casa estudiant després d'una breu xerrada que havien tingut ells dos.

–Per cert, si acabes abans del previst, res d'iPhone. Pots anar fent les maletes– va dir-li mentre el tancava dins de l'armari sota clau i desant la clau dins del riu del pessebre.

El Pol es va estirar al sofà amb un somriure malèvol tot esperant el moment de la nostra partida cap al Saló de la neu. A continuació, quan ja va sentir que l'ascensor era avall del tot, va agafar la clau del riu i va rescatar l'iPhone del calaix. El va engegar sense cap mena de remordiments per tal de disposar-se a passar tota la tarda escarxofat al sofà. Un senyal sonor el va avisar sobre la disponibilitat de l'APP gratuït del dia. No havien transcorregut ni tres segons que la pantalla va quedar tenyida tota de color vermell amb unes lletres blaves que deien: “COMPTE, RISC IMMINENT D'EMPIPAMENT DE L'ANGRY DE WATERLOO”. Segur que era una brometa d'un company a qui minuts abans havia hagut de trucar per comunicar-li que els seus avis l'havien deixat a casa tancat amb clau i que o bé s'escapolia desafiant cinc pisos per la finestra de casa o es resignava a passar la tarda enganxat als “Angry Birds”. Com a innocentada no estava malament. A continuació, un altre missatge molt més llarg acompanyat d'una música un xic tènica li feia saber: “SEGUINT EL PROGRAMA D'ESCOLARITZACIÓ DELS JOVES CATALANS, TENS 5 MINUTS PER MEMORITZAR AQUESTS FETS HISTÒRICS. PER CADA MINUT DE RETARD SE T'ESBORRARÀ PER SEMPRE UN JOC DEL PROGRAMA. AIXÒ NO ÉS CAP BROMA. REPETEIXO: CINC MINUTS I SOBRETOT NI SE'T PASSI PEL CAP CANVIAR DE PANTALLA O APAGAR-ME. RISC IMMINENT D'EMPIPAMENT DE L'ANGRY DE WATERLOO”.

–Apa que no es nota que és una brometa del Quim! Qui si no sabia això del Waterloo?, com si jo no sabés que és on va morir Napoleó. Es deu creure molt gracios amb això de tenir un avi que et tanca a casa castigat...

Però els missatges de la pantalla s'anaven sobreposant un sobre l'altre.

“PER COMENÇAR HEM PROCEDIT A ESBORRAR-TE CINQ DELS TEUS APPS FAVORITS COM A DEMOSTRACIÓ INICIAL”

–Però que s'ha cregut aquest brètol! Ara mateix el truco. Això ja passa de taca d'oli– es queixà el Pol mentre que el seu mòbil li enviava una mena de descàrrega al prémer un dels seus botons al mateix temps que li arribava un “sms”:

“MANQUEN 2 MIN I 46 SEG. PER ESBORRAR ELS 5 APPS SEGÜENTS. QUI AVISA NO ÉS TRAÏDOR”.

–Però que no s'adona que aquesta broma ja és massa pesadeta? –va pensar per si mateix mentre es dirigia a picar alguna cosa a la nevera.

Potser era qüestió d'ignorar-ho una estona mentre cercava algú amb qui connectar a través del Facebook. Però a mig obrir la nevera una llum verda amb una alarma un xic esfereïdora el dissuadí de tastar el fuet de l'àvia. Quan va retornar cap al sofà la pantalla mostrava que només li restaven 4 APPS per esborrar mentre seguia parpellejant el missatge:

“ NAPOLEÓ FOU GENERAL DE L'EXÈRCIT DURANT LA REVOLUCIÓ... ..A) FRANCESA; B) BOLXEVIC; C)INDUSTRIAL...”

–Pol, no t'alarmis que això està al llibre. Vejam... sí franceeeeeeeeeesa- va prémer amb el nerviosisme propi de qui està amb el dogal al coll.

“HAS PERDUT TOT! TROS D'ASE. LA RESPOSTA CORRECTA ERA LA B.

T'OFERIM UNA SEGONA I DARRERA OPORTUNITAT EN SENYAL DE RECONCILIACIÓ. TENS 3 MIN PER MEMORITZAR EL TEXT SEGÜENT I DESPRÉS COMPLETAR ELS ESPAIS EN BUIT- Napoleó va desenvolupar poques innovacions en el terreny militar, però va destacar (...) modernització de l'exèrcit francès, el va dur a les aclaparadores victòries inicials”

No si valia a badar. A més, cada vegada que encertava recuperava un APP ensem que un ocellet dels “Angry Birds” caracteritzat de Napoleó li aplaudia, cosa que li satisfia notablement. Passades dues hores va sortir el darrer missatge abans d'apagar-se l'equip “ENHORABONA. PROBASUPERADA. EL TEU EMPERADOR T'ACONSELLA QUE REPOSIS FORCES AMB ALGUN PETIT ÀPAT. FINS LA PROPERA”.

Va desar l'iPhone dins de l'armari, tot i que va refusar d'obrir la nevera conformant-se amb una magdalena del rebost i un got d'aigua de l'aixeta. El soroll de la veu greu de l'avi per l'ascensor l'indicaven que era millor fer veure que estava fent les maletes. Després del so característic de la clau, vaig anar a saludar-lo amb entusiasme.

–Avi, m'ho he après fil per randa. Em pots preguntar el que vulguis

–No cal noi, sempre he confiat amb tu. Ja m'ho explicaràs pel camí. Per cert, recorda't de posar el teu telèfon a dins de la bossa, ara que te'l veig aquí sobre el llit dels pares...

–Pol, encara no has tastat el meu fuet? –li preguntà l'àvia.

—És que la nevera fa un soroll estrany.

—Ah! Què despistada he estat. És un porquet que li he regalat al teu pare perquè soni quan l'obri. Com que està tan gras i s'ha decidit per enèsima vegada a fer dieta. Coses de la sogra— bromejà.

—Llavors...?

—Marta, em vols ajudar a trobar una clau...on era? Vés, tant se val. Estava fent una aplicació de les meves per un encàrrec de l'escola del poble, però penso que ho deixaré córrer perquè és molt poc efectiva pels nois d'avui dia. Això només hauria servit pels joves cànids de la meva època. Sobretot!, agafeu roba d'abric, que el fred...

Autora

Aina Casal Pelegrí

—Fa perdre les millors de les batalles— va concloure el Pol.

Aquesta tarda, a l'escola, sento que el món s'alenteix, amb un gran buit i pesadesa dins meu. Fins i tot els meus propis pensaments em comencen a pesar. Surto de l'escola corrent, amb una gran angoixa i mareig al damunt. Intento acabar els deures ràpidament. Em costa fins i tot esmentar en el meu interior les paraules que faré servir. Sento una gran pressió dins del meu cap, estic cansat, desanimant, sense un objectiu clar per a aquest dia. Em poso a xatejar amb els meus companys de l'escola, a veure si em puc alleugerir una mica i treure'm l'angoixa del damunt.

Em sento ansiós. Demano un got de llet a la meua mare. A veure si em puc relaxar una mica i anar-me'n al llit aviat. La crido varies vegades però no em respon. Sembla que no hi sigui. Sento que el cap m'explotarà i em costa respirar. Començo a veure la pantalla borrosa. Passen uns moments. Crec que m'estic ofegant. A poc a poc se m'acaba la vida. Aleshores, s'atura tot. Miro al meu voltant. Sento que un buit m'envolta. La vida no em respon. No sento activitat. Estic sol. Aleshores sento que una veu crida en el meu interior:

- Sóc el virus H6 ! He estat enviat per donar una nova vida al món. Ens endinsem en els sentiments de les persones a través dels ulls. Tu has estat el més afectat. Volem que tanquis els ulls i no pensis en res.

Passen uns instants i em trobo per primer cop una mica orientat, però sense acabar-me de trobar del tot. Comencen a vibrar les parpelles dels ulls. Tot seguit, m'enlluerna una llum forta i resplendent. Quan torno a tenir consciència de la situació, veig un paper que m'observa. Estic espantat. El vull agafar. Percebo com em transmet el seu significat i amb una dèbil veueta em diu:

- Tu has estat l'escollit. ESCRIU COM VOLS QUE SIGUI EL MÓN QUAN TORNI A VIURE.

Agafó un llapis i m'assec a la cadira de l'escriptori. Col·loco el paper davant meu. Em relaxo, sospiro i deixo la ment en blanc. Aquest pot ser un moment crucial per al destí de milions de vides. Sospiro una vegada més. Agafó el llapis amb força i m'endinso en els meus humils pensaments. Davant meu hi ha una immensa porta. L'obro. Hi entro. A cada passa que dono se'm tensen més els músculs de les cames. La sang va alentint el seu recorregut per les venes. A cada instant que passa, més em costa avançar. M'acabo d'introduir en aquella fosca estança. De cop, tot s'il·lumina. L'única cosa que aconseguixo veure és un patiment i maldat continuus. Pel cap em roden una munió de retorçades i indescriptibles imatges. Intento trobar una sortida, però no ho aconseguixo. Se m'està bloquejant el cervell. Aleshores m'adono que aquest és el món en què visc. Sense escapatori. Ple de dolor i patiment. Quan començo a tenir la sensació de desfer-me, els meus ulls aconseguixen veure alguna cosa més: sembla una llum resplendent que brilla en la foscor. No és lluny de mi. M'adreço cap a ella i m'adono que és el mateix paper que abans. Reclama una decisió. Se'm tapen les orelles. Sento que el cor em deixa de batejar. Per fi, poso la punta del llapis sobre el full. Em sento capaç, però no sé què escriure. En aquell moment se m'il·lumina el cap, els ulls i el cor. Ho defineixo tot en poques paraules. Vull que en les cares de la gent es despertin somriures i s'acabi l'aigua que malgastem pels ulls.

Tot segueix igual, com si es tractés d'un gran buit. Sóc conscient de què la vida no prossegueix.

- Sí, home –dic-, senyor paper, em refereixo a que la gent, abans de cometre un error, amb segons quines accions, poden arribar a esborrar els somriures, no només el seu, sinó els somriures de moltes altres persones. Que científics i especialistes de la medicina es despertin a diari pensant que poden salvar milers de vides, combatent i anul·lant certes malalties que en altres temps podien ser letals. Que els manaires i els poderosos s'alcin dels seus llits dient alegres:

- Molt bé! meitat per a tu, meitat per a mi.

Vaja, que tothom se senti afortunat de respirar l'aire d'aquest món. Que mirem la vida amb felicitat i les seves complicacions i solucions amb alegria, perquè mentre hi hagi un món per viure dependrà de nosaltres mateixos, de com prenguem el rumb del dia a dia i amb quina cara ho afrontem: si diem a per totes o ho encarem amb pessimisme. Aleshores, espantat per perjudicar el món amb algun comentari, caic en una son profunda.

Al cap d'una estona noto com em balancegen d'un costat a un altre. Obro els ulls ràpidament i veig la meva estimada mare. Encara una mica desorientat miro el carrer. Només veig cotxes passant l'un darrere l'altre, unes quantes gavines que il·luminen de tranquil·litat el cel, i per descomptat, al bar del davant, ja estan anunciant el cafè acabat de fer. Una mica més confortat, veig la meua mare mirant-me amb els seus ulls tendres i un somriure d'orella a orel·la que em dedica amb unes dolces paraules:

Vinga, dormilega, que arribes tard a l'escola.

Jo, encomanant-me del seu somriure, li contesto cridant amb força i energia:

Així doncs, a per totes !

Em dic Anna i sóc la tercera de quatre germans. Visc a Barcelona amb els meus pares. Tinc deu anys i faig cinquè de Primària.

Fa sis anys vaig agafar una malaltia que em va deixar sorda. Pels meus pares va ser un cop molt fort i per a mi també perquè és com si s'hagués baixat el volum de la televisió, però en tot el que m'envoltava. Així que vaig aprendre a escoltar el silenci.

No he canviat d'escola ja que era millor no fer canvis després del que m'havia passat. A més, la meua escola està preparada per admetre nens amb alguna discapacitat. Tenim grups de treball a part que ajuden als nens amb dificultats.

Al principi, jo anava a un centre especial per a sordmuts, on ensenyen el llenguatge dels signes. Tota la meua família va anar-hi per poder entendre'm i ara fem servir aquest llenguatge corporal amb tota naturalitat. També ens van ensenyar a llegir els llavis, la qual cosa ens ajuda a entendre els professors i a la resta de gent; és clar, sempre que estan de cara! La veritat és que la meua minusvalidesa no m'impedeix fer el que em proposo, però n'hi ha d'altres que sí redueixen la teua mobilitat, i el nostre món està ple d'obstacles per a gent com nosaltres.

De vegades, em sento observada, com si fos un "bitxo estrany", però els meus amics no em fan sentir diferent, tot el contrari m'ajuden en tot. A un amic mai se l'abandona. Jo també poso molta voluntat en ser igual que ells.

La meua família diu que això que m'ha passat és un gran repte que ja hem superat i que, amb il·lusió i ganes, tot allò que ens proposem ho podem aconseguir. Tinc la il·lusió de fer moltes coses. "La il·lusió no s'ha de perdre mai", això diu la meua mare.

Ser sorda, per a mi, no és cap problema. És només posar-hi una mica més d'esforç que els altres, i que els altres vulguin entendre'm.

Sovint, dues persones sanes que parlen el mateix idioma NO S'ENTENEN, i això encara és més greu que el problema que jo tinc.

Una nit freda d'hivern, al 1912, una pagesa de 32 anys, més bonica que una papallona vestida de seda, va morir. Els metges no sabien la causa de que els deixés tan aviat. Havia estat sempre una dona forta, amb salut i molt alegre.

Anava cada dia amb el seu home, que es deia Francesc, de 39 anys, a treballar al camp, plantaven, segaven, regaven i collien els fruits. Eren molt feliços. Ara que ella no hi era, ja no era el mateix. El Francesc estava trist, pensava molt en ella, no podia viure sense ella, ja no era feliç i volia que tornés.

Dies abans de morir la dona, havien parlat de penjar un nou rellotge a casa seva. Seria molt gran i amb forma de quadrat, amb un marc tan platejat com un brillant i les agulles daurades com l'or. En Francesc seguint el desitg de la seva dona, va encarregar al seu amic rellotger un rellotge igual al que havien parlat. Només hi hauria una cosa diferent: les agulles daurades anarien a l'inrevés, és a dir, girarien cap al darrere. Així, va pensar el Francesc, tornaria el temps enrere i la seva dona tornaria a estar amb ell.

- Això serà una mica difícil- va dir el rellotger- Francesc, el temps passat ja no pot tornar. Intenta ser feliç a ella li agradaria que ho fossis.
- No perdem res per intentar-ho- va dir el Francesc – Et pagaré el que faci falta.
- No es tracta de pagar més o menys, a mi no em costa gaire fer-ho. Simplement he de canviar la maquinaria. Però no m'agradaria que se t'en vagi el cap.
- Tranquil, amic això no em passarà. Quan me'l tindràs fet?
- Vine d'aquí dues setmanes.

A les dues setmanes justes, ni un dia més, ni un dia menys, el Francesc va anar a la botiga del seu amic. El rellotge era tal i com li havia encarregat. Brillava per tot arreu i... les agulles giraven cap a l'esquerra.

- Moltes gràcies! Això no té preu. Et donaré el que sigui.
- Amb les gràcies ja en tinc prou amic i sobretot necessito que em prometis que et cuidaràs molt i continuaràs la vida.
- Això està fet! Fins aviat.

El rellotger el va mirar amb cara de pena fins que el Francesc va desaparèixer de la seva vista amb el rellotge agafat amb les dues mans. Va arribar a casa i va penjar el rellotge al menjador, allà on més es veia, en les 8. Va seure al sofà a observar-lo.

- És tal i com havíem dit- va pensar. El va mirar i... màgicament les agulles anaven cap al darrere.
- És fantàstic! – va exclamar- Com que al dia següent havia de matinar, se'n va anar a dormir pensant que, pot ser, demà seria ahir. Va tancar els ulls i no va trigar en dormir-se.
- Quan va despertar, 5 hores més tard, es va aixecar i va anar a mirar el rellotge. El temps anava cap al darrera, les agulles marcaven les 3. I no només en el rellotge el temps retrocedia, sinó també, la vida d'en Francesc que, poc a poc, va arribar el dia de la mort de la seva dona.
- Va tornar a reviure tot el que havia passat, l'enterrament, el moment de la mort, abans de la mort, els dies feliços a l'hort... El que en Francesc no sabia es que només era la seva imaginació, el rellotge girava com ell havia encarregat però la seva ment li havia fet una mala passada. Tot era imaginació i, per això, ell deia fins ahir a tothom. El més important, però, és que es va morir feliç.

Crec que la meua mare m'estimava.

I, per això, no vull recordar com els seus dits glaçats es van ajuntar amb els meus. Veure-la, allà, ajaguda, sense vida i sense esperit, em va destrossar l'ànima. Ho havia estat tot per a mi: la meua mare, la meua confident i... ja no m'importa admetre-ho, el meu ídol i la meua consellera, i ara...

Encara recordo, com, en aquelles tardes d'estiu, a la terrassa del palau, m'explicava contes i fantasies sobre els déus i les deesses. I també recordo al Cesarió, el meu Cesarió...

Jo només era una criatura, un esquitx, quan em vaig enamorar d'ell, el meu germanastre. Era el meu amor platònic. D'anys, jo només en tenia nou i ell, quinze.

Pel que fa al meu germà, sempre havia estat el nen perfecte. De cabells daurats, no li faltaven pas. I tampoc li mancaven les paraules elegants que encisaven els ambaixadors d'arreu. Heu de saber, a més, que tampoc s'escapaven de la perfecció els seus ulls de color escorça. Tothom l'adorava.

En canvi, jo, la filla de la reina de les reines, m'assemblava més a la meua mare. Era de pell lleugerament morena i de llavis, fins, que ressaltaven amb els meus cabells, llargs, però de color negre intens. Els ulls els tenia grans i rodons, com els del meu pare, un romà, però no qualsevol romà, el gran Marc Antoni. La pupil·la, blava com el mar, em donava un toc exòtic i rellevant.

De tarannà, era astuta i, alhora, clement envers els meus enemics. Això, clarament, ho havia heretat de la meua mare.

I, alguns, deien que tenia mal geni. No sé d'on s'ho treien, però he d'admetre que, en els dies de mala lluna, era capaç de treure'm del damunt qui fos amb un bon crit.

La mare em preparava per ser reina. Cada dia, després d'atendre els ambaixadors, em posava la seva corona i em seia al seu tron.

—Selene, cada cop et va millor la corona!

Jo reia, com una beneïta. Era feliç. I, amb això, n'hi havia prou.

Al cap d'uns anys, tot va canviar. Em feia gran i, ara, la gent es fixava més en mi. Ara, era bonica i havia madurat. Tenia 13 anys. El meu germà seguia igual; això sí, es va tornar un xic bèstia. A vegades, era un vertader malson estar amb ell.

Encara que nosaltres érem feliços, tot anava a l'inrevés dels nostres desitjos. Als pares, cada dia, se'ls veia més preocupats i, el que era pitjor, no ens explicaven què passava.

Tanmateix, gràcies a la meua insistència, el pare m'ho va acabar de dir: l'Octavi (vet

aquí, un altre romà, semblaven una plaga!) ens volia destruir. Anàvem cap a una guerra. Una altra guerra! Una altra! No! Jo odiava les guerres. Ja sabia què portaven: destrucció, morts, desolació...

Ans al contrari, quan li ho vaig comunicar al meu bessó, se li li il·luminà la cara. Embeinà la seva espasa de fusta i va apuntar-me la gola.

—Tu ets boig! —jo li deia mentre ell cridava.

—Defensaré Egipte, a la mare, al pare, a Cesarió i... encara que no voldria, a tu!

D'una empenta, me'l vaig treure de sobre. Vaig posar les mans al voltant del meu coll, en un gest protector, i li vaig retreure:

—Ets completament foll! Al pare i al Cesarió no cal que els defensis, que ja ho saben fer i millor que tu. I, pel que fa a mi, ja sé fer-ho soleta, carallot. I a més, no et deixaran anar a la guerra, ets massa petit. I ets príncep.

L'Helios va abaixar la mirada. Sabia que el que li deia era real. Mai no podria defensar Egipte a les batalles.

Gairebé es posà a plorar. I això em va fer molta pena. Havia fet vessar llàgrimes al meu germanet... Per consolar-lo, li vaig posar la mà a l'espatlla dreta, però se la va treure ràpidament i va córrer cap al jardí. Em va saber molt greu. Tot i així, les meves penes no havien fet més que començar.

Els anys següents foren una tortura. La meva mare no es parlava amb ningú i plorava a les nits amb profunda desesperació.

El meu pare entrenava més i més amb les armes, i també ensenyava als meus germans. Jo els veia, des d'una balconada de palau, i em preguntava per què no podia també exercitar-me amb ells. M'hagués agradat tant! Ben segur, que, si m'haguessin donat una oportunitat, hagués estat tan destra com ells. No era just!

Els dies passaven i cada vegada es feia més insuportable viure a Egipte. M'arribaven veus que em deien que els nostres carrers eren plens de misèria, que el menjar escassejava.

I, un dia, va succeir. Els quatre germans (a tot això, havia nascut en Ptolomeu) érem en una habitació. Jo m'encarregava del petit, que ja tenia tres anys i escaig, i els meus altres germans xerraven sobre bagatel·les. Ens interrogàvem, però, en silenci, sobre, per què, feia uns instants, els pares ens havien tancat en aquella sala. I no en volíem parlar. Què passaria? Ens agafarien els romans? I, si ens agafaven, ens matarien?

De sobte, vam sentir uns sorolls al passadís de palau que portava a la nostra cambra. Ràpidament, obrírem una porta secreta de la sala i hi férem passar en Cesarió al davant. Era ell qui tenia que salvar-se! Era a ell a qui Octavi perseguia! Però, un cop en Cesarió va haver travessat la porta, aquesta es va tancar, amb tal estrèpit que els soldats

entraren immediatament. I ens van trobar: un noi i la seva germana bessona portant un infant en braços.

No tindríem molt bona cara, perquè, a un soldat jove, se li escapà un gest de compassió. Però, llavors, un altre, un noi d'uns 20 anys, va arribar i ens va mirar de fit a fit. Primer, al meu germà. Vaig tenir molta por. Por que li fes mal. Per sort, el va deixar anar.

Després, es dirigí vers a mi i al petit Ptolomeu. Jo n'estava segura, el gran Octavi —era ell en persona— volia fer mal al meu germà petit. Quan l'anava a tocar, no vaig dubtar, li vaig escopir a la cara.

Tot seguit, davant la sorpresa de tots els presents, li vaig aclarir unes quantes coses.

—No ens toquis. Ni a mi, ni als meus germans. Som els fills de la nova Isis, la gran Cleòpatra, reina de les reines, i d'en Marc Antoni, general dels generals, l'home més valent de Roma. No hi gosis, serp!

Octavi es posà a riure.

—Com et dius?

—Selene; Cleòpatra Selene.

—Bé, me'n recordaré del teu nom. Però t'aconsellaré una cosa, Selene: quan us passegem, presoners, per Roma, guarda't aquest mal geni.

No li vaig dir el que li anava a replicar. Hagués estat massa inoportú.

Els soldats ens van conduir fins al mausoleu, on s'havia tancat la meva mare. Era clar que ens volien fer patir mostrant-nos com la gran Cleòpatra era conduïda a Roma.

Però no, es van quedar amb les ganes. Quan entràrem, jeia morta, estirada al llit. Amb el cor trencat, vaig córrer cap al seu cadàver. Li vaig entrellaçar el dits i vaig cridar. Molt fort. Vaig cridar fins que, in situ, em vaig desmaiar.

Autora
Eina Miró Escobar

A vegades, la mare li deia que era un “somia truites”, que no sabia mai si era allà amb ella o en un altre món. La veritat era que no l’entenia, a la seva mare; a ell li sembla tot el contrari, a vegades, era ella qui no veia clara la realitat. Deia que només havia de tenir cap pels estudis, que era la meua única obligació. No entenia que, per ell, els estudis eren només un esglaó que estava escalant i que el que importa de debò era el que hi havia al replà. I al seu replà hi havia un somni, el somni d’arribar a ser un gran escriptor. Volia ser l’arquitecte, constructor i dissenyador d’una història, de mil històries, cada una amb el seu context i els seus personatges. Volia ser el protagonista d’aventura de tot tipus i, això, era possible amb el llapis a la mà. Per això, ningú el va creure quan va explicar el què li va passar un dimarts a la tarda. Estava a la biblioteca, com cada dimarts i dijous a la tarda, de cinc a dos quarts de set, quan el va veure.

Hi ha una llegenda als passadissos de l’escola que diu que a la biblioteca, un edifici antic i molt visitat per gent de tot el barri, encara hi viu l’Ernest, el primer encarregat de la biblioteca, l’ordre dels llibres i guardià del silenci. Diuen que agafis el llibre que agafis, mai hi ha pols enlloc: l’Ernest neteja curiosament cada volum, un per un, des del llibre més prim del Petit Nicolau fins el més gruixut i antic de les postades on no hi arribaven ni les escales. Als petits, se’ls hi diu que han de tenir cura dels llibres, perquè són de tots i perquè sinó l’Ernest s’enfadarà; o, que no mengin si consulten o llegeixen un llibre perquè sinó l’Ernest no els hi tornarà a deixar. Ningú parla de la Carme. Ella està allà per dubtes o demandes: “Carme, sap on puc trobar aquest llibre?” “Carme, m’he deixat el llibre de préstec, si te’l torno demà, me’n deixaràs agafar un altre aquesta setmana?” o “Carme, m’ajudes a fer aquesta fitxa de mates, és molt difícil...”. A l’hora de posar-nos seriosos, qui mana és l’Ernest.

Se l’imaginava fort, alt com un sant pau i jove, però quan el va veure, es va fixar que no tenia res a veure amb la imatge que s’havia creat. Era un home encorbat per l’edat, arrugat i canós. Duia un bastó de color de pedra que l’ajudava a moure’s i una jaqueta que li tapava tot el cos. Quan el va veure, les mirades es van crear i va tenir la sensació d’estar mirant a un desconegut molt conegut. Sense pensar-s’ho, instintivament, es va aixecar deixant tots els deures, l’agenda i els llapis i bolígrafs de l’estoig escampats per la taula i el va seguir. No feia gens de soroll, ni tan sols amb el bastó; res a veure amb el seu avi, que cada cop a terra amb el bastó sembla que algú estigués tirant a terra una paret. Llavors, va veure com s’aturava i se scia en un tamboret baixet a prop de la filera de llibres de “Història de l’art”. Va treure un drap de color cru i va començar a netejar amb cura les portades, lloc i contraportades del primer volum que hi havia a la columna de llibres sense ordenar que tenia al costat. No sabia si acostar-s’hi més o observar-lo des d’allà on era; no sabia si preguntar-li si de debò era l’Ernest o deixar-se portar per la il·lusió, o potser per la curiositat i alhora sensació de victòria per ser un dels pocs que podrien dir que havien vist a l’Ernest de la biblioteca o, com l’anomenaven els seus amics de classe: “el guardià”. Llavors, va aixecar el cap i, de nou, les seves mirades es van crear.

Per què no vénis a seure aquí amb mi i m’ajudes? – va dir-li una veu pausada.

Ostres, com m’ha vist? – va contestar encuriós.

Després de tants anys voltant per aquests carrers literaris i de conuiu amb el silenci, les teves passes, per més cura que hagi tingut, t’han delatat.

Em sap greu, no voldria pas molestar-lo! – va dir de seguida.

I ca! No em molestes pas! Va, vine que m’ajudaràs! Com et dius?

Em dic Lluç. Lluç Sardà Barguès.

Molt bé Lluç Sardà Barguès. M’ajudes a ordenar aquesta columna de llibres? T’has de fixar en la numeració del lloc.

De seguida va assentir amb el cap amb un somriure, i va començar amb el primer: “Mètodes per entendre l’art Enric Vila. MET 084”. Quina il·lusió li feia poder estar allà amb ell, ajudant-lo, fent una feina que no hagués fet tan a gust amb la Carme. Estava amb l’Ernest! Vés a saber quantes persones podien dir el mateix que ell... Quants anys deuria tenir? I on viuria? Estaria casat? Tenia moltes ganes de fer-li moltes preguntes però el respecte de la seva presència i el respecte al silenci de la biblioteca el van retenir. No volia semblar un nen petit preguntant tant, era evident que era l’Ernest.

De seguida van acabar de netejar i ordenar la columna de llibres que hi havia al costat del tamboret i, quan es disposava a seguir-lo per continuar ordenant el que fes falta, el rellotge de l’entrada va fer el “toc” que recordava als concentrats lectors de la biblioteca que eren les set, hora de tancar.

Les set! – va dir amb una mica més de veu que en la conversa anterior. – Haig de marxar. La mare fa mitja hora que m’espera fora amb el cotxe!

Gràcies per ajudar-me Lluç. Espero veure’t un altre dia!

Sí, ja hi pot comptar –va dir il·lusionat. – M’ha agradat molt ajudar-lo!

Va dirigir-se ràpidament al lloc on havia estat fent deures i va recollir les seves coses per sortir pitant per la porta mentre sentia a la Carme que li recordava que a la biblioteca no es podia córrer.

Mare, mare! Saps amb qui he estat avui? Amb el senyor Ernest! – va dir-li amb una cama dins el cotxe i l’altre encara al carrer.

Saps quina hora és Lluç? Què feies tanta estona? – va dir la mare amb to seriós.

Mare, mare he estat amb el senyor Ernest!

Amb qui? – va preguntar mentre li feia senyes perquè es cordés el cinturó abans d’engegar el cotxe.

Sí mare, el senyor Ernest, el “guardià”, l’home que treu la pols dels llibres des del primer dia que van obrir la biblioteca. El senyor que...

Ah sí! – va interrompre la mare. – Molt bé, molt bé –va dir mentre amb la mirada es

recordava que tenia un fill “somia truites”. – Lluç, has pensat de preguntar a la Carme si li havia arribat el llibre que t’he demanat aquest matí?

Amb la cara la mare ja en va tenir prou. Sort que la mare va sortir del cotxe abans de sentir que, a part d’oblidar-se del llibre tampoc havia tingut temps d’acabar tots els deures.

Hola Carme –va dir la mare fluixet -. Perdona, ja sé que has de tancar, però el Lluç ha marxat sense pensar en demanar-te si ja t’han tornat el llibre d’en Jonasson “L’avi dels 100 anys”?

Vejam, deixa’m que ho miri a l’ordinador... No, encara no. Me l’han de tornar divendres. Vols que et faci una reserva?

Sí, si us plau. Ja li diré al Lluç que l’agafi dimarts que ve.

D’acord. M’ho apuntaré per pensar-hi – va dir la Carme mentre acompanyava a la mare cap a la porta.

La mare es va dirigir cap al cotxe i la Carme es va quedar a la porta per esperar a un senyor gran, encorbat i amb bastó, que també es disposava a sortir.

Si que va tard avui, Jaumet. La Maria s’enfadarà, tanta estona fora de casa! – va dir la Carme mentre anava acomiadant a altres persones que també sortien.

Se m’ha fet tard. Avui un minyó m’ha volgut ajudar i m’ha fet tanta il·lusió que en comptes de les quatre se m’han fet les set – va dir l’home orgullós mentre s’acomiajava de la bibliotecària amb un somriure d’orella a orella.

Autor

Jordi Casanella Casanovas

3 de gener

Avui han vingut els avis i els tiets a l’hospital. M’han regalat aquest diari i m’han donat forces per continuar el camí que comporta tenir càncer.

Porto dos anys en aquesta habitació, amb un pèssim diagnòstic. Aquí he passat els meus aniversaris (quan en vaig complir vuit i quan en vaig complir nou), els Nadals, els Caps d’Any... Per sort, la mare sempre està al meu costat i em dóna suport. Cada dia em repeteix que algun dia em curaré i tornarem a casa, però fa temps que vaig descobrir, sense que ningú se n’adonés, que el meu càncer és terminal. Quan ho vaig saber, vaig pensar que la mare era una mentidera, però després em vaig adonar que ho feia pel meu bé i que volia el millor per a mi.

Fa un moment, els avis i els tiets han marxat i estic sol amb la mare; parla amb el metge. Segurament li està explicant el funcionament d’una de les moltes proves que em fan diàriament...

4 de gener

Aquest matí han vingut algunes persones disfressades repartint caramels, dibuixos, postals... Ens han recordat que demà serà la fabulosa nit de Reis. Aquests ens portaran el que nosaltres vulguem. Ho hem d’escriure en una carta i enviar-la a Ses Majestats. El metge me n’ha regalat una i m’ha dit que aquesta nit la vindria a recollir.

A la tarda, la mare m’ha ajudat a pensar sobre els possibles regals que podria demanar. Se li han acudit idees fantàstiques, però jo només volia salut i tornar a casa meva, per jugar amb els meus amics, per anar a l’escola, com els altres. No ho he dit, per no ferir els seus sentiments.

Finalment, cap a les nou de la nit, el metge ha aparegut per la porta amb una altra carta a la mà. M’ha demanat la meva i jo li he preguntat de qui era aquella que portava. M’ha dit que era del nen que residia a l’habitació del costat. Quan m’ho ha dit, els meus ulls s’han il·luminat: un altre nen!

5 de gener

Just quan m’he despertat, el metge ha entrat per la porta per veure com em trobava i, com era d’esperar, per fer-me una altra prova. Darrere d’ell, han aparegut dues infermeres que han desplaçat el meu llit fins a una altra sala. Mentre jeia al damunt, he preguntat al metge si cap dia podria conèixer el nen que es trobava a l’habitació propera. Ell m’ha mirat sorprès i m’ha dit que si volia, després podria anar amb ell a visitar-lo. M’he entusiasmat i quan he tornat a l’habitació ho he explicat a la mare amb molta il·lusió. Ella s’ha posat molt feliç, però no especialment per la notícia, sinó perquè era una de les poques vegades que veia un gran somriure dibuixat al meu rostre.

Assegut al llit, he acompanyat el metge a aquella habitació i, efectivament, estirat al llit he vist un nen més o menys de la meva edat. Estava, tal com el metge m'havia comunicat abans, en pitjor estat que jo. Ell ens ha ajuntat i he saludat el nen. Aquest també ho ha fet i li he preguntat el seu nom. Amb dificultats, ha respost: Joan. Jo li he dit el meu, encara que no me l'ha preguntat. En Joan m'ha comunicat, també amb dificultats, que el seu càncer és terminal i que, gràcies a la seva astúcia, ha escoltat una conversa entre la seva mare i el metge. Aquest li havia dit a ella que al seu fill no li quedava més d'una setmana de vida. També m'ha explicat que la seva mare ha estat plorant durant unes hores la desgràcia, però ho ha fet fora de l'habitació, per no ferir-lo.

En aquell moment he vist un gran sentiment de tristesa amagat darrere aquell rostre blanc. Jo li he dit, per intentar animar-lo, que el meu també és terminal i que sempre rebrà el meu suport. Per primera vegada en tota l'estona que he estat allà, ell ha esbossat un gran somriure. Des d'aquest moment, jo considero en Joan el meu millor amic.

6 de gener

Avui ha estat el dia de Reis, he rebut molts regals. He estat molt feliç. M'han portat un munt de coses: jocs de taula, uns quants peluixos, quaderns per acolorir...

És cert que també m'he sentit el nen més desgraciat de món, he sentit que el cor se'm trencava en mil bocins, una llàgrima, no, dues, no, tres... han caigut per la meva galta. El metge m'ha comunicat que en Joan... ja no vivia. He recolzat el meu cap sobre el coixí i he començat a plorar. Un plor que no ha cessat fins passada una bona estona.

Un cop passat el mal moment, la mare m'ha fet una forta abraçada, que m'ha tret tots els mals que tenia. També ha aparegut el metge que m'ha dit que agafés un peluix dels molts que els Reis m'havien portat i que anés amb ell. No li ha dit res a la meva mare, simplement que s'esperés. El metge em portava a l'habitació del costat. El llit era buit, el metge em va dir que a en Joan li encantaven els peluixos i que segur que li feia feliç que un amic seu n'hi regalés un. He deixat l'osset que havia agafat sobre el coixí i una llàgrima ha lliscat suaument pel meu rostre.

Sento la música al menjador i els nens que ballen. La Shamina, la meva dona, que en àrab vol dir "brisa dolça" canta Abdoulaye Diabaté, molt popular a Mali, el nostre país. A la cuina estic preparant Kesksu (cuscús de be amb harissa), que vaig aprendre a cuinar al Marroc. Ai, sí! En aquell temps treballava com un esclau a la cuina d'un restaurant.

Mentre preparo l'olla i vaig sofregint la ceba, recordo com va començar tot.

Em dic Abdel Hadi (servent del guia). Tenia 17 anys justos quan em vaig casar amb la Shamina. Vivíem als afores de Taodenni, la capital de Mali. Tota la família treballava al camp, al cultiu de la terra, i era molt dur, perquè les sequeres eren abundants. Als 18 anys vam tenir el nostre primer fill, Salim.

Érem feliços vivint en una petita cabana mentre en Salim era petit.

Quan va fer 6 anys, ens vam adonar que era un nen molt espavilat i la mínima educació que li podíem oferir al Mali rural aviat se li faria petita. Cada cop les collites anaven de mal en pitjor per falta d'aigua i les famílies com nosaltres teníem pocs estalvis...

Veig com s'enrosseix la sal mentre hi aboco els tomàquets ratllats. Abans dels cigrons, ho he de deixar reposar i hi he afegit una tasetta d'aigua.

No podíem continuar vivint de la terra perquè amb prou feines donava per menjar i sempre hi havia deutes per pagar. La situació no era gaire diferent a tot Mali, a les ciutats les feines eren cada cop més mal pagades i la gent havia de canviar contínuament de professió.

La situació política encara era pitjor, i mira que al nostre país encara es podia aguantar, però tota Àfrica era una dictadura. Va ser llavors quan La Sharmina i jo ens vam començar a plantejar d'emigrar cap a Europa perquè en tots els països hi havia un govern democràtic, fins i tot els immigrants votaven, es podia vestir lliurement i les dones no havien d'anar tapades i podien ensenyar la cara i el cabell.

- Llibertat!

El crit es sent per tota la casa i dono un cop al bol de les pastanagues i els carabassons que després haig de plegar de terra. Potser m'emocio massa però qui hagi nascut en condicions similars segur que m'entén.

Me'n recordo que l'única sortida era arribar fins al Marroc i creuar per l'estret de Gibraltar per arribar a Espanya, perquè no podíem pagar ni un terç del que valia el bitllet d'avió. I aquesta era la part fàcil: un cop allà, hauria d'aconseguir papers, una feina, i fugir de la policia fins que fos legal. Era una idea suïcida, però no tenia altra opció. Per arribar al Marroc, havia de creuar el desert, sobreviure als atacs dels bandolers, arribar a una ciutat per trobar feina i guanyar prou diners per pagar una màfia que m'embotís en una pastera per arribar a Tarifa.

Autor

Ana Beatobe Lacoizana

Preparo el cuscús mentre especio l'olla amb pebre i comí. La Sharmina ara canta Gara iz Loncara, una preciosa melodia també de Mali.

Vaig embarcar en un comboi direcció El Osar el Kebir, Marroc. Portava a sobre la meitat dels nostres minsos estalvis perquè l'altra meitat la tenia la família per anar vivint.

La caravana desfilava amb lentitud però alerta, vigilant, atemorida tothora, per no ser la possible presa d'un assalt. Només sentíem el vent udolar, cadascú desconfiava del company del seu costat, teníem por. Després d'onze llargs dies vam arribar a lloc, cansats, assedegats i alguns sense ni un duro. Per sort jo vaig poder pagar-me un bon mos i reomplir la cantimplora. La meua intenció era arribar fins a Mdiq on vivien uns coneguts que potser em podrien ajudar, però hauria d'enginyar-me les per arribar-hi.

Escaldant el brou començo a preparar la salsa d'harissa per acompanyar el cuscús. Deixo els bitxos en remull i trinxo l'all amb el morter abans d'afegir-hi el coriandre.

Vaig acabar negociant amb un camioner de pastissos que em va portar fins a Mdiq, és clar que la tarifa va ser alta. Amb prou feines em quedaven diners i necessitava trobar feina. Sort que el meu conegut Abdullah, avui bon amic, em va trobar un lloc de cuiner en el seu restaurant. Allà vaig aprendre a cuinar aquest plat. El restaurant va tenir èxit i el meu sou era generós, però no prou abundant per instal·lar la família al Marroc, de manera que vaig començar a contactar amb gent que em pogués traspasar a Espanya.

Un malson de viatge en pastera, onades, mareig, por. Després, mig mort de gana, set i calat fins els ossos, una correguda a les fosques des de la platja de Tarifa fins els matolls i arbres costaners. Cap adéu als companys de travessia, cada ú abandonat a la seva sort. La meua va ser bona. Vaig arribar a Catalunya mig a peu mig fent autoestop i vaig aprendre el català tot feinejant en restaurants de costa com a cuiner. Vaig conèixer un home marroquí, Mustapha, que portava un restaurant del seu país. El restaurant es deia "Magrib". Com que jo ja havia treballat de cuiner en un local a Mdiq, em va contractar en secret i treballava clandestinament sense sortir de la cuina. Ens vam fer molt amics en Mustapha i jo, fins al punt que em deixava una habitacioneta al restaurant amb un llit plegable perquè hi dormís a la nit. Em vaig poder empadronar i, gràcies que al cap d'uns anys va sortir una llei que permetia als immigrants que portessin més de dos anys empadronats tenir una feina, en Mustapha em va contractar legalment.

Ara tinc casa, ha vingut la Sharmaina amb el Salim i ell va a una bona escola. La Sharmina espera el nostre segon fill que ja tindrà millors oportunitats. Continuo treballant com a xef al "Magrib".

Autor Pol Guix Estrada Jo afegeixo la carn i les verdures a la paella abans de donar el toc final a aquest plat que estic fent avui, dia de cap d'any, el meu particular cuscús amb regust de travessia.

Sol, tancat, reclus a la teua pròpia gàbia, i què fas? Què vius? Què voldries viure? Et conformes amb les engrunes d'una història que mai serà la teua, que mai t'omplirà, que no serà suficient per calmar el monstre que viu dins teu i que cada cop en vol més. Però no l'escoltes perquè t'atmoreix pensar que el seus desitjos també són els teus, que anheles la llibertat tant com aquest ésser i que la veritat és que tu ets ell i ell és tu. Irònic, no creus? Defugim els malsons però a vegades els portem dintre, per més que ens allunyem d'ells sempre hi són i al final no ens atrevim a adormir-nos perquè ens fa por saber que seran allà quan tanquem els ulls.

Mentre mires l'horitzó des de la finestra intentes recordar quan va començar tot, quin va ser el dia que algú va escollir per tu, l'instant que la teua vida va canviar per complet i te n'adones que ja fa molt de tot allò, però tu segueixes tan atrapat i sol com el primer dia; en canvi, el món que t'envolta ja no és el mateix, tots ho han superat, tots menys tu.

Et carregues la motxilla a l'esquena i t'acomia des del guarda del refugi; «avui no hi pernoctaré. Si fa bo dormiré en algun camp, i sinó, ja em buscaré la vida», penses quan baixes les escales fins arribar al camí.

Has passat una mala nit, se't veu al rostre, un malson et turmenta; sé que és ell, el seu record, la seva càlida veu, la força i la tendresa dels seus moviments, tot, ell era un tot que vas perdre, que et van prendre i que no recuperaràs mai per més que et neguis a reconèixer-ho. L'esperança segueix dins teu, aquest és el problema, que t'has aferrat a ella com si fos la teua pròpia vida, i en realitat t'està matant; és la que, lentament, et pren la il·lusió, la que t'obliga a reviure el passat, la que allarga el teu dolor, la que t'ajuda a no enfrontar-te als problemes i et fa creure que un altre els solucionarà per tu. T'enganya, et rosega per dins i està acabant amb tu.

Ja portes una bona estona caminant, pares al costat d'un cartell informatiu. Ressegueixes la ruta amb el dit, avui faràs el tram que va del Refugi Prat d'Aguiló al Refugi Lluís Estasen. T'agrada molt la ruta dels Cavalls del Vent, t'ajuda, quan camines no penses o potser penses massa, què sé jo. Sents la llibertat, imagines que ets aquell ocell que vola amunt, cada cop més alt, fins que té el món als seus peus i llavors decideix quin ha de ser el seu destí; l'enveges perquè tu no ets lliure, estàs atrapat en el passat, un passat que t'està robant el present.

Camines sol perquè creus que aquest camí l'has de recórrer tu: t'has de perdre per conèixer la ruta correcta; has de caure per saber el mal que fa una ferida; t'han de sortir butllofes als peus per adonar-te del temps que portes caminant i has d'aixecar el cap per admirar les vistes que t'han brindat, només així aconseguiràs seguir caminant.

Molts t'han jutjat, t'han jutjat malament; sense saber qui ets i d'on vénis s'han atorgat el dret a opinar sobre un tema que en realitat els és indiferent, perquè la teua vida és teua, i el teu passat també, encara que aquest t'hagi canviat el somriure per les llàgrimes més d'un cop o que sigui el culpable dels malsons que no et deixen dormir. Tu ets l'únic que és coneixedor dels seus secrets més ben guardats.

Si aquest temps has estat absent per molts, és perquè tu has escollit aïllar-te del món, has triat el que resultava més fàcil, sense tenir en compte que no era el correcte. T'has acostumat a marxar corrents, a fugir del que no pots controlar, però no és tan senzill, perquè de la teva vida no te'n podràs escapar mai.

Cada instant viscut t'ha fet el cor un xic més fort i ara és tant dur que ningú hi pot arribar, només l'Adriana aconsegueix trobar una petita esclatxa per la qual fer-se fonedissa i excedir als teus sentiments. Tot i que no sempre és així, perquè les esquerdes només es deixen veure ens el moments de lucidesa, quan enyores la teva vida d'abans fins a tal punt que ella és l'única que et pot tranquil·litzar. Per això, entres a una cabina telefònica i després de posar dues monedes al forat i marcar el número, sents la seva veu.

-Digui?

-Adri, sóc jo. M'ha tornat a passar, no puc, ajuda'm.

-Unai, no estàs sol, em sents? Sóc aquí, amb tu, tranquil. No passarà res, t'ho prometo.- diu amb una veu molt dolça, només de sentir-la ja et calmes una mica.-És normal que pateixis en recordar-ho, el psicòleg va dir que et podia passar, així que no t'esveris.

-De veritat això és normal? Trobes normal que segrestin el nostre millor amic? Què em passi anys buscant-lo, i que no aparegui enlloc? Si això és normal per tu... Jo no puc, m'entens? Em supera i el pitjor és que ell ho deu haver passat molt malament i li vam prometre que sempre l'ajudariem, que sempre estariem al seu costat, quina classe d'amics som? Adri, que ja no hi és, que mai més hi serà.

Ja no la sents, s'ha tallat. Deixes el telèfon, li dons un cop de puny a la paret i, amb l'esquena recolzada a aquesta, rellisques fins a arraulir-te al terra. Comences a pensar amb claredat: «ell no tornarà, i si ho fa, jo serè allà per recolzar-lo, però no puc seguir així. Són massa anys de viure per obligació, de llevar-me als matins perquè el sol ja és al cel, de no notar el pas del temps i d'arrossegar els peus per caminar. Ja n'estic fart de ser una persona que no s'assembla, ni molt menys, a mi. Vull sentir-me viu, viu i lliure com no m'he sentit en tots aquests anys»; dius en veu baixa, alliberant sentiments pels que t'has deixat portar aquest temps. Torna a sonar el telèfon, t'aixeques de cop, disposat a compartir amb l'Adriana els teus plans de futur.

Hi havia molts dies que només em repetia una frase: si hagués mort, almenys tindria una cosa a la que aferrar-me i no estaria aquí esperant la seva tornada. I no ha tornat. L'oblidaré, per mi està mort, encara que el porti sempre al cor, s'ha acabat. I tornaré a començar.

-Però recorda que mai oblidés a una persona, tan sols aprens a viure sense ella.

-Doncs aprendré a viure sense ell.

Tothom estava content. L'avió Isadora de la companyia Sistema havia acabat de construir-se. La gent més rica i prestigiosa d'un poblet de Finlàndia estava ja facturant les maletes per anar a fer un viatge des de Finlàndia fins a Japó. La gent d'aquell petit poblet era molt humil i tothom coneixia a tothom. Ningú havia sortit d'allà, i sortir d'aquell poble, per ells era com sortir de l'univers. Així que, quan van saber que l'arquitecte del poble, el senyoret Henrik Kio havia dissenyat un avió semblant als que havia vist als documentals del Discovery Channel a la televisió, tothom es va posar molt content. Henrik va enviar el disseny a la centraleta de la companyia Sistema, situada a Londres. La companyia va enviar enginyers i informàtics per portar a compte la construcció de l'avió. La construcció va trigar uns 3 o 4 anys, però quan van acabar, que va ser a l'any 1998, totes les places ja estaven esgotades.

El dia 12 de març de 1999, un any després de la construcció, tot ja estava llest per pujar a l'avió i enlairar-se cap al Japó, que era la destinació que havien escollit entre tots. Entre els passatgers, hi havia el Henrik Kio, l'arquitecte, l'Aina Fred, la dona més rica del poble i el seu pare, el senyor Alfred Fred, entre altres. Tots estaven nerviosos, tant els qui pujaven a l'avió, com els qui es quedaven al poble. Els qui pujaven estaven nerviosos perquè era la primera vegada que sortien del seu poblet, la seva casa, on havien estat sempre, i els que no pujaven, (perquè les places ja s'havien acabat), estaven nerviosíssims perquè, sabien que si tot anava bé, ells també farien un viatge, però no cap al Japó, sinó cap a Austràlia!!!

Quan tots els passatgers ja estaven llestos per embarcar, tots els del poble van agafar els seus mocadorats blancs i nets, per acomiadar als seus amics, veïns, germans cosins, cosines i tota la gent que coneixien, que se'n anaven cap a un món desconegut per tots ells.

Els motors ja s'estaven engegant, i, els passatgers, ja estaven asseguts als seus seients, inquietos, perquè no sabien el què sentirien al enlairar-se, al aterrar... El pilot ja començava a comentar (amb la seva veu ronca e incomprensible) la durada aproximada del viatge, (que eren unes 7 hores) i l'hora local de la destinació. Després les hostesses van explicar, amb gests, les normes de seguretat de l'avió. Al acabar, ja estaven situats a la carretera d'enlairament, i tots els passatgers van mirar per la finestra per acomiadar als seus amics i familiars, que estaven fora, movent els seus mocadrets blancs animadament. Just en el moment que van enlairar-se, en tot l'avió es va sentir un tímid sospir de sorpresa.

1 hora passada, 6 hores restants: EL GOT D'AIGUA

Ja havia passat una mitja hora des que s'havien enlairat, i, l'Aina Fred ja estava demanant un got d'aigua a les hostesses, però ella el demanava a crits, i es clar, les hostesses no van aparèixer perquè amb el soroll de l'avió no la van sentir. El seu pare, l'Alfred, en veure que no atenien a la seva filla, va començar a cridar també perquè no ho podia permetre. L'Henrik, que estava mig endormiscat, va despertar-se i va començar a cridar i a donar cops, com si estigués boig. El senyor del davant, en Kalevi, que era un senyor

Autor

Júlia Suñer Coma

que era l'amo d'unes terres dels afores del poble, va començar a cridar a les hostesses per queixar-se dels crits, però com no el sentien, ell es va afegir als crits que feien els demés, i així successivament fins que tots els passatgers de l'avió estaven cridant a les hostesses. Les hostesses van veure a través de la cortineta que les separava dels passatgers unes ombres que es movien per tot arreu, i al obrir la cortina, van sentir tot el xivarri que estaven fent els passatgers. El Henrik es va adonar de la seva presència i va començar a aplaudir-les perquè ja havien sortit. Les hostesses van preguntar el perquè de tot aquell xivarri i els passatgers van tornar a cridar, cadascun explicant la seva raó per cridar, i elles, cansades dels crits, van dir, bastant fort perquè tothom les sentís, que comencés a parlar el que primer havia començat a cridar. Així va fer-ho l'Aina, i quan tothom se'n va assabentar que havia sigut ella la que havia començat tot aquell xivarri, tots es van calmar i van tornar a seure al seu lloc i a relaxar-se, i l'Aina va aconseguir el seu got d'aigua.

3 hores passades, 4 restants: EXPLICACIONS, APERITIVUS I PEL LÍCULES

L'hora següent de l'incident amb l'aigua, les hostesses les havien dedicat a explicar els passatgers, que, per cridar-les, només havien de prémer un botó on sortia una senyora dibuixada. Després van repartir a tots els passatgers unes pastes dolces i salades i unes begudes.

Les dues hores següents els hi van posar la pel lícula "El sisè sentit" i els hi van portar uns auriculars i uns comandaments a distància per poder gaudir de la pel lícula cadascú al seu ritme.

5 hores passades, 2 restants: L'HORA DEL LAVABO

Quan ja havien passat unes 3 hores i mitja, en Sami, el fill petit d'un dels passatgers volia anar al lavabo. El seu pare, en Jonas va cridar a les hostesses, que van venir i el van portar al lavabo. El Henrik va veure que en Sami anava al lavabo i li van agafar ganes d'anar-hi, i va cridar a les hostesses, que el van portar al lavabo. Però quan volia sortir, no podia: s'havia quedat encallat!!! Va donar cops a les portes i a cridar: socors! Socors! Ajudeu-me!

Les hostesses van anar a ajudar-lo, però no podien. Li van preguntar si havia posat el baldó, i ell va dir que sí. Les hostesses li van preguntar si l'havia tret per sortir i ell va dir que no, el va treure i va sortir.

Quan havien passat 4 hores i mitja, l'Aina volia anar al lavabo. Va anar al mateix lloc on havia vist anar a el Henrik, però no va entrar al lavabo, sinó que estava a l'habitació on es guardaven els productes de neteja.

-Socors! Crec que l'habitació de la criada de casa s'ha transportat fins a l'avió!!!- va cridar l'Aina. Les hostesses van venir corrent a la sala de la neteja i la van treure d'allà

- Senyoreta Aina, l'habitació de la seva criada no s'ha transportat, fins aquí sinó, que aquesta es la nostra habitació de neteja de l'avió.- van dir. La van portar al lavabo i quan va sortir, li va explicar al seu pare el que havia passat.

6 hores passades, 1 restant: L'HORA DE DINAR

Quan havien passat 5 hores, era l'hora de dinar. Van portar als passatgers un plat de pasta amb el tomàquet a part i de segon una empanada de carn anomenada Karelia. L'Alfred Fred, el pare de l'Aina, volia formatge a la pasta i sal a l'empanada, va prémer el botó de les hostesses, i aquestes van venir de seguida. Li van dir que no tenien formatge, i ell es va enfadar, però el van calmar amb una bona copa de vi. Després, en Sami, el nen del lavabo, volia un gelat de postres, i les hostesses novament van dir que no en tenien perquè no tenien congelador a l'avió. El van calmar donant-li una capseta amb colors.

7 hores passades: L'ATERRAMENT

Quan per fi van aterrar, s'empentaven els uns contra els altres per sortir.

Les hostesses van dir a l'uníson:

-Per fi s'ha acabat!!!

Autora
María Sánchez Rull

Quan la Irena Hadžić va perdre els ulls, el món quedà a les fosques. Pestanya a pestanya li van robar la mirada fins arrancar-li el desig de veure-hi. Va ser una tarda d'hivern, el sol entrant fredament per la cortina correguda, les finestres barrades i l'olor de resclosit, suor i alcohol barat penetrant la nuesa de la seva pell. Després el vespre, i tot seguit la lluna. Aquells mesos, ajaguda sobre el terra llefiscós en el silenci putrefacte de la cambra, comptant les humitats del sostre com qui compta estrelles, encara no sabia que anys més tard, assetjada per successions d'imatges empenyent-se a batzegades i superposant-se unes a altres, faria un farcell amb alguns parracs i, lluitant per defugir el record, pujaria al primer tren per refugiar-se en una cafeteria de la Toscana, a cinc-cents setanta quilòmetres de la seva terra; a l'altra banda del mar.

La Irena s'empassava els secrets en un silenci mòrbid del qual resultava impossible escapar. Solia pensar en el temps i en que sovint seria més fàcil oblidar. Per això, convençuda que l'eterna repetició de les setmanes aconseguiria submergir-la en les profunditats d'una llacuna d'inexistència, cada dia a la mateixa hora es trobava davant la porta amb l'etern dubte irresoluble (estirar o empènyer?), feia sonar la campana de l'entrada, travessava les taules amb flors de plàstic i s'asseia a la del fons, en aquell racó on esperava immòbil que la cambrera li dugués el te. Aleshores, hi deixava caure dos terrossos de sucre, partia per la meitat el tercer i el feia lliscar per la vora de la tassa, comptant els segons, tensant instants, allargant el moment indefugible en què l'aigua negra acabaria per engolir el blanc i ella es recordaria -un altre cop- de les seves mans i dels dos dits que li faltaven.

En agafar el mànec gastat per remoure la infusió, es trobava al jardí de darrere la casa, asseguda sobre l'herba amb un llaç als cabells i una cullera a la boca. El seu pare es posava el vestit d'astronauta i anava a caçar elixir d'abelles. Ella s'ho mirava de lluny amb la seva germana Emina, que aguantava el pot de mel amb fermesa, i s'abraçaven estremides quan el cavaller obria les caixes, tot pensant en les delícies que s'hi amagaven recobertes pels perills. Però malgrat tot, el guerrer de l'espai sempre tornava amb el tresor promès, els robava el pot i la cullera, les aixecava enlaire i, volant entre els seus braços, entraven a la cuina plegats. Mentre ell els ensenyava com es curava amb una barreja de fang les picades als palmells colrats, elles callaven i es llepaven amb delit els llavis enganxifosos de nèctar.

Per a la filla de l'Ahmed Hadžić, la guerra sempre havia estat un joc en forma d'apicultura, i per això, quan entrada la seva joventut la paraula es féu espai entre la població i van començar a caure les bombes, en assabentar-se que per primera vegada els perills havien vençut el seu pare i que l'abandonat vestit d'astronauta no tornaria a veure el cavaller, va saber que la mel mai més no tindria el mateix gust.

Tan bon punt el rellotge de darrere la barra marcà les set, la Irena va beure's d'un glop el que quedava al fons de la tassa i aixecà el cap en direcció a la Chiara, que ja es feia camí entre la clientela per dur-li somrient la seva torrada de sempre. A la ràdio, Paolo Conte cantava al ritme de la veu del presentador, que llegia les informacions del

dia. L'ebullició de la tarda es traduïa en xocolata calenta, converses i riures d'amics, enamorats mirant-se llargament i nens amb la roba tacada. La Chiara, sense treure la vista de la Irena, va ensopegar amb el bastó d'un vell malcarat. Va demanar-li perdó amb la seva alegria quotidiana i va seguir avançant. Després d'oferir la torrada amb mel a la dona, va marxar sense esperar cap paraula. Tret del seu nom i la seva procedència, d'ella, no en sabia res.

Deixant de banda el pòsit de la infusió, els seus llavis morts assaborien la infantesa. La cambrera feia veure que eixugava gots i mirava de reüll els moviments d'aquella dona que semblava carregar infinites vides en la seva solitud. Uns joves amb guants i bufandes de llana que acabaven d'arribar van demanar-li un cafè i ella va girar-se cap a la màquina. D'esquena, malgrat el soroll de la cafetera i el murmuri que enterbolia l'ambient, podia intuir el ritual. Les set i cinc. La Irena de cognom impronunciable devia estar colpejant la cullera contra el plat tot assegurant-se que quedés prou neta abans de passar-la per damunt de la torrada per recollir-ne tota la mel que ella hi havia escampat delicadament minuts abans. Després, trauria de la seva bossa un diari que semblava vell, l'estendria damunt les estovalles i en llegiria unes pàgines doblegades per les puntes fins que fos l'hora de tancar. La italiana va tombar-se cap als nois i va allargar-los les tasses fumejants. Per sobre l'aparador amb les pastes, entreveïa la figura jove estranyament envellida que mastegava amb la lentitud d'aquell que ja no té pressa.

La pressa du implícita l'evidència que hi ha un futur que espera. Quan la Irena corria pels carrers amb la motxilla a les espatlles, corria perquè tenia pressa. Aquell aire esbullant-li els cabells i desfent-li el llaç desfilat prometia que després d'aquella cursa contra el temps hi havia una meta. Si els vents eren favorables, el rostre de la senyora Hasanbašić l'acollia a la classe amb dolçor i tendresa, però si es donava el cas que pel camí recordava que s'havia deixat algun quadern a casa i havia de fer mitja volta, en arribar a l'escola, aquell mateix rostre on tantes vegades hi trobava una tan afable calidesa ara seria susceptible de transformar-se en una expressió glaçada i horrorosament pètria. Així doncs, no hi havia cap mena de dubte que depenent de la velocitat i dels obstacles, el final podia variar. Tot i això, i acceptant estoicament la probable possibilitat de trobar-se amb la segona opció, la Irena seguia corrent. Sabia que, malgrat tot, al final dels seus passos algú l'esperava i tenia, per tant, motius per continuar la cursa.

Asseguda en aquella cantonada, repassant per enèsima vegada amb la mirada inerta la notícia -sota el titular Arrestato Karadžić, ricercato per genocidio- del 28 de juliol de tres anys enrere, la dona dels Balcans feia temps que havia deixat de córrer. Es passava un tovalló de paper per la cara quan una parella amb un nen van fer sonar la campana de l'entrada. Ella també havia tingut una família. Van demanar uns pastissos i van anar a una taula. Adis i Emir, dos noms convertits en pols. La Irena va resseguir mentalment les cicatrius dels seus braços, del seu tors, dels seus pits; talls que, de tant profunds, seguien sagnant per dins.

Hores més tard, el cafè es va buidar i la Chiara va baixar la persiana. Sempre deixava

que es quedés fins que acabava de netejar-ho tot. Li agradava observar-la en la seva quietud gairebé sepulcral mentre passava l'escombra i rentava els plats. Atrapada en la seva ceguesa metafòrica, la Irena gairebé mai no s'adonava que ja s'havia fet fosc. Quan sortien a fora, la cambrera s'acomiaava i ella contestava amb un assentiment quasi imperceptible. Aquell vespre, però, la Chiara va mussitar amb un somriure:

—Fins demà.

La italiana encara estava tancant l'establiment i la bosniana ja era lluny. A casa, des de la finestra estant, la Chiara comptaria estels. Uns apartaments més enllà, la Irena no podria evitar veure constel·lacions formades per taques d'humitats. En exiliar-se de Sarajevo, viatjant per les vies i travessant estacions desconegudes, no se li ocorregué

que el cel es veia des de tot arreu, i cada nit recordava aquell sostre empastifat d'alcohol. Tot i això, quan la cambrera estava a punt de marxar, divisà en la distància una figura que corria pels carrers. Era ella. Va pensar que corria com qui fa tard a l'escola, com el nen que s'ha deixat a casa alguna cosa o aquell que sap que algú l'espera, i romangué palplantada fins que la seva silueta va desaparèixer sota la tênue llum dels fanals. Quan l'endemà obrís per servir els esmorzars, trobaria amb sorpresa el diari damunt la taula. Tremolant, tancaria la persiana i llegiria tot el matí.

La Chiara girà cap a l'esquerra, xiulant una cançó que havia sonat a la ràdio a les set de la tarda. Uns carrers enllà, l'altra es repetia aquelles paraules. Per primera vegada després de molt de temps, a la Toscana, a cinc-cents setanta quilòmetres de la seva terra, la Irena Hadžić corria de nou.

Autora

Laura Solé Aymami

Tornava a tenir pressa.

A principis d'aquell agost, mentre jugava amb el gat, la vaig veure: la mare estava asseguda davant la finestra, cantant a tot pulmó, amb la mirada perduda més enllà de les persianes. Cantava amb els ulls vidriosos i amb l'emoció esperada d'una gran intèrpret de París; la cançó va esvair-se-li d'entre els llavis i llavors, va despertar-se, el seu públic va fondre's, els focus es van apagar i els aplaudiments mai van arribar. Quina dona més trista semblava llavors, va mirar-me de fit a fit, vermella i amb els ulls encongits pels bassalets que se li havien format als pòmuls. Aleshores, espantada, va escapar-se a regar els testos de menta i romaní de l'ampit de la finestra.

La vaig sentir molts cops més. Cantava mentre escombrava, mentre feia els llits, la bugada... Sempre que jo no hi fos, cantava. Em feia sentir un intrús durant les seves interpretacions.

Una tarda feixuga, fugint d'ella perquè pogués cantar de gust, vaig colar-me al seu armari. La porta que grinyolava era la que amagava el mirall, em va sorprendre veure el meu reflex i no el seu; vaig observar detingudament les sabates i la roba ben col·locades i em vaig adonar que hi havia una caixa de llautó brillant. Era petita però no gaire lleugera. Quan la vaig obrir un munt de fotos granulades i de color sèpia em van saltar a sobre. A primer cop d'ull eren fotos de noies boniques davant d'un teatre. Vaig seguir mirant-les i vaig distingir un somriure d'entre tots els altres. La meua mare havia estat una d'aquelles noies somrients. Damunt els seus barrets, el nom de l'espectacle brillava escrit amb bombetes. Que llunyans i oblidats semblaven aquells records. Tot el que havia estat un dia la mare, ara cabia en uns quants trossos de paper i uns centímetres de caixa. Vaig estar-me molta estona allà, captivat per aquell passat secret, les remirava un i un altre cop. Però n'hi havia una d'especial, era la mare retocant-se el pentinat al tocador mentre un misteriós home li feia la foto enfocant el mirall. Aquella curiositat em faria robar la fotografia i mirar-la a totes hores. Però no em vaig arriscar a confessar-li a la mare el meu descobriment i les meves preguntes. Era cantant? Ballarina? Si li preguntava això, s'adonaria que li havia regirat l'armari. Vaig callar i vaig repetir-me les preguntes per a mi, un cop i un altre.

Trobava a faltar la meua mare. La de veritat. Des de que cantava, no semblava la mateixa. S'amagava sovint i a les nits plorava. Una nit de lluna plena, després de tapar-me i fer-me un petó mort al front, va deixar-se caure al llit: ajaguda d'esquena a mi, mirant, perduda, la llum tèbia i blanca que se li desfeia al cabell com gotes d'aigua i que s'escolava per la finestra entreoberta. De cop i volta, va començar a sacsejar les espatlles molt fort i llavors vaig sentir-la somicar. Va comprovar que jo dormia. Vaig prémer les parpelles amb força, actuant un somni profund. Ella llavors, va encongir-se encara més al llit i va seguir plorant silenciosament.

La soledat es va anar acomodant a casa. Em mirava i en aquells iris que semblaven peixos brillants només hi veia por, m'hi veia reflectit i semblava el de sempre, però per a ella no, em tractava amb estranyesa. Com si fos una altra persona, des de del meu aniversari em tractava com un adult. Bregava amb la meua presència, em dedicava les

atencions bàsiques, fins i tot a vegades em mirava melangiosa. Què trobava a faltar? Era jo qui realment havia canviat? La situació va empitjorar, es va allargar i va convertir-se en la normalitat.

La fotografia es va convertir en un annexe de mi, la duïa a tot arreu. M'agradava més la mare que hi veia allà.

Un dels últims matins d'agost jo creuava el passadís, seguint el gat que trotava enèrgicament amunt i avall. Va aturar-se davant l'habitació on dormíem i vaig descobrir la mare fent el que jo feia amb la seva foto. En mirava una, completament entotsolada i asseguda als peus del llit. Se'm va eriçar tot el berrissol del cos en veure-la tant diferent i plàcida. Semblava que alguna cosa li hagués donat pau. La fotografia li donava pau. Se la va apropar al cor abans d'amagar-la al coixí. Vaig quedar-me allà quiet i astorat un parell de segons, fins que vaig encertar a escorrem al lavabo. Ella llavors, va marxar cap a la cuina. Ràpid, vaig prendre neguitós la fotografia. Era d'un home. No l'havia vist a la caixa de llautó. Vaig intuir qui era. El meu pare, segur.

Per fi vaig posar-li cara, vaig oblidar les que li havia posat, no concebia aquell home d'altra manera que no fos com aquella. Serios, amb els cabells ondulats i un cara rodona però estilitzada. La seva imatge em va recordar a la meva. Potser era per això, potser la mare el veia a ell i no a mi. Per això la seva tristesa, el meu pare o qui fos aquell home, li hauria fet mal?

Tot allò em va mantenir capficat durant setmanes i, almenys un cop al dia, espiava la seva foto de sota el coixí. El volia conèixer.

Em passava els dies lluitant amb la meua llengua per no mencionar-li a la mare. Però llavors vaig viure una experiència que ho canviaria tot, amb el temps vaig comprendre que va ser un somni, però mai m'he acabat de reconèixer la mentida.

Jo dormia, enrosca't entre els llençols. I entre els plecs de roba blanca vaig veure la mare assaltant l'armari. Va treure la meua roba de diumenge. Ella ja anava de vint-i-un botó. Somreïa tant que deixava veure les dents, fins i tot semblava que s'hagués oblidat de plorar. Va arrencar-me del llit petonejant-me i em va vestir. Vam baixar precipitadament cap al carrer on ens esperava un cotxe de llantes grosses i negres. La mare conduïa i cantava per a mi, fins i tot m'incitava a cantar amb ella. Un altre cop érem els de sempre. La mare i jo.

El cel es va cobrir de negre, la lluna brillava com un punt al cel, però nosaltres seguíem a la carretera. Finalment, esgotat, vaig adormir-me estirat als seients del darrere.

Vaig obrir un ull i com una tela de seda, una llum exageradament groga va pujar-me per la cama i va desaparèixer. Vaig mirar la mare i encara conduïa. Vaig incorporar-me per descobrir d'on venia aquella llum. Passàvem per sota un túnel d'arbres frondosos i de fulles groguenques. Tot era groc, tot ho tenyien. La mare va sospirar i va aturar el cotxe. Va girar-se cap a mi i em va dir, "baixem"; d'entre la columna d'arbres, vaig distingir un cos. Corria un vent de matí festiu. I allà al mig, una ombra distorsionada. La mare em va agafar la mà, amb força. Vam creuar la filera d'arbres i era el pare, seriós, amb

les mans a la butxaca, esperant-nos. Llavors va ajupir-se i va estendre els braços. Vaig córrer cap a ell, entre l'herba flonja i alta, neguitós, amb el cor sortint-me per la boca. I per fi vaig arribar a abraçar-lo, era càlid i feia bona olor. Vaig gaudir aquells instants passant el tou dels meus dits per la pell rasposa de les seves galtes. En aquell sidral d'emocions vaig atrevir-me a dir-li "pare". De sobte va fer-me un petó al front, fort. Em va deixar a terra i va caminar un parell de passes fins arribar a la mare. I allà érem. La mare l'empresonava entre els seus braços i plorava, però de felicitat; aquell camp semblava pintat amb aquarel·la diluïda amb llet.

Aleshores, vam asseure'ns i vam xerrar, la mare li va explicar les meves primeres paraules, els meus primers passos... El temps havia deixat de transcórrer, només érem cossos intemporals en un lloc intemporal. Jo aprenia tot el que feia, estudiant-lo, gravant el so del seu riure, enregistrant les paraules que més utilitzava, el ritme dels seus passos... Perquè tenia la ferma certesa que allò s'acabaria. Quant més duraria la treva?

El sol ja queia, taronjós, i jo, ja disposat a deixar-lo lliure, em vaig arraulir damunt les seves cames i ell va rodejar la mare amb un braç. Van dedicar-se unes paraules que recordo ja com sons, mentre es miraven, enamorats. I les meves parpelles van caure com guillotines tallant la pel·lícula. Txas.

Quan em vaig despertar, la mare m'esperava asseguda al costat del meu llit, em va mirar, encara vestida de vint-i-un botó i, em va pessigar la galta. Va marxar a la cuina. Jo vaig recargolar-me un altre cop dins el llit i vaig adormir-me escoltant-la cantar.

Autora
Elisabeth Gil Barbena

Es va col·locar bé el barret de copa negra i va seguir caminant amb pressa. Tenia la sensació que algú el seguia en aquell barri desert, però ja s'havia girat diverses vegades a comprovar-ho i no havia vist ningú. En aquell carrer només se sentien les seves passes sobre el terra moll. Va tombar a la dreta, després, dos carrers més avall a l'esquerra, i seguidament un altre cop a la dreta. I tot això sense parar de girar-se cada deu passes, convençut que algú el tenia vigilat de prop. Feia el camí de memòria, sense fixar-se massa on anava i completament immers en els seus pensaments. No es fixava ni on trepitjava: passava per sobre els bassals, esquitxant-se les sabates i la punta de l'abric. Intentava anar tan de pressa que hi va haver un moment en què va semblar que s'entrebanqués. Va trontollar, però de seguida havia recuperat el pas, tornant-se a recol·locar el barret.

De sobte, el soroll de gent que parlava, carros repicant sobre el terra de pedra, venedors regatejant i nens jugant, el van treure del seu món i el van fer aturar sobtadament. Havia arribat al mercat. Allà li seria més fàcil barrejar-se entre la gent i passar desapercbut. Va donar-hi unes quantes voltes, passant per davant de totes aquelles parades de pa, fruites, verdures, ... Ara caminava més lentament per tal de no atraure l'atenció de la gent, però seguia estant a l'aguait de tot el que l'envoltava. Va aturar-se al costat d'una dona, que sense deixar de parlar i cridar, intentava vendre bols de terrissa a tothom qui se li parava al davant. Estava en una posició estratègica, des d'on podia veure la boca del carrer d'on acabava de sortir però sense ser vist. Volia descobrir si realment l'havia seguit algú. Va estar-se allà aturat gairebé cinc minuts, però en veure que ningú més en sortia va decidir deixar de vigilar. El que ell no havia vist era que, per un carrer paral·lel al que estava observant, dos homes, també vestits de negre i també amb barret, havien arribat a la plaça, l'havien estat vigilant mentre donava tombs per davant de les parades i s'aturava al davant de la de terrissa. I ara el controlaven uns metres més enrere d'on era ell...

Tot i no haver vist res, no va abaixar la guàrdia. Va continuar confonent-se entre la gent. Soltadament, es va girar per mirar el rellotge de la torre de l'ajuntament, i ràpidament va recuperar.

Autora
Clàudia Isern Blasco

Vaig arribar a casa xop, tremolant del fred. Tenia l'esperança que, com cada dijous, l'àvia Maria m'hauria preparat la seva deliciosa xocolata desfeta amb melindros i que, mirant per la finestra com queia la neu a la font de la plaça i es desfeia en l'aigua, gaudiria de l'escalfor reconfortant de la llar.

El que vaig veure en entrar a la cuina però, em va trencar el desig. L'àvia no era als fogons, sinó que estava plorant en silenci i soledat en un racó, asseguda a la vella cadira de vímet i aguantant, amb les poques forces que li quedaven, una carta amb la mà. A terra, una capseta de llauna plena de fotografies i records em va cridar l'atenció; sobre la taula, un sobre obert, roig, arrugat, brut. Semblava antic, deduia que tindria més de trenta anys.

La por i la impotència davant la situació em van parilitzar, fins que l'àvia Maria va aixecar el cap amb tendresa i em va dir: -llegeix-la, és l'única manera que ho entenguis. Queda-te-la, i quan el pare sigui a casa, que ho faci també.

Vaig començar la lectura:

“Estimada Maria,

Sis mesos fa que vaig marxar al front... Sis mesos sense vosaltres, la meva família, el meu barri, la meva vida... No han estat fàcils; quan vaig arribar tot m'era nou, incòmode; i no és que m'hi trobi gaire de gust ara, però, d'alguna manera, m'hi he anat adaptant, i m'imagino que vosaltres us haureu acostumat a no tenir-me a prop.

Vull pensar que, quan torni, tot seguirà igual: que l'estret carrer on vam créixer, ens vam conèixer i el nostre fill va néixer, seguirà fent aquella olor d'arengades que desprenia la peixateria de la senyora Herminia (de la qual poso en qüestió els seus hàbits higièncs); que, al final del carrer, de la font de la petita placeta florejada seguirà brollant aigua tot l'any, i que a l'hivern, quan nevi, s'omplirà de nens que disputaran llargues guerres de neu, com nosaltres fèiem també quan érem uns infants, fins que el senyor Antoni, molest per les boles que bombardegen el seu balcó ple de flors i el desperten del plàcid son de les dotze, traurà el cap i el bastó per la

finestra i, a crits, els farà fora... Qui ens hauria de dir que, quan fóssim més grans, aquelles batalles imaginàries plenes d'il·lusió es convertirien en un malson, on l'única emoció que no és permesa és justament aquesta il·lusió innocent... Durant un bombardeig vaig arribar a desitjar que, de sobte, els crits del senyor Antoni ens sorprenguessin i ens fessin abandonar les armes i recular...

Aquí, la sorra no té la mateixa textura; és aspra. Al caminar, les petjades que deixem a cada pas són brutes, en lloc del daurat que les il·luminava abans, s'han enfosquit d'un gris tèrbol. Aquest to és el que ens acompanya. D'aquest color estem pintant el nostre futur.

Aquesta dolça imatge del barri és la que recordo o, més aviat, la que vull recordar; és, doncs, la que guardaré dins el cor fins que torni. En moments de desesperació, quan, a la batalla, tot sembla perdut i el món s'enfonsa, tanco els ulls, m'estiro, els obro, miro el cel i imagino que encara sóc allà. Quan hi penso, la melanconia s'apodera de mi, fins que una veu dura crida:

-Abra los ojos y mire al frente! ¿cree usted que esas son horas de dormir? ¿Cree usted que soñando vamos a ganar la guerra? Si quiere usted dormir tendrá que hacerlo en los calabozos-.

I així és com, dolorosament, torno a la realitat i penso que res del que imagini es complirà, que quan torni tot haurà canviat. Segurament, mentre escric aquesta carta a la placeta no hi ha ningú; segurament, aquelles flors que la decoraven han mort i de la font no hi brollarà mai més aigua. Possiblement la ciutat de platja que recordo, amb el cel sempre blau, s'ha convertit en ruïnes on la llum s'ha apagat; la llum del sol i la de la il·lusió. Estar en aquesta situació és dur, però l'esperança ens manté vius.

Quan tot això acabi, tenim una vida per endavant per construir al barri que ens va veure créixer, conèixer-nos, enamorar-nos, casar-nos... i al barri que va veure néixer el nostre fill.

Digues a la mare, si encara viu, que estic bé; que, a base de pals i pedres, la solitud està fent de mi l'home que ella sempre havia desitjat que fos, com el pare, que va morir a la batalla; i al petit Joanet... recorda-li que ara ell és l'home de la casa, i com a tal ha de complir amb els seus deures. Digues-li també que penso en ell cada dia i espero que creixi sa i fort. Potser quan torni

ja és tan alt com jo... No sé quant temps més restaré aquí, però sigui el que sigui, no perdem l'esperança. No tinguis por, i, si en algun moment, sigui de dia o de nit, et sents sola, fes com jo i mira el cel, serà el mateix cel que miro jo.

T'estimo

Joan

Melilla, Novembre de 1921

Amb llàgrimes caient-me dels ulls, vaig veure com el pare entrava per la porta de casa. Li vaig allargar la carta amb la mà, i, en veure-la, em digué amb un posat tot seriós:

-Què fas amb això? D'on ho has tret? Aquesta és l'última carta que l'avi Joan va escriure quan era al front de Marroc.

-L'àvia l'estava llegint quan he arribat a casa, me l'ha deixat i no he pogut evitar de llegir-la també. Ah... m'ha demanat que tu també ho fèssis!

-No caldrà, i és que no és pas la primera vegada que la veig. Quan tan sols era un vailet, com diu la carta, vaig haver de fer-me fort i ser l'home de la casa que necessitàvem. No devia tenir més de deu anys. Aquesta carta que l'àvia ha trobat la vaig amagar jo.

Quan va arribar, quinze dies més tard que fos enviada, la vaig obrir, la vaig llegir i vaig decidir fermament que fins que el pare tornés, la mare no la tornaria a llegir. Com ja saps, el meu pare, el teu avi Joan, mai va tornar. Per això aquesta carta seguia guardada en un racó de les golfes.

L'endemà a primera hora del matí una trucada sobtada ens va despertar. Era la senyora que cuidava l'àvia els matins, desesperada... Per fi, l'àvia Maria i l'avi Joan es retrobarien al cel que un dia ja van compartir.

Autora
M^e del Mar Prat Bas

Plomatge d'un blanc pur tacat del vermell brillant de sang, pupil·les que lentament es tanquen, el final afilat d'aquella fletxa travessant el cor que desitjava bategar amb més força. El cos inert d'una criatura aparentment humana, però amb una resplendor antinatural, unes faccions dolces i poderoses alhora, uns llavis corbats en forma de somriure irònic i amarg.

Tot va començar amb una sensació d'haver de representar la seva funció, tothom té el seu paper en aquest món, i ella havia trobat el seu. La seva necessitat cega de crear aquell arc i aquelles fletxes afilades i perilloses, unes ales amb plomes blanques sortides del dors de l'esquena que els seus ulls no veien però els seus sentits notaven. Aquest va ser el principi.

Ella mai no havia estat excepcional en res, mai no s'havia envoltat de grans persones ni valuosos trofeus. Les seves aficions eren observar els petits detalls, els ulls d'un gat que avançava elegantment, el fil descosit del vestit d'aquella senyora tan estirada del metro, el tic nerviós d'aquell home de barba grisosa amb ulls preocupats... I somiava, somiava constantment en una vida sense la buidor que l'envoltava i es filtrava fins als seus ossos.

De sobte, es va trobar caminant sense rumb pels carrers estrets il·luminats gràcies a uns pocs fanals mal repartits, les andanes solitàries plenes de fred gelid i els racons amagats entre les vides de la ciutat. Observava, per darrere de columnes i sobre teulades de pissarra vermella, els cors indecisos d'aquells anomenats humans, com es mossegaven la part inferior del llavi o abaixaven la mirada pel nerviosisme, el magnetisme els apropava però les idees equivocades els repel·lien. "Com se'ls escapen els minuts i els segons com aigua que fuig d'entre els dits! les culpables són les seves ments que construeixen tantes muralles inútils", pensava ella. Llavors deixava lliscar una de les seves fletxes per la fina corda elàstica del seu arc, amb una precisió perfecta; i aquella fletxa, tan aparentment destructiva, s'evaporava com l'alè en un dia d'hivern en tocar suaument aquella muralla i destruir-la.

Ella admirava l'efecte que allò provocava, la seva mirada encantada resseguia l'esclat dels sentiments retinguts i la tranquil·litat que aquells somriures tan propers transmetien. Envejava l'amor que creava i tot i així seguia creant-lo. Únicament per poder robar una petita part de la passió que quedava flotant en l'aire, només per poder respirar aquelles emocions que les seves armes alliberaven.

Podia esculpir i donar forma a l'amor, podia alliberar-lo o crear-lo; i tot i així, mai no podria sentir-lo. Es preguntava quina mena de broma recargolada i sarcàstica del seu Déu era aquella. Es preguntava què havia fet per haver de viure regalant allò que tant desitjava sense poder tastar-ne cap part, era com una esquerda que no podia saltar, una poma vermella en les branques massa altes, com una gota d'aigua enmig del desert. Tota aquesta frustració li anava passant factura amb el pas dels dies, cada vegada tenia els pòmuls més marcats i les seves mans semblaven les branques desprotegides en arribar la tardor.

Aquella nit era més freda, les gotes d'aigua es glaçaven abans d'arribar a terra, i allà es partien en minúsculs cristalls. Tothom estava darrere les cortines refugiat de la nit sense lluna i el vent que udolava. Ella caminava tranquil·lament per l'asfalt humit i observava com la boira amagava els gratacels i s'unia amb els núvols grisos de tempesta que s'anaven apropant com un exèrcit. Per la seva ment passaven imatges fugaces que anhelava viure; un despertar càlid, uns llavis vermells, uns braços envoltant la seva delicada figura, uns somriures sincronitzats, una espatlla en la qual poder-se desfer en acabar un mal dia...

Li quedava una fletxa, la resta les havia gastades en parelles trencades i amics enamorats. Aquella nit ella ja no tenia més forces, les ulleres fosques se li marcaven sota els ulls i els llavis estaven esgarrapats pel fred. Es va deixar caure al matalàs vell en què somiava malsons cada nit. Es mirà la fletxa, l'última, perfectament afilada, amb la fusta polida i el metall que brillava. S'adonà que la seva funció s'havia acabat, el seu paper en aquella vida s'havia trencat i cremat. I no tenia cap recompensa, cap amor per sentir ni cap passió per controlar. Havia fet la seva feina i ara no hi havia ningú. La sang relliscava alhora amb les llàgrimes mentre castigava el cor que mai no podria estimar. Els cabells daurats es van escampar sobre els llençols en caure, amb una delicadesa inerta, sobre el coixí.

Van passar segons, uns segons que semblaven eternitats, era tot fosc i el silenci absolut. Una tranquil·litat l'omplia, però no era com la que sentien els que rebien les fletxes sinó més aviat una tranquil·litat solitària. Aquí s'havia acabat, allò era l'última pàgina del seu llibre, l'última nota de la seva cançó. Va notar una força que l'empentava amunt, i una llum borrosa que en aclarir-se va deixar veure una silueta, i després, uns ulls preocupats.

El seu voltant era més lluminós, la fletxa ja no hi era i un vapor estrany l'envoltava, se sentien els batecs com el tic-tac dels rellotges, i somreia. La seva fi havia acabat en el seu principi.

An Extract from Chapter One

I am Indigo, and this story starts when I was walking along a dark moonlit street at night. Nothing could be heard, except the soft crunch of my feet on the frozen gravel. I wasn't scared, though most people would have been, for I slept out there, in the cold, with the wild. It was my home.

I stepped cautiously, trying to avoid the most deadly looking ice-patches. An owl hooted a long, low, hoot, and it gave me a shock. I looked up violently, and saw the magnificent bird flying directly at me. I screamed, and ducked, but the owl flew into me, knocking me back.. I heard the owl hoot again, and I saw it fly slowly into the distance. I stood up silently, and started to brush my arms and legs, to get all the mud off them. I was in the mood for an adventure, and I started looking for somewhere to start. My eyes settled on a mysterious looking forest.

I imagined what might be in those tall trees, what mischief I might get up to. My heart started racing. I imagined that there were wolves and foxes fighting each other, biting each other's legs. Suddenly I heard a low, rattling, growl, the kind of noise a wolf would make before attacking its prey. It put me right out of my thoughts. I heard something behind me, shuffling, like you might when you're behind someone, and you don't want them to know that you're there. Without a sideways glance, I was off. Running deeper and deeper, into the gloomy forest. I was panicking. I slowed down when I could no longer hear that shuffling sound and I slowly came to a stop.

I turned a slow, fright filled turn, looking around me. There was nothing special, just a few trees that looked identical to the ones around it. But there was one which wasn't like the rest. The rest were dense and heavy, like shadows of the dead, they over look your presence. But this one was different. It was slight and thin, with bunches of red berries blooming all over it. A small shaft of moonlight shone down on it, like a beacon summoning me. I strolled over as if in a trance. My hand slowly stretched out to touch the beautiful specimen, but as soon as my quivering hand touched the gentle, wooden surface, the whole forest seemed to come alive.

The trees shifted out of my path, and the forest erupted with many strange and wondrous noises. A watermill stood in the dense trees recent habitat. A glistening waterfall awaited my presence. Like a pool of crushed diamonds, it sparkled in the moonlight. A little shack with a working watermill waited at the bottom. Suddenly I felt awkward, like someone was watching me. I stared in through a crooked window, and saw a humble-looking woman, staring straight at me. I started walking towards the front door.

There was a rotting sign on the door with 'Devil's Mill' written on it with red paint. The door opened and the humble-looking woman was there, staring upon

ENGLISH LANGUAGE SELECTION

The St. Paul's School International Prize for Literature will be awarded in each of the three languages to the winners in the three following categories.

1st Category: Born between 01/01/01 and 31/12/02

2nd Category: Born between 01/01/98 and 31/12/00

3rd Category: Born between 01/01/95 and 31/12/97

In the three categories the competition is for short stories. There is a free choice of theme.

me. “Come in dear child, and I will give you some nice hot cocoa.” She turned around, and I saw her fiddling with something in her pocket. I looked up and followed her through a black hall with splats of red paint here and there. Well, at least I hoped it was red paint. I followed her into a cosy-looking room where she waddled over to a glass window. I followed and she smiled a mysterious smile.

“It’s beautiful isn’t it? It’s the Devil’s Water that. I’ve spent so many a year staring at it. Up there is the Devil’s Cauldron, The highest balcony in Europe over the most frightful waterfall in the world. My husband died here. I’m a widow. He died last year. It was a dreadful death. He fell off the balcony he did. I didn’t know until I found his body in our cellar... of course, it wasn’t IN our cellar, it was in our well. I don’t have any idea who killed him, of course.”

There was something very suspicious about that last sentence. She said it in a sort of sarcastic way, like she knew exactly who did it, but didn’t want to tell. I looked down and saw her hand shoved in her pocket again. I couldn’t bear it. I wanted to know what it was...

She walked into the kitchen, gesturing for me to take a seat. I did. I still wanted to know more about this old woman. She walked to an old-looking cooker and I saw her place a rusty pan on it. I swear she didn’t do anything else but the next thing I knew she had turned around holding a steaming goblet of brown stuff. I gulped. She handed it to me and croaked “Drink, drink deep.” I looked at the mixture and back up again. She was smiling too much. Her hand was still in her pocket. I took a deep breath and asked, “What is in that pocket of yours that you keep on fiddling with?”

I could tell that was the worst thing I could have said straight after I said it. Her smile fell, and then suddenly she slapped me hard across the face cackling, “It’s none of your business and it’s rude to stare!” She then held my nose and made me open my mouth. She shoved some of that brown lumpy stuff down my throat. I saw a glint of silver coming from her pocket, and that glint of silver looked suspiciously like a knife. I smelt the brown stuff and it smelt revolting. She was still shoving it down my throat. I gagged sending up the lumpy concoction. She backed off, and I made a run for the door, but it was too late.

Author
Ellie Ridley

I woke up in an incredibly dusty room.

The metallic bell rang, school had started. My legs had a mind of their own, while my pale hands coated with sweat. Dread filled my soul, and I was overwhelmed with a tremendous fear, the bullies, Dana and Raquel. They would repetitively bully me about my race, being Caucasian, when they were African-American. As I walked unsteadily into my first class, there they stood in front of me, sneering and unfairly judging whatever came into their minds. I tried to block the criticism from my mind, but with my heart pounding so fiercely, the humiliation got to me. Their voices mimicked me, like a broken record. As I sat down in my seat, my self-confidence dropped by the second. There loomed the figure of Dana in front of me, and Raquel beside me, leaving me no way to escape. Dana turned around, snatching a pencil from my desk, and she broke it. I clenched my fists, but continued on, trying to ignore it. This continued throughout the rest of the day. A great anger had built up inside of me, fire within my eyes, clenched fists, white knuckles, and gritted teeth. However, I was also humiliated and afraid, the raging fire mixed with fear and worry. The loudspeaker rang again, school was over.

My feet stabbed the cement as I was walking home. About a block away from school, I realized the bullies were following me. They were as stealthy as snakes. I could feel their eyes stinging my back. I began to run. Soon, they were running after me. I felt as if I was running for life or death. My mind went blank. I began forgetting where I was. I turned at intersections blindly, with no sense of direction. I could hear them panting heavily, gasping for air, but the bullies continued on. My legs began to feel like jelly, and my breath shortened by every step. I hastily turned a corner, desperate for somewhere to hide, when I caught sight of a divine garden. Green plants galore, flowers of all shapes and sizes, their petals blooming with color, and plump, delicious fruits and vegetables were laid out in front of me. Many people I recognized were all together, like a true community, bonding and helping each other. The garden was shades of exotic turquoise, blues from the richest skies, cheery yellow, and green from the plants across the world, every color imaginable thrived in that garden. I carried on, with that image permanent in my mind.

That Saturday I strolled down to the garden, and was mesmerized all over again. I strode through the garden with a rare brightness in my eyes, carrying half-grown strawberries in a bucket. I picked a spot, and lay down my delicate strawberries in a corner of rich soil. One day, a British lady named Nora came up to me, and started up a conversation. Then, she asked about school, and immediately I got a distinct furious, fearful look in my eyes. She asked what was wrong, and I paused debating whether I should tell her or not. She seemed like such a caring soul, so I told her. She was utterly speechless.

A few days after my talk with Nora, I noticed something. Every time I stepped into that garden I felt a rush of support. Everyone would turn their heads, to stop and smile, or greet me, showing motherly concern. I realized the word had gotten out. I was livid with Nora at first, but soon my self-confidence was flourishing. I began to

feel welcomed and appreciated. Slowly, but steadily I was starting to believe in myself more. The bullies at school noticed this and tried to harm me even more than usual, but every time I went back to the garden I came back stronger and more powerful within. All the support from the garden made me feel invincible, getting knocked down constantly, but getting up, becoming greater than before.

After school one day, I noticed that once more Raquel and Dana were following me. From pure gut reaction, I stopped. I was completely shocked by myself. The world seemed to hold its breath, still and anxious, waiting to see what I was going to do. I leisurely turned around, and to my pleased surprise two completely shocked faces were staring right back at me. “Why are you even here?” I asked. “Why try to humiliate people?” I became stronger after every word. Their faces grew guilty and ashamed, staring at their feet. “For what?” I inquired accusingly.

Now they were humiliated, but also deeply regretful. Quietly they muttered, “Sorry,” and trudged away, their eyes never leaving the sidewalk.

I continued on, but different from what I’ve ever felt before. I felt light, giddy, proud, and blissful, all mixed together. Yet, most importantly, all the fear had drained away, no longer was there humiliation or fury. I arrived at the garden more delighted than I’ve ever been, and everyone could sense it. I reached Ana, and shared the news with her, which spread like wild fire. When I arrived at my fruit, I was even more ecstatic because I spotted the first start of a single strawberry. It was green and so tiny, which made it even more magical. As the sun smiled down on me, I felt on top of the world, where no one could ever knock me down again, knowing that my life would be better and brighter. I was certain my life was going to change.

Author

Naomi Yumei Vanderlip

She opened her bag to take out her umbrella, thanking her lucky stars that she was carrying one. It was raining very heavily, quite unnatural for the place where she lives where monsoons generally tend to exist only in the pages of geography books or scripts of news-reporters. She shivered as the cold air laden with rain drops gushed past her. She already felt the urge to cup the sides of a hot coffee mug. I will make up for it this evening, she promised to the weather, smiling at nowhere.

She plugged in her earphones, a perfect opportunity to drown herself in songs from her “Rain” playlist, and also as she was walking alone, it served a greater purpose. Finally, she set out from under the shed where she had taken refuge for a while as the light drizzle had changed into enormous drops falling with so much intensity that it almost hurt to stand under them. She was unknowingly singing the song that was playing in her playlist quite loudly, the rain drowned her voice quite effectively. She released a deep sigh after the completion of her favorite lines.

She looked up to find a girl smiling at her. She was drenched from head to toe, her hair all messed up, falling half on her face. She was shivering like anything. But it was the smile that caught her attention, it was almost the same smile that her seven-year-old sister had given her after successfully spelling out B-A-S-K-E-T-B-A-L-L, the word that was printed on the mini ball that she had given her as a gift this summer. This made her suddenly miss her sister very much, remembering the times when she used to enjoy getting drenched on their roof with her sister in her lap, ignoring the perpetual shouts from their mother downstairs.

She was jolted back to reality when a streak of lightning split open the sky in front of her turning the grey hue around into an amazing purple followed by a deafening thunder. She realized that she had stopped walking. She noticed the girl was still looking at her, almost amused. She took off her earphones, thinking maybe she was one of those people whom she knows but can’t pinpoint their name or how she knows them at the moment. Then she realized that this was the same girl who some of her friends had conveniently named “weirdo”, “freak” based on very little interaction they had with her. She asked her whether she would like to share her umbrella, she happily came under it.

As they started walking towards their hostel, she asked the girl general questions. Some she answered with overflowing excitement, some with pursed lips and some with animated gestures. She was more and more reminded of her sister now. From the little conversation they could have while walking towards the hostel, she came to know her name, the place she belonged to, that she was a fresher, and didn’t have many friends yet. As they reached the gate, the girl ran out from under the umbrella, looking back with a grateful grin.

As she entered her room and put her bag down, she could not shake off the worry that engulfed her now, worry for a mere stranger. She felt angry towards the parents of the

girl who had sent her to the hostel. Could they not see that she was too naive to live in one? Did they not know how other students might make fun of her innocence (like her own friends had done)? Take advantage of her gullibility? Or did they want her to learn things alone? But would she be able to cope? She stood in front of her window, it was still raining heavily, she thought of her baby sister, imagined her getting drenched in a heavy rain somewhere when she had forgotten to carry her umbrella. Would there be anyone to provide her with one? She felt a lump in her throat.

She tried to change her course of thoughts, she had promised herself that she would spend the evening well, she could not ruin it worrying about things that were not in her control. She sat on her window sill with the unfinished novel that was reaching its climax now. but all she could remember was that innocent smile.. so pure.. so innocent!

Author
Bhavya Arora

“Slam!” went the door as I closed it behind me. I stumbled into the warm kitchen, falling down after a tiring school day. Mum entered as well, this time due to the overfull washing basket in her hands. She dropped it, opened one of the cooker’s creaking doors and pulled out a pan of pasta, which was steaming like a train. Whilst I wolfed it down, we talked about my school day. Talking about my school day is boring, especially when you have to do it every day. I just explained the exciting bits and ate my food.

The next day was a sunny Saturday. I slithered out of bed, slipped into my crisp clean T shirt and trousers and the devoured a tasty breakfast. I met my friend, Tom, in the park. We set off around the bone dry park on our bikes, jumping off every bump and thoroughly having a wonderful time. We finally skidded to a halt in front of a towering wooden panelled fence, our chests heaving. Tom leant against the fence and one of the boards fell in with a “Crack”. I spun around to meet two muddy legs sticking out of the wide gap in the fence.

“Oops!” said Tom as I burst out laughing. Being inquisitive, I soon joined Tom on the other side of the fence. We pulled our bikes through the hole and leant them against the fence. There was a hush in the wind, the only cloud in the sky covered the sun and a cold mist floated towards us. We slipped through wet and shiny silver birch trees, hanging with algae and moss. I took a careful step forwards and the crackle of night black twigs sent shivers down my spine. We were both shaking like a jelly on a roller coaster. We moved forward slowly like a pair of slithering snails. I wiped cobwebs from my sweating face.

A building loomed out of the mist. As we came closer, I could see a doorway. I placed my shuddering hand on the handle and twisted it. I pulled the door which creaked like an old man in great pain. We stepped through and there was a dark passage leading down into the cold earth. We slowly felt our way down tiny steps. The walls were covered in limey green algae and the floor was wet and slippery. The roof was held up by some old and rotten railway sleepers, which looked as though they were going to collapse at any minute and bury us alive.

Suddenly I slipped. “Ouch.....! I screamed as I sped down the stairway, out of control, and slammed straight into a solid metal door. Tom came bumping down the stairs and crumpled into a heap beside me. We both stared up at the door which had a small window and sign which read,

“WARNING DO NOT ENTER.”

We raised ourselves slowly to peak through the tiny window. There were rows and rows of guinea pig cages. One wall housed normal healthy guinea pigs from sleek and thin to furry and plump. On the other side the guinea pigs looked very strange: some tall, some small, others thin or fat and some almost standing on long back legs. In the middle of the room there was a table with test tubes and an empty cage with a drinking bottle.

A door in the corner opened and an avalanche of steam poured into the room. A man in a white laboratory coat stepped in holding a deep ocean blue liquid in a beaker. He poured half of the liquid into a test tube over a Bunsen burner with a collecting tube above. He selected a brown furry animal and set it in the cage. We guessed that the guinea pig would get thirsty and drink from the bottle. Another man came into the room and talked to the first who spun around and stared at us.

“Run!”, I yelled and we both sprinted up the steps with Mr Lab Coat not far behind us. We scrambled up the steps and burst out of the shed. We did not stop running until we snatched our bikes and heaved them through the hole in the fence. As we sped away, Tom shouted, “That was close!”

We had decided to meet again in the park again the next day. I had not told my Mum about it in case she stopped us from going back. We went straight to the shed. When we arrived I noticed a key in the door. “Why don’t we lock the men in and go and tell the pet shop”

“Good idea”, said Tom.

We crept down the stairs to check there was someone there. We were in luck. Quietly feeling our way back, I slammed the door behind us, locked it and then we raced to the pet shop. There was the kind owner surrounded by cages of parrots, snakes and rats. The animals became very excited as we tried to tell our dreadful tale. At last the pet shop owner understood and called the Police.

We showed the Police the way to the shed and remained in the park as Mr Lab Coat and his friend were led away. As he stepped into the waiting Police car, he shouted, “Curse you, sonny, curse you!” The pet shop owner offered us a guinea pig to share. We chose a small furry one with sparkling eyes.

Author
Charlie Aldridge

France, 1940

The deep, rat-infested trench was bitterly cold! The squelchy, oozing mud reached the top of my frozen leather boots. It was 6:00am and the sun had not come up yet. The bitter rain was pouring down like shells showering over us.

“Get ready to attack!” shouted the colossal general, leading us on.

We all put our rusty bayonets on the end of our dirty rifles. The German trench was about 50m north of our position, In between the two, was Death Valley, two feet deep in fallen bodies, deadly wire covering the frozen ground. But worst of all, when you head out into no man’s land, there are unknown, guilty bullets whizzing past your dizzy head and the constant companionship of death, always a step behind, forever lurking in the shadows. All I know is, when the whistle blower blows his high pitched whistle, its deafening sound was far removed from the fragile safety of the trench and no-man’s land, practically inviting death to come and take you away... there is no turning back!

“Remember lads, when you hear this whistle, you will go out there, and fight for your country, your family and your freedom!” the general bellowed, urging us on.

My cold heart was beating like a drum, but if I stayed, I would have utterly failed my family, so I had to go. Suddenly, the piercing, high-pitched whistle broke the tense silence, and we hurled ourselves out of the grim trench and went for the enemy.

Bullets span past my head, whilst innocent bodies fell down onto the lead filled ground. I ran on and ducked behind a once proud tree. By this time, the smoke dimmed sun was struggling to light our way. All around me, grenades exploded, and blameless boys flew high in the air to smack back down on the hard stones. Then I got angry, and with my adrenaline flowing, I got up and ran forward. Another grenade landed at my exhausted feet and, with a second to spare, I threw it into the German bunker ahead. I fell to the ground and a deafening noise boomed around me. A grey uniformed body flew out of the trench like a bird having been shot.

All of a sudden, a German soldier jumped out in front of me, unharmed. We stared into each other’s eyes for a split second, taking in the nightmares we were facing. His face was the same as mine.... Terrified! I dropped my gun with shock and he pulled out a pistol. By this time I was sweating violently, the moisture running down my frightened face.

It was then that I realized that he was just another ordinary boy, nothing different. I had seen enough death, and did not want to kill a normal boy, the same as me. I just hoped he did not shoot me! “Don’t shoot!” I shouted. We both edged backwards, until his foot caught a rusty, twisted wire and it wrapped round him until he slipped and his gun erupted.

The next thing I knew I was in a warm, white bed, with beautiful nurses all around me.

Was I wearing a gown? It was odd. I felt spoilt, and even though I couldn't remember what had happened, I was glad to be alive.

Apparently, they are still out there in that hellhole of death, and I was here. But why?

It was at that moment my foot started throbbing, it felt like 500 needles stabbing up my leg, and a nurse came and gently told me what had happened. They brought me in late last night after taking the German bunker successfully. I hope that the young German fled with the other Germans and made it to safety. Would he survive the war? Would he remember me the same way I remember him? I wonder when the war will end and if I will survive. If you fall along the way, there always someone to take your place and if the whistle blower falls there will be another one to take his place. If it is the only way to win the war, it will have to do!

I felt that they did not deserve to still be out there. I am alive...but many of my friends are not. I will always remember the nightmares that took place. The whistle blower did his job, and we did ours. How well? Who knows? Who really cares?

Author
Kit MacLellan

I still remember that dreadful day. The day I decided to evict my soul. To leave my sweet-scented, joy-filled paradise called Raiseberry town, land of angels, nature's eternal dwelling and the place where I found love. No, it wasn't the common, soppy type of love which hangs around nowadays like a bad stench; the cheesy, stereotypical nonsense which then leads to a two-day relationship before they "tragically" break up. Fake, fancy and one-hundred percent false. Mine was different. Before I fell in love with Ella Ridings, I hated her. I desperately despised her waist-length, exotic red hair which radiated when struck by the sun. Those writhing, confident locks that flowed ever so gently like a garden stream. Her chestnut eyes, cunning, cool, yet strangely compassionate. Her lips, curved like a war-horn. Not quite cherry red in colour but of an exquisite shade which I soon came to adore. Ella Ridings was the most beautiful girl in the northern hemisphere, and I like to believe that she was the most beautiful girl in the world. But initially, I detested her. I loathed Ella for the most ludicrous and outlandish reason in the universe.

I hated her simply because everyone else did. I followed the pack into everlasting darkness at the expense of my remorseful conscience. Ella was hated, partly due to her outrageously gorgeous looks, but mainly because of a severe problem in her life which must have ripped her kind soul to pieces. However, after a long period of time which I spent stirring up the courage to go against all my persuasive friends, I just about managed to conquer the demon on my left shoulder and gaze steadily at the angel on my right. My piercing eyes sliced through Ella's beauty and into her soul like a knife cuts through bread. And I saw, once again, beauty. But of a greater and limitless magnitude. I saw benevolence and abundant generosity. A generosity which I recognised when I decided to approach her for nothing more than a simple, pleasant conversation. I had been expecting her to show me fierce hostility like a tiger defending itself from attack, especially after the countless occasions in the past, when I had bombarded her with vulgar nicknames.

But instead, she looked me in the eye, smiled broadly as her eyes twinkled like the stars in the night sky and said hello before enquiring with genuine interest how I was! She forgave me, without putting any consideration into the matter. We bonded together like soul mates and I soon developed definite feelings for Ella which rapidly rose... Urgh! I should hear myself talk, sounding like a love-struck fool. I tried not to think about Ella, the true reason why I ran away from my glorious home, Raiseberry town, and instead concentrated on the next meal. Running away was wickedly strenuous. No money, withered like a plant in the safari desert and racked with gnawing hunger which ate you from the inside out, I would desperately wish for those delightfully delicious golden cakes which Ella would regularly prepare for me on well-anticipated Sundays. Sweeter than a bear's honey and swarmed by a dazzling aroma which made me...

"Oy, kid, are you alright there?" A concerned old man had enquired as the bus grinded to a halt at the next stop.

"Yer, I'm fine thanks," I replied confidently and with a quick smile, he heaved his bag onto his shoulder and sauntered off the bus. I watched him leave, wondering if I should get off too. That was the good thing about being a runner; the world became your oyster in the most definite sense and you could go anywhere at any time. True, unlimited freedom. Free, I thought to myself, that would be a good word to describe Ella, lively and welcoming. Damn! All my thoughts, every single subject that entered my brain somehow found a link straight to Ella. Is love madness? I inhaled deeply and tried to think about the multitudes of attractive colours in this world. Pink...orange...gold...yes, that's definitely the best colour to match Ella; but not strong gold, if you know what I mean. The quiet, soft, yet still gently radiant gold is the precise colour to match my beloved angel. I gave up. I allowed myself to be a victim of madness and permitted my thoughts to abuse, torture and grasp the reins of all my senses. I allowed myself to be washed away by this tidal wave of riveting memoirs and emotions, for I found that reality had fled from me lately. It was like dry sand. I firmly grasped it with both hands and tried to squeeze it into a ball but it slyly slipped through a small crevice...

I gazed at the horrified expressions of everyone on the tightly packed bus. I must have been murmuring again, I thought to myself. Ignoring the penetrating glares, I flung my memory backwards as I remembered the last time I saw Ella Riding. She was wearing a feminine, pink frilly skirt and a figure-hugging red T-shirt which accentuated her curves. It brought a tear to my eye. Not because of how divine she looked wearing the combination, but because of the fact that she wholeheartedly loathed the mixture. What touched me...what really got to me...she...she felt utterly ridiculous wearing those clothes and had only worn them just...just to please me. I restrained myself from bawling out my sorrow as the memory encircled me like a thick fog. I remembered the two of us on a fantastically-weathered Friday afternoon after school, just sitting down on a bench at the striking Marshmell Park and adoring the spectacular view.

We gazed at the sun's bloodthirsty beams, which pierced the blissful blue brook that slithered before our eyes. The rolling green giant hills which had a mystical air about them; one could almost expect a powerfully built giant to pop its head round the corner with a beam on its fathomless face. We talked about nothing. Found great peace in spurring a conversation about any random subject which entered our minds. There were often relatively long silences before we would talk, but there was nothing uncomfortable or awkward about these silences. I inhaled the creamy, crisp air and lay back as Ella turned her head towards me.

"This is pretty wonderful, isn't it?" She spoke gently.

"Yes," I replied spontaneously, quite certain that I had just been about to fall asleep.

"But next time I'll bring a football, so, you know, we can have some real fun!" I quickly added.

"And whoever said that I'll come with you next time?" Ella responded with a mischievous gleam in her chestnut eyes.

She loved to tease my vulnerable emotions, but was always careful not to wound my pride to a great extent; good-humoured and kind. Those are two other words to describe Ella. The evening soon began its steady, calculated approach, like a lion hunting its prey as it quickly conquered the glorious midday sky and left a black vacuum. With a tender hug, Ella and I parted ways as a raging tornado grew inside my soul.

Have you ever had that one moment in life - that one moment which, if you were given the opportunity to change, you would instantly go back in time and do so? That was the moment...the perfect moment, fashioned and produced by the fairies themselves to tell Ella that I loved her. Gone. Shot past me like a bullet and I felt a genuine tug, as if from a supernatural being, to stop my walk home, to turn round and sprint so as to pour out the tsunami size news. But I never did. The news came to me the following bleak and miserable afternoon through my fatigued-looking father. The haggard expression on his face as he ambled into my bedraggled bedroom spoke of bad news. I am trying to remember those words...those words which exploded a nuclear bomb inside my chest and left me psychologically scarred. It feels like I am easing a thorn out of my brain as I try to recall those wounding words.

"Son," he spoke gently as he sat next to me on the bed, "some bad things happened yesterday evening. You know your friend Ella? After she left the park, Flow-killer Emma and her crew, as well as a couple of their boyfriends, ganged up on the poor soul. They beat Ella so ...so...so bad. They waited around her house because her parents weren't at home..."

Of course her parents weren't at home. Everyone knew that Ella only had a mother, a mother who spent all her time out clubbing in town before sleeping round at men's houses. Men who she'd "fallen in love" with during her day's wander through the wild jungle that is Market Borough town. She would never spend time with her helpless young daughter. Despicable. Contemptible; find me a stronger word and I will use it without hesitation. The feral antics of her mother were the reason, aside from her beauty, that people treated Ella with cold dislike. They showed her tender soul a loathing which was frostier than Antarctica; a loathing which I foolishly participated in before realising the error of my ways.

I gazed placidly at my father as he continued to stab my already dead spirit "...and the group dragged her into the house garden and they...they..."

"Its fine dad, you don't have to say it," I spoke sensitively as I realised he was suffering just as much as I was, "how is Ella?"

"A couple of the next door neighbours heard the screaming, so they phoned the police," he carried on confidently, "the whole group was arrested, but the medics arrived too late to save Ella, her wounds were just too great."

I blocked out the rest of the memory before I became racked with sorrow like on that dreadful day. I was the only one on the bus. Time truly did fly - but I certainly wasn't having fun. Flow-killer Emma's nickname spurred from her extreme love of rapping.

Despite the fact that, recalling her performance in the year six school talent show, she has a significant lack of a broad vocabulary and therefore resorted to filling every line of her rap with around five cringe-worthy swear words. Until eventually, the teacher practically dragged her out the classroom and left all the pupils cackling like hyenas. Flow-killer Emma and her crew of hooligan girlfriends, as well as their boyfriends, who were constantly following the girls like a young child follows their mother, had hated Ella since prehistoric times. Well, at least Emma had hated Ella out of a ravenous hatred for her unruly mother, a hatred which was strongly encouraged by her fellow classmates. Emma had always threatened Ella that, one day she would “kick her sweet, stupid face off the earth.” Ella never replied to these taunts. I guess Flow-killer Emma meant every word of her insult. I couldn’t feel anger against either Emma or her group of loyal friends. I was too saturated with heart-breaking sorrow to do so, but perhaps, I thought to myself, when that sorrow wore away, rage would spring forth in its place; red, boiling hot rage, gushing forth a stream of revenge-centred thoughts. Maybe.

My brain snapped out of reality once again and started reverting back into memory mode, when all of a sudden, I saw the sweet serenity that I had been oh so longing for! It lay in the gorgeously red-haired, not quite cherry-lipped, chestnut-eyed wonder which stood before me with a joyous smile on her face and arms held out for an embrace. My eyes began to roar in agonizing, unendurable pain. Fat, burning tears slid down my cheeks faster than a pro-skier down a snowy mountain. Ecstasy, joy and heart-felt happiness were racing through my system quicker than Usain Bolt. I stepped forwards into Ella’s loving embrace and collapsed to my knees as she squeezed me tightly in her arms. I had only just realised how exhausted I truly was.

“Ella...I’m so sorry!” I gushed out. “I should have stayed with you...I never got to tell you that I...”

“It’s fine Thomas, it really is, and I know you love me, just like I love you,” she murmured sweetly, “My goodness Thomas, haven’t you been such a fool, all this nonsense about revenge and wasting your time with being miserable, honestly, what is the point? Come on Tom,” she whispered calmly, holding me at arms length with her eyes twinkling like stars in the night sky and a soothing smile lighting up her face, “you’re much better than that.”

Then, all of a sudden, she evaporated into thin air and I was left on my knees looking quite ridiculous! I rose solemnly and wiped away the last of my fiery tears. My time with Ella, my final moment with her had been so short. But I guess that’s what made it so special.

As I handed the fair-skinned, pot-bellied old bus driver a fiver, he glared at me with an authentic look of fearful anxiety on his face, as if I was a madman. I had definitely seen my beautiful Ella, even if he hadn’t and I smiled politely before I exited the bus and sauntered through the peaceful streets. The fresh breeze caressed my beaming face as I resolutely journeyed back home. I never looked back.

Author
Luke Gyesei-Appiah

Prologue

The rope was ready. It swayed gently in the calm breeze, awaiting its next victim. The crowd eagerly looked toward the tall, wrought-iron gates, searching for any sign of movement within.

For a while, nothing.

At last, the rustic latch was opened with a sharp crrreeaak. Two knights walked out, both dragging one prisoner. The people rushed to catch a glimpse of the girl, but stepped back when they saw what had become of her. Her once luscious, vivid black hair was matted and greasy; her once beautiful face was hollowed and tired. Nothing was left of her body but pale skin and frail bones. The brown rags that clothed her were tattered and ripped; her bare, dirt-stained feet began to bleed as she was pulled across the sharp rocks covering her path. While being dragged, she mumbled a silent prayer to the Lord, hoping that He would save her in this time of need.

She was thrust onto a set of wooden stairs, and forced to climb them. After a set of strong, painful lashes from the whip and a tough struggle, she made it to the top. A tall, hooded man raised her up to a stand and laced a brown rope over her head and onto her neck. After some snickering from the gatherers, the man at the top of the stairs pushed her off.

The ragged girl hung, and right before the last breath was forced out, her clenched hand opened, dropping a small scarlet pearl, and dropping its curse along with it.

July 23rd, 2012

Staring into the mirror, I gasped.

“Thanks, Dad! It’s perfect!” I cried, wrapping around him in a tight hug. He chuckled and ruffled my hair. I stared back at my reflection, analyzing every little detail of my new necklace. In the middle was a gorgeous scarlet pearl, which was hanging onto a thin strip of brown rope. It stood out against my pale skin and felt perfect around my neck. Dad had gotten it on a business trip to Brazil, from a street vendor for next to nothing. It seemed like the vendor had wanted to get rid of it, as fast as possible. Maybe he had a good reason....

Little did I know what this beautiful gift would turn into.

September 7th, 2012

My throat still stings after the huge coughing spell I had a few minutes ago, and I can feel my already too high fever climbing. I’ve been sick for a couple months now, and it is driving me crazy. No one knows what’s going on; every doctor has conducted test

after test, all of the results have come back with shining scores. I am “perfectly healthy”, according to them, but I know that something is seriously wrong. My breathing is limited, and with every breath my chest burns. Every time I move my body, sharp aches pass throughout. I feel dizzy and faint all the time.

I haven't been to school yet this year, mainly because I'm not able to crawl out of my bed without enduring severe pain. My friends have stopped visiting me, probably because they're scared they might catch whatever I have. They also quit calling and texting, and I'm guessing that fiasco is also related to my sickness.

Right now, I only have one friend, my guinea pig, Boo. He's the sweetest thing, and I feel like I can talk to him, without words, which is what I need.

November 25th, 2012

I can hear a jumble of words coming from the left, wait, no, maybe from the right. My vision blurs, and then clears once more. I become cold as ice, and then seconds later, I'm abnormally hot. I moan loudly, getting the attention of my doctor and worried parents. They frantically rush to my bedside, and ask me hundreds upon hundreds of questions.

“No, I don't want painkillers. No, I don't want a drink. No, I don't want food. Just leave me ALONE!” I answer in my head, knowing they can't hear me. I would have spoken up, but my throat is so dry, I can barely utter a word, let alone a sentence. My condition is quickly deteriorating, and I know it's a miracle I'm still alive. The doctor says he has no idea what's going on, but I do. No doctor has believed me... So many times, I've tried to explain that it was my necklace, but they just assumed that when I was pointing at my upper chest, it was because I was short of breath. Even though it is off, and has been for a while now, whatever was inside the scarlet pearl has merged into me, and I am suffering through the consequences.

More nurses are ushered into my room, changing my I.V. fluids, fluffing my pillow, and adjusting my bed. Nothing helps, though. I know I don't have much longer, and this...this necklace caused it all. As I'm laying in agony, the secrets of the pearl's past are whispered into my ear, invading my dreams and thoughts.

Constantly, the antagonizing voice mumbles inside my head, “It all started with a little girl...She found the pearl on the beach, not knowing of its powers...She gave it to her sister for her birthday... Soon after, the little girl was accused of witchcraft for making her sister sick... She was hung along with the small scarlet pearl in her hand...It fell onto the ground, and the life cycle continued...For hundreds of years, this pearl has ended countless lives, and will continue to do so...” The voice keeps spinning in my head. Every single person, every little detail. I know it all. And I know I'm next...

I can't stop it. The pearl chose me, and that's final. I can already feel my heart slowing down, my muscles surrendering, and my vision going fuzzy. Out of my right ear I hear a low, single-note beep and the pitiful cries of my parents. I only have two questions left before I shut my eyes and leave this world forever. Why me? Who's next?

I gasped at the sight of it, so much of it. The sticky red substance trickled down from my index finger in a constant, never-ending flow. I bit my lip and winced. But this pain, however, was nothing compared to the psychological pain that crept into my life. Before wiping the blood away, I watched a droplet descend into the ocean below me, staining it momentarily before being washed away. I then directed my attention to my finger, still secreting blood, and cursed at myself. I heard someone approaching but did not avert my gaze. The footsteps were all too familiar and I did not find the need to turn to look at who was now sitting next to me at the edge of the pier. “Did you cut yourself with that knife again Cielle?” the voice said; its tone as mocking as ever.

I turned to find myself staring into those startling grey irises of his. I knew them well and I could read them instantly. Yet each time I looked at him, it felt as if adrenaline had been injected into my veins. He had a slightly tanned complexion and a mocking smile. His chocolaty brown hair fell all over the place entangled and bedraggled. All in all, his appearance was friendly except for the eyes perhaps.

I began to finger the knife in my hand, letting its ebony blade, the black still tainted red with blood, scratch my fingertips gently. “You were the one who gave it to me Zee,” I muttered.

His long fingers enclosed around the leather handle and his other hand gingerly pulled mine away from the blade.

“I know,” he replied and began tending to my finger. He said he wanted to be a doctor but I did not understand his intention. The idea of becoming a doctor had seemed alien and extraneous to me and I refused to open up to the idea. The cruel people of this world don't need to be saved. They deserve to suffer and watch their loved ones suffer. Plus, blood scared me but he didn't know that. He couldn't afford to know.

I watched another droplet penetrate into the ocean's surface before fading. “Cielle,” I glanced up at him and he continued, “I'm worried about you.” He was dead serious, I could tell by his expression and body language. He was good at hiding how he felt but his efforts were fruitless when he tried to hide things from me. I remained silent, confident what his next words would be.”This has been happening a lot lately,” he replied softly, “you've been doing this purposely haven't you?” I didn't look at him, annoyance clawing at my chest. “Cielle,” his misty grey eyes poured into mine, “what's wrong?”

I didn't want to tell him but if I didn't he would hold me guilty for the rest of my life. There had been a war in our country five years ago. We were just children, ten years old and our homes had both been bombed and our families were both dead. I had lost my parents and sister and he had lost his kin as well. We were able to save each other from the debris but the images of the remains had scarred me forever. We had nothing left but each other and we had been on the run for the past three years after escaping several foster homes and refugee camps and narrowly avoiding juvenile hall. But none of it had been worth it. Each night I would fall asleep listening to my dead sister's petrifying shrieks, thinking of those tears that trickled down my mother's cheeks and

how the smile faded from my father's face. Then the nightmares would come and the scene would replay. I would watch my life obliterate into a living hell over and over again and at the end, I would watch my only friend in the world die in my arms. The morning would only comfort me with the daily woes of struggling for survival. Being on the run is not easy, every refugee knows that. Zee and I would search the world for that refuge, the one that promised shelter and survival but we never found one. We illegally crossed borders, shoplifted and broke into people's homes when they were away just to have a bed to sleep in. Those nights were the lucky ones; those were the nights when we had resources.

I forced myself to speak and looked him in the eye, "What's the point? Each day is a struggle, each night is a nightmare. Why do we have to go on like this?"

The night was cold and I was draped in a simple cotton sweater, tattered beyond repair. He leaned in closer and placed his arm around my shivering shoulders. Warmth rushed inside my trembling body and a new thought crossed my mind. Zee really was a doctor; he always knew exactly how to heal me.

We sat in silence, gazing at the ocean. Its surface was dark and inky and was holding an air of mystery about it. It was silent and tranquil, yet there was something disconcerting about it. A nagging hunch was warning me that this was simply the calm before the storm. Dazzling stars were reflected seemingly beneath the waters illuminating the cove. I imagined diamonds in a jewelry box embedded with a dark velvety material. I noticed a fish gaping at me from the water, its silvery scales shimmering in the luminous moonlight. Eventually, it surrendered to boredom and dipped back under the blue only to resurface a few seconds later where a gnat was hovering just above the water. The fish then jumped out of the water unexpectedly sending the gnat into the ocean, to its death.

My eyes widened as the gnat bobbed to the water's surface, drenched and lifeless. It probably did not even feel the life being sucked out of it. "Zee," I began, "can you swim?" I turned to see his eyes avert from the floating corpse of the gnat and onto me. His face was pale and he shook his head stiffly, sending his hair flipping over his eyes.

"You know, we don't have to live like this," he said, not looking at me, "but are you willing to take on the consequences?"

I sat thinking about an answer to his question. Was I willing to lose everything for, well, nothing? Where would the road that I was about to choose go? I mean to end the difficulties in my life forever, to end so much, was it all worth it? Confusion pelted my brain and I sat there thinking, what was the point of living in a world where evil people blindly sent bomber jets into towns where the innocent lay in bed? What was the point of living in a world where poverty crippled the unfortunate and money and power blinded the rich to their plight? What was the point of living in a world where families were torn apart, lives were taken and the earth lay in a never ending shadow of despair and destruction? Wouldn't it be better to live in another world, one where no one had ever returned from, where there was nothing but joy for those who deserved

it, a place where families were reunited and kindness dwelled in the hearts and souls of every being?

The idea sounded unreal to me but I knew that this place existed. This was the place that Zee and I were looking for. We had travelled the world searching for it but we had not realized that we were looking in the wrong world. We had to go into the arms of death, but how would we get there? I stared sullenly at the glassy surface below me. We could jump; it would be easy, painless. Yet, we would never see daylight again and I felt somewhere deep in my heart that I had not seen enough sunny days yet. There had to be something more to this world, there was something else that it wanted to offer.

I turned to my right where Zee was brooding over the ocean. My life had been stripped away from me but it had given me a gift, a second chance. It had given me a guide, a source, a hope and someone whom I could hang onto dearly. The world had taken my family away but had given me someone else to love instead. How could I just let him go?

"No," I finally said, "I wouldn't trade this lifetime into the hands of death. There's so much that this world has to offer."

His eyes adopted a slight look of confusion, "Like what?"

"The ocean," I said simply, enjoying the disbelief that was crawling on his face, and then laughed. "And you."

His lips melted into that usual mocking smile and he splashed some of the sea water at my face. I gasped at the initial shock as icy water pierced at my skin and then licked my lips, savoring the tangy taste. I inhaled the scent and the aroma reminded me of something vital, something called life. I dipped down, feeling more alive than I had felt ever before, and splashed him. What was the point in life when you had no one to share it with, no one to guide you? I had felt so alone and displaced from the world that the solitude had blinded me. The world was a cruel place but that is why we have anchors like friends and family who keep us there. The good things in life deserve to be shared no matter how much despair you feel. At those thoughts I lay my head in his lap thinking about how wonderful my friend really was. I had finally found my refuge.

Author
Meraal Mamoon Hakeem

The Highland Battle

2nd Category

The radiant moon was shining and the winter evening was jet black. The huge, tall trees shook from the powerful wind. Their branches hammered against the shuddering roofs and there was nothing to hear except for the wind brushing wildly against my bright face and flowing through my soft hair. The treacherous fields surrounded me as if I was only an ant.

Meanwhile, the village was asleep.

My name is Robert, a young village boy who lived in a small shabby cottage in the remote town of Iona. I had a small family of three, me and my two parents. I was out at the crack of dawn feeding our one lonely large pig. I started to listen and I could hear the waves pounding against the torturous rocks. But I could hear something else. It wasn't the waves or the wind; it was a gentle silent splashing of oars. It had to be a boat but nobody should have been out at this time of night. It was like a pin had struck my head. I knew who it was; the terrible, vicious Vikings.

The Vikings stepped out of their powerful shining boats which glinted against the rising sun as bright as a sharp silver knife. Swords, knives and huge metal axes had all been shoved into the back of the boat so they were ready for battle. The Vikings then clambered out one at a time, tiptoeing along the cobble stones. With huge massive legs and bodies the size of a bull, they trudged up the muddy path towards the village. They had big grumpy faces and a small metal helmet perched on top of their heads. In their hands were all sorts of weapons and they marched onwards ready for a battle.

My heart pumped as I raced around the village telling the people about the Vikings arriving. The villagers were all terrified and in despair. Lots of them were screaming and yelling, but our army was brave and our men proudly and bravely went to get ready for combat. My father, Hamish, leader of the army, went and retrieved his weapons. He had a sword and shield in his hands and then he gave a sword and shield to me. He said bravely "Son, this Viking battle will be our hardest battle yet, which is why, Robert, I need you too." Tears started running down my cheeks as I was nervous but excited at the same time. I was the youngest warrior there and the carnage was about to begin.

My heart raced as I sped down the village like a cheetah. The masses of Vikings were already there and there were only eighty of us. They looked brutal and vicious with their many weapons and their huge ferocious bodies. We were ready to unleash and I was excited about going into battle for my first time. The Vikings were shouting "Go down with the Scots", but my dad raised his hand and bellowed "The time has come, the time to fight, the time to give you Vikings a fright!" We now charged towards them.

Weapons swiped in every direction and crashes of men hitting the ground in sadness echoed around the island. I could hear screams and shouts of agony amongst the heap of bodies. The sea was as red as fire from the blood of happy lives. I felt sad and I could smell the sweat around me and then suddenly I turned around and right in front of me stood a huge Viking all in black. He swung his glistening sword left then right.

Now it was my turn. I held my precious sword tight in my hot burning hands and with all my might plunged it into his powerful body. The Viking screamed as he fell to the rocky ground. It was my first ever kill.

I knew my job wasn't done yet and I was right as a second man, bigger than the first, waddled up to me. As quick as a flash, I swung my sword left and right and with my shield hit the Viking with force and power. He stood there for a minute until slowly dropping down frozen. His scary face was now no more as he had been beaten by a child.

I now had fresh air and I could see the lovely midnight sky. Everything was silent and my eyes popped seeing the awful vicious Vikings retreating. I couldn't believe it, it was the end. I could see them fading into the distance like a strip of shiny red blood.

Iona had won.

Author
James Houldsworth

It was autumn. On a day very much like all the rest, in a forest very much like all the rest, a man, who was indeed very much like all the rest, walked on the dry ground. Every time his leather shoes touched the floor, dead russet leaves crunched under his soles. Although I am no longer that man, I once was, and in my memory, in this moment of the past, I am that man. As I walked through the forest I stumbled almost blindly through the woods, for the light of the sun would break upon touching the canopies of the trees, and it would leave those of us trapped at the bottom scrambling for a way to find ourselves.

It was autumn, but just barely; it was the first day of autumn and the leaves were not yet red. I sat under the shade of a great camphor tree and tipped my hat over my eyes. After a second, or perhaps a minute, or maybe even an hour, my head began to nod and my eyes began to feel as heavy as lead. I woke to a wonderful sight. Little women, forest spirits, nymphs if you will, danced around the forest. Their thin fabric dresses billowed in the wind as they gracefully leaped through the air in their agile ballet. I sat in utter awe as they ran around and woke up the sleeping animals. They carefully placed their slim white hands on the coats of the sleeping rabbits and with a gentle shake, awakened them. Yet my awe didn't last. I let out a sigh and when they heard me, they flinched in horror. I choked on my tongue when they cried out in fear and the look of them scrambling away fearfully drove me to tears. I just lay there motionless and drove myself to sleep.

I was suddenly awakened by the nymphs themselves, poking at my face with milky hands. Apparently they had regained their confidence when they saw how harmless I was. I boosted myself up and stood there as they danced. They tugged on my trousers and signaled me to join their majestic dance. I spun around as my inhibitions faded. While I spun with my arms open wide I saw them dance in circles and I forgot I was a poor man. I forgot my mundane problems as I danced; I have never been so irrefutably alive, never as effervescent as I was then. After I had spun my problems away, I collapsed on the ground, giggling uncontrollably. I decided to lie there in that forest and just watch the nymphs dance. They climbed up the trees, their hands holding on to the rough beige bark of the old trees and through some sort of acrobatic miracle, lifted their companions up onto the canopies of the trees. With swift movements they conjured up auburn, blood red and golden paint and spread it on their hands. While they chanted their intoxicating hymns, they deftly coated the leaves with vibrant films of color.

Words cannot begin to describe the sheer admiration I felt as Earth held her breath and the forest exploded with colors. The air itself seemed to have disappeared and it was replaced with sweet ether. It was as if my skin and the air melted into one. Once the forest was bright enough to confront the Sun himself, the nymphs descended from the trees and began their festivities anew. This time, fauns joined in and played their forked flutes. But I did not join the festivities, I had to leave and return to my life.

After I had seen such sights, my appetite for accounting had been lost. Every day I spent back to normal I yearned to return to my forest. I couldn't and part of me knew I should, but an autumn later I returned expecting to go back to the jovial merriments. As I neared the forest I missed so, the racehorse within my chest grew uneasy and did not cease to gallop audibly. But instead of a forest I returned to a field of felled trunks. Instead of life and color I saw waste. I was stricken by a hatred for our vanity; appalled by the fact that we deem ourselves worthy of destroying Earth herself in exchange for whatever product of greed we think of. I walked through the field in horror seeing not a fairy or live tree, but when I looked down onto the parched ground, I saw the ripped dress of one of my nymphs.

Author
Cristóbal de Losada

Unspoken Memories of a Broken Soul

3rd Category Winner

Neveah was walking home barefoot; her face looked different than usual and her eyes, her beautiful almond-shaped eyes, were damp. When she arrived at the front door, her patent leather shoes hung from the door knob on a string; she took them and put them on.

It was a typical afternoon of a melancholy weekday, she just couldn't remember what a smile was, or love, or even the happiness she once shared with what now are just shadows settling on the place that someone left. She was surrounded by melancholy air, by dark bitter coffees on winter evenings, by arrivals at home with her shoes full of tears, dark tears, like her life, and then, when she opened the door she found her house empty. But that afternoon she wondered what would happen if she pretended to cover the emptiness that was filling her house in order to make the house feel full, or at least just a little bit. Full of something that was troubled by emptiness; like her mind was. She went upstairs, turned the corner of the corridor and entered her bedroom. When she first entered the room and sat on her bed, she had no intention of heading to bed; she once promised never to sleep again. As most of her feelings were dead, it might lead to eternal sleep. The only way you realize you are drowsy is when you get up.

She took a cigarette and started to smoke her words, her thoughts, her hopes. Some seconds later, her eyes were centered on the decaying movements of the ashes. Her eyes were getting damp from the words she left. From the perfect fall of the ashes to the floor, a memory was forming.

"I was sitting in the corridor of the hospital waiting for an answer. I thought I knew what real pain was, but I was wrong. Once again. Pain isn't in your bedroom when you're listening to music that devastates you and you feel the world is being filmed in slow motion. Your heart has been shredded into thousands of wedges, because it seems that society doesn't comprehend you and your way of dressing isn't in fashion.

Pain isn't sitting in the kitchen while you're crying in a corner after finishing a romance with that boy who has lied to you after such a long and deep relationship. You are immobile. Your chest hurts so much that you think you will never be as happy as you were before.

Pain isn't there when you are looking yourself in the mirror because you've put on a few pounds and you feel you are the most repulsive and miserable person in the world. You feel nobody will ever understand how you feel...

This is not pain.

Pain is sitting in a hospital ward full of forced smiles even though there isn't anything funny at all, when in the middle of the room there's a corpse covered with bed sheets. Her mouth is open and her lips are moving, but life isn't pumping through her veins the way it used to when she was running around the cold, tiled house with her radiant auburn hair and with a smile that could pass her contagious happiness to anyone.

Pain is chasing the tears trickling down your chin and you're holding strongly to a hand which only feels bones, and you grasp her hand, knowing that in a short period of time you will not be able to do it again. And your mind is continuously being infected by memories of your childhood. Damn happy memories that only close in on you in a dark room.

Pain is the velvet of the face you love, in which for the time being you can only see death, knowing that anything you do won't keep the demons away. They have been infesting her mind, which is exhausted, tired and is sobbing to pieces in her ribcage. Behind you the door is closing and you can't do anything because everything has just been said. Nothing else matters. You breathe the bitter flavor of the cleaning products the hospital releases, in an attempt to hide the scent of decay. Pain is when you haven't said I love you, mum enough times. Pain is not having taken life too seriously. Pain is loving a heart that will not beat ever again."

Neveah's eyes were tired of reflecting. She was buried in a world that is under ours. In this world it doesn't rain, storms don't exist, while in the world under that world, the "real" world, it is raining cats and dogs and the teardrops that the sky is pouring are falling down to the sea in tons, but this doesn't affect Neveah's world, she is resting safe and sound. Her veins had been converted into a barbed-wire fence, her skin, a steel wall, and every time she closed her eyes she took a trip inside herself. This time she only had a one-way ticket, because of that, she had been trapped inside herself.

Considering that all the memories she conceived one day will not occur again, hurts too much, as much as being aware that you will not see a loved one again. Ignorance is happiness. When a new day dawns, it is always clouded and cold, the same as someone's reaction when you laid your soul on the table the day before.

"My mum always said that life is not about seeing different landscapes, it's about seeing the same landscapes but with different eyes. But now I've lost them all. I'm just a silhouette, a lifeless face that everybody will soon forget. I just smoke that cigarette to fill up the emptiness in that house, and I wanted it to be covered to prevent my heart from ever missing chapters in my life, but then I woke up, I realized how much I missed out on you, mum."

Author
Anna Parcerisas Casanovas

Once upon a time, there was an island where all the feelings lived: Happiness, Sadness, Knowledge, and all of the others, including Love. One day it was announced to the feelings that the island would sink, so all constructed boats and left. Except love.

Love was the only one who stayed. Love wanted to hold out until the last possible moment.

When the island had almost sunk, Love decided to ask for help.

Richness was passing by Love in a grand boat. Love said,

“Richness, can you take me with you?”

Richness answered, “No, I can’t. There is a lot of gold and silver in my boat. There is no place here for you.”

Love decided to ask Vanity who was also passing by in a beautiful vessel. “Vanity, please help me!”

“I can’t help you, Love. You are all wet and might damage my boat,” Vanity answered.

Sadness was close by so Love asked, “Sadness, let me go with you.”

“Oh . . . Love, I am so sad that I need to be by myself!”

Happiness passed by Love, too, but she was so happy that she did not even hear when Love called her.

Suddenly, there was a voice, “Come, Love, I will take you.” It was an elder. So blessed and overjoyed, Love even forgot to ask the elder where they were going. When they arrived at dry land, the elder went her own way. When Love realized how much he owed the elder, he asked Knowledge, another elder, “Who Helped me?”

“It was Time,” Knowledge answered.

“Time?” asked Love. “But why did Time help me?” Knowledge said that let me tell you a story. Once there was a father and his son who cleared his graduation and stood first. His father was very rich and asked him what he wanted for gift. His son said that I wanted the world’s most expensive car and next day his father gave him a novel. He was very angry that his had not given him the car so he left him and after some years he got the news that his father had died. He was very sad and went to his father’s house. He went in his room and saw that novel and started turning the pages over and saw the key of the car with a message thanking him for being a great son and saying that he was very proud of him. On that day he was dipped into tears and lived his whole life with a regret. You know why love??? Because

Author Knowledge smiled with deep wisdom and answered “Because only Time is capable of understanding how valuable Love is.”
Puri Gunjan

Now I’m looking through my window and I can’t see anything. I can’t smell anything and I can’t hear anything. The landscape hits me and I try, desperately, to search with my eyes for a signal of life. But there’s death everywhere.

We try to recollect the bits of our life, try to recognize our memories, but no one can. It’s difficult to breath in this hell, my tears are so dry that I can’t cry but my heart is crying and I can’t stop it. The green path that gets to our school has disappeared, and the posters and drawings hanging on the walls in the classes are all gone. Vanished. Only there is a trace with ashes that goes as far as my eyes can reach. The swings are burnt, with no green branches above them. The laugh from children has silenced. There is a strange feeling in the air of uncertainty and hopelessness.

Sirens and helicopters have gone, and now the only noise is the bark of the dogs, confused, trying to find their owners and their houses. Nobody can find its place as this isn’t place for anybody.

What are we going to do now? I look at my parents and they have no answers. My father’s face is black from the smoke he has breathed, his lungs are black and his heart is broken. My mother is sitting on the floor, crying and holding her head with her hands. People need a past, and our past is gone. Fire has taken it, ruled by an unconscious hand that we knew was bringing death and sorrow.

We have to start again, and find a new place where we can start a new life, a life full of colours, because life can’t be grey. Grey is the heart of the people who set fire and kill. Father says “Don’t look back” and we do it. I look ahead, and I see a bird. I want to fly with it.

It flies next to me. It is upset too. There is no home for it anymore. We arrive on a cliff fenced. I stop. The bird carries on flying. It can escape of all that. I can’t. Now, I want to have wings and fly. But I can’t.

It was then when I saw a group of birds that flew away of that dark place. I imagined they were a family and they flew together. Then I realized that I had to be with my family. I was frightened, but as the bird, I had to fly, escape from all that and start again.

“Jane, come here and help us”

We recollected all types of objects that weren’t burnt. But they were all black. I threw them on the floor with anger. I didn’t want them. I didn’t want memories of them.

The bird had gone, leaving all behind. It didn’t want anything, it only wanted to fly and escape. Just like me.

I got on the car and waited for my parents. I fell asleep. When I woke up, we had been driving for a long of time. Then I looked out the window, closed my eyes and I smiled. I was flying. I was flying with my family, together, trying not to take with us memories from the past. I felt like that bird.

Author
Clara Fernández Peláez

Sometimes people imagine what they would do in certain situations. How they would react, what they would feel...I was that kind of person. In fact, I used to imagine what people around me would do if they, as I, were in a specific situation. You would be surprised how wrong you are when you think about that.

One day, as usual, I was walking to school with my best friend, Mike. Mike was the typical boy who never shut up. He never stood still, and he always answered back. I knew him better than himself, and I considered him my brother. We were talking about nothing important, in fact, our conversations were always nonsense. Not far away from the school's main door, unmistakable due to its intense red color, in the pedestrian crossing, a black car approached us at a criminal speed. We both ran to the other side, but my feet betrayed me and I fell very close to the traffic light. That unforgettable black car rammed me ruthlessly, and my skin brushed against the curb until finally the car slammed me against the traffic lights, which, thankfully, were nearby. My chest, trapped, was unable to resist such impact. The whole of my abdomen was compressed, and many of my ribs, if not all, broke one by one with an insane force. Blood flowed from my body, just as water flows from a source. It was an inhuman pain, indescribable. I felt my tailbone breaking a few seconds later, and after that I felt nothing. My body seemed to be inert, slothful, seemed to be nothing. The pressure which rested on it, provoking extreme pain, disappeared. I could only notice the warm blood stroking my burnt skin, and surprisingly that relieved me, it comforted me. I was scared, but I could do nothing than feeling impotent. I wished with all my strength to rewind. Fear, desperation, rage, anger...all those feelings gunned my mind, until I realized I had to give up, that car wasn't going to go backwards, nobody could bring my life back to me. My eyelids were heavier second by second it seemed like they made me close them. I was above to give up and abandon myself into an endless rest when suddenly a hysterical scream pierced my eardrums. I pulled forces from I don't know where and I turned my head a few inches, enough to see Mike. It's ironic that I imagined myself dead, I predicted Mike was crying like a baby. He wasn't. He was staring at me, yelling. He kicked the ground several times, yelling. When he stopped he didn't come near me, he rested where he was, yelling. He stopped shouting and he came slowly by my side, saying nothing. He closed his eyes and he clenched his fists so hard that his nails dug into his hands, causing his palms bleed. He looked at me, and his eyes scared me. They weren't as usual, full of happiness and revealing rebellion, they were hermetic, inscrutable, full of hatred, the worst hatred I had never witnessed before. He slapped me, he insulted me. He looked down, but I could still glimpse tears streaming down his rosy cheeks. He was trembling; he seemed to be worse than I was. He was frustrated. I tried to say something but nothing came out, because I could hardly breathe. He then started to cry disconsolately, scolding me that I was the worst person he had ever met. He told me that I had committed the worst of the sins; I was going to be the cause of his loneliness, emptiness, sadness, death wish. Those words shrunk my

heart. I started to cry, I could not stop. I didn't feel pain, just repentance and, simultaneously, happiness. I pointed my hand with my eyes, and he grabbed it firmly. I closed my eyes feeling safe and calm. I gave a last sigh when Mike put his ear by my dry lips. With a shaky voice, I told him he was right, I had committed the worst of the sins, while he proved he had the best of the virtues; brotherhood.

Author
Silvia Aguado Martínez-Marimón

The boy in the wolf costume was a nice boy. He didn't shout, he didn't like saying swear words and he didn't pull my hair like boys at school used to do to me. He just sat there, on the biggest rock in the forest, staring open-mouthed at the sparrows manoeuvring between the leafless branches of the grey oaks.

His face was very pale. It was as white as the lifeless sky, like he had never seen the sun. Like he had always been living there, on that rock, accompanied alone by the sparrows and the crushing hum of the fallen leaves that carpet the forest. But at the same time he was full of restrained excitement, as if his head was spinning with imagination, wondering what fascinating mechanisms brought the sparrows to lift from the earth. And when he smiled his cheeks went bright red and reminded me of the fire lighting up in the chimney, because it felt so warm.

The first time I met him, on an autumn's evening, he jumped down from the rock and said: 'Watch out, I'm a wolf. ¿What are you?' He wouldn't accept 'girl' for an answer, so I said I was a bird. I said it because I wished I could fly. And because it seemed he liked them. Since then, that was going to be my name: Bird. And he was Wolf. I knew he wasn't from town, because my town was very small and I knew every child there, and anyway none of them had ever been so kind to me. However, he never told me anything about himself. Nor did I ask. At first I was scared of him because of that costume, and because I thought it was strange that he should be all by himself in the forest. But as I came to know him better I realised I liked him. And I think he liked me as well, as he kept showing up every evening I came to see him after school.

We didn't talk much, and we usually played tag. He was always the one chasing me, and he tried to catch me and eat me because he was the hungry wolf. As if he was reaching out for the sparrows that marvelled him with their swift flight across the oaks.

He sat on that rock, hid his face in his paw gloves, already worn out and with the palms all greased up, and counted slowly to ten whilst I run away to the nearest hideaway, behind the oaks, rocks or simply throwing myself onto the floor and rolling around until my whole body got covered in leaves. And there I stayed, holding my breath, because as soon as it came out it got frozen in mid-air and could give away my position, so I made an effort to keep as still as I could. After the countdown, Wolf would usually get down to his paws and crawl around in search of his prey. He'd sniff the air and get nearer and nearer, making my heart pound faster with excitement.

When he found my hiding place, he used to growl and wave his paws in the air, but he never caught me because I could hear him coming, as I listened carefully to the leaves crushing under his paws as he went past. And so I had time to leave my hideaway and escape from Wolf's grasp. We would then run around restlessly: him chasing me through the forest, me escaping without looking back, avoiding

the oaks, and sometimes hiding amongst them. When we reached a clearing and there were no trees in my way, I would close my eyes and stretch out my arms to the frozen air rushing up to meet me. I would imagine that my wish had come true and I really was a bird, and I was really flying up into the empty sky and escaping forever from this world.

Wolf always lasted longer than me, and when I got tired was when he finally caught up with me and grasped my cardigan with his cotton paws yelling 'Gotcha, sparrow!' At times he was a bit rough, especially when I lasted longer than the predator expected, and so he flung himself against me and threw me to the floor.

As Bird and Wolf, we had a great time together. Actually, playing with him was what I most enjoyed in my childhood. I suppose it was because I was also a lonely child, and all the girls at school laughed at my breasts, because I was the only one who had. Wolf never made fun of me because of that. Instead, one day he asked me to tell him what they were, what they were for, and if he could touch them. And then we decided to undress ourselves and discover our fragile bodies to the chilly forest air so that we could explore them. It was the first time in my life I had seen a naked boy.

Sometimes, when I came back from school to the forest, Wolf didn't want to play tag, or any other game. He just didn't feel like it. He kept his head down and glared at the leaves on which he trod furiously. He never wanted to talk when he was so downcast, although I tried to force him into telling me what was it that troubled him so much. And those days his cheeks didn't brighten and kept pallid. I grew used to respecting his silence when he was upset, and so sat on the rock to watch him wander around kicking stones for the rest of the evening. The next day he was always cheerful again, and as amazed at the sparrows as always. So I didn't worry too much about it.

When I started worrying was the day I found no one sitting on the rock. Only the fidgety sparrows occupied it, walking around it like they had never seen it before. I reckon that day the quick fluttering of their wings didn't appear as delightful anymore, but unnerving; and there was such a disturbing light in their quiet little eyes, I was scared. It looked as if they were proud they had conquered the wolf's domains at last.

I managed to forget about the sparrows and went in search of Wolf. First I thought he might have been trying to frighten me, and half expected him to jump out from behind a tree at any time. But after a while wandering around the forest, along with the sparrows' screeches and the sharp replies of the wind, I started looking behind the trees and rocks myself, and cried 'Wolf! Wolf!' It grew darker as the bleached sun went down, and when it finally disappeared the oaks became wary shadows whose arms stretched out over me, surrounding me. The rustle of the dead leaves, stirred by the night breeze, was occasionally heard, but the rest was dark silence.

I heard a cry at one point. It was a faint, distant gasp for help. I had never been so far into the forest before, nor I had been anywhere without Wolf guiding me. Besides, it was so dark already, and so cold, I couldn't have found my way back home. I had felt for an instant the certainty that I was going to die there, and felt sorry for Wolf because he wouldn't be able to chase me anymore. I imagined the twitchy sparrows laughing at Bird because, unlike them, she couldn't fly to save herself. But then another cry for help blew my troubles away and so I kept going, after the feeble trail the voice left in the air for me to follow. I finally reached a cliff where the air was free to boast around without trees in its way, and its whirling movement was so strong it nearly made me fall. I managed to stagger to the edge and peer down. From where the voice came there was a load of rocks that looked like they had fallen from the cliff face. I climbed down carefully. It was there, from behind an enormous rock, from where Wolf's voice came.

I pressed myself against the rock and called his name. He answered back weakly. I tried to move the rock, but pushing it was useless as it was too big and, anyway, I was so tired it was even difficult for me to stand straight. 'Are you okay?', I asked. He said he was. I decided to sit beside the rock and talk to Wolf, so that he wouldn't feel lonely.

I tried to see through the cracks in the rock, but everything was utter darkness. I called and Wolf put through a crack his paw glove, which was now dirty and shredded, and I grabbed it with both my hands and stroked it. I told him I missed him and that the forest's oaks are very scary when you're alone. Soon I felt awfully tired, and it became hard to keep my eyes open. A while later, Wolf's hand lost its grip on mine and slowly slipped back into the blackness of the crack. I called his name, but he wouldn't answer anymore. I stayed there for some time, trying to hear Wolf's breathing behind the rock. I called his name again, and then tiredness pushed desperate tears out of my eyes.

Author

Ronald Küppers Johansson

It was the first time ever a bird cried over the death of a wolf.

Finalistas - Lengua Castellana

Título Escuela	Autor/a	Pág
Yuki cae y cae St. Paul's School España	Héctor Barbeá Ey	13
La gran Mirna St. Paul's School España	Martí Alegria Baeza	14
iLibertad! St. Paul's School España	Blanca Valero Morales	16
Indira St. Paul's School España	Carlota Vicente-Arche	17
No cambies el mundo cámbiate a ti mismo Almedia España	Santiago Garcia San Vicente	19
El árbol que hablaba Valldemia España	Marc Grau Pujol	21
El despertar Elians British School España	Miquel Mayor Tortosa	23
¿Poder divino o corazón divino? St. Paul's School España	Andrea Guerrero García	25
La sombra del fuego St. Paul's School España	Gerard Oliva Estevez	29
Mis montañas St. Paul's School España	David Galindo Cutillas	32
Conversaciones secretas de un escritor Universidad Peruana de Ciencias Perú	Giancarlo de la Cruz Hunnay	35
El insólito florecimiento de las rositas de pitimíní Roig Tesalia España	Martí Casal Pelegrí	38
¿Dónde van los sueños rotos? CPEPS Ntra. Sra. de Begoña LBHIP España	Mario Agiriano Benéitez	42
Londres 1843 Pare Manyanet España	Andrea Godoy Covero	45
¿Podría hablar con el Sr. Somers? Oak House España	Ronald Küppers Johansson	51

Finalistes - Llengua Catalana

Títol Escola	Autor/a	Pàg
WhatsApp amb Napoleó? Roig Tesalia Espanya	Aina Casal Pelegrí	55
La història que canviarà el món CEIP Eramprunyà Espanya	Àxel Broch Masana	59
La voluntat de no ser diferent St. Paul's School Espanya	Kàtia Mezquita Campamà	61
Ahir, avui, demà CEIP Eramprunyà Espanya	David Marínez Camarasa	62
Selene Col·legi Episcopal de Lleida Espanya	Etna Miró Escobar	63
El guardià Mestral Espanya	Jordi Casanellas Casanovas	66
El nen de l'habitació del costat Pare Manyanet Espanya	Ana Beatobe Lacorzana	69
Cuscús amb be amb harissa Pare Manyanet Espanya	Pol Guix Estrada	71
Quan tanquem els ulls IES Vallvera Espanya	Júlia Suñer Coma	73
Un viatge amb l'Isadora St. Paul's School Espanya	María Sanchez Rull	75
Tot el que resta Montserrat Espanya	Laura Solé Aymamí	78
Agost Valldemia Espanya	Elisabeth Gili Barbena	81
Acció IES Jaume Callís Espanya	Clàudia Isern Blasco	84
Carta del front Sant Ignasi Espanya	M ^a del Mar Prat Bas	85
Àngel IES Francesc Ribalta Espanya	Emma Fraxanet Morales	88

Short - Listed Stories - English Language

Title School	Author	Page
The Devil's Water Scotland Ardvreck School Scotland	Ellie Ridley	91
Kate Borel Middle School USA	Noomi Yumei Vandrilip	93
Raw Innocence Birla Blika Vidyapeeth India	Bhavya Arora	95
Guinea Pig's Adventure Scotland Ardvreck School Scotland	Charlie Aldrige	105
The Whistle Blower Scotland Ardvreck School Scotland	Kit MacLellan	106
Chestnut-Eyed Wonder Ratcliffe College England	Luke Gyesei-Appiah	101
The Scarlet Pearl L.R. Holmes Jr. High Scholl USA	Katia Haugstad	105
The Refuge Jasper High School USA	Meraal Mamoon Hokeem	107
The Highland Battle Scotland Ardvreck School Scotland	James Houldsworth	110
Autumn Colegio Franklin Delano Roosevelt Perú	Cristóbal de Losada	112
Unspoken Memories of a Broken Soul IES Jaume Callís Spain	Anna Parcerisas Casanovas	114
Lost Importance of Love Sri Aurobindo International School India	Puri Gunjan	116
Ashes Montclar Spain	Clara Fernández Peláez	117
The Worst of the Sins St. Paul's School Spain	Silvia Aguado-Martínez Marimón	118
Bird and Wolf Oak House School Spain	Ronald Küppers Johansson	120

- | | |
|---|--|
| 1 Agora
<i>Madrid España</i> | 18 Institut de Constantí
<i>Constantí España</i> |
| 2 Almedia
<i>Callosa d'en Sarria España</i> | 19 Cpeips Ander Deuna Ikastola
<i>Hilbhip Sopelana España</i> |
| 3 Amity International School
<i>Ghaziabad Uttar Pradesh India</i> | 20 Cpeps Ntra. Sra. De Begoña
<i>Lbhip Bilbao España</i> |
| 4 Antonio Machado
<i>Sevilla España</i> | 21 D.A.V Public School
<i>India India</i> |
| 5 Ardvreck School
<i>Scotland Scotland</i> | 22 Daina Isard
<i>Olesa De Montserrat España</i> |
| 6 Birla Balika Vidyapeeth
<i>Rajasthan India</i> | 23 Delhi Public School
<i>Vijayawada India</i> |
| 7 Borel Middle School
<i>California Usa</i> | 24 El Carme
<i>Sant Sadurni d'Anoia España</i> |
| 8 Casa Del Roure
<i>Barcelona España</i> | 25 El Roser
<i>Sant Julià De Vilatorra España</i> |
| 9 Ceip L'eramprunyà
<i>Gavà España</i> | 26 Elians British School
<i>La Nuncia España</i> |
| 10 Central Mindanao University
Laboratory High School
<i>Bukidnon, Mindanao Filipinas</i> | 27 Escola Pia de Caldes de Montbui
<i>Caldes De Montbui España</i> |
| 11 Centro Educativo Agora Masia Bach S.L.
<i>San Esteve De Sesrovires España</i> | 28 Europa
<i>Sant Cugat Del Vallès España</i> |
| 12 Chinmaya ViDyalaya
<i>Tamil Nadu India</i> | 29 Fedac
<i>Montcada I Reixac España</i> |
| 13 City Montessori School
<i>Lucknow Uttar Pradesh India</i> | 30 Gore High School
<i>Gore New Zeland</i> |
| 14 Cluny Convent High School
<i>Malleswaram, Bangalore India</i> | 31 IES Arxiduc Lluís Salvador
<i>Palma España</i> |
| 15 Col·legi Episcopal de Lleida
<i>Lleida España</i> | 32 IES Bisbe Sivilla
<i>Calella España</i> |
| 16 Colegio Franklin Delano Roosevelt
<i>Lima Perú</i> | 33 IES De Castellbisbal
<i>Castellbisbal España</i> |
| 17 Comfandi Yumbo
<i>Valle Del Cauca Colombia</i> | 34 IES De Palamós
<i>Palamós España</i> |

ESCUELAS PARTICIPANTES

- | | | | |
|---|--|--|---|
| 35 IES Emperador Carles
<i>Barcelona</i> España | 51 La Salle Antúnez
<i>Las Palmas de Gran Canaria</i> España | 67 Montclar
<i>Jorba</i> España | 84 Santa Anna
<i>Lleida</i> España |
| 36 IES Fermín BouZa Brey
<i>Vilagarcía</i> España | 52 Lahore Grammar School
<i>Lahore</i> Pakistan | 68 Montserrat
<i>Barcelona</i> España | 85 Santa Eulalia-Escolapias-
<i>Merida</i> España |
| 37 IES Francesc Ribalta
<i>Lleida</i> España | 53 L'Eramprunyà
España | 69 Nath Valley School
<i>Cantt.P.O.Aurangabad</i> India | 86 Santo Angel
<i>Palencia</i> España |
| 38 IES Gabriel Ferrater I Soler
<i>Reus</i> España | 54 L'Escola
<i>Sabadell</i> España | 70 Nelva
<i>Murcia</i> España | 87 Severo Ochoa
<i>Esplugues De Llobregat</i> España |
| 39 IES Jaume Callís
<i>Vic</i> España | 55 Lestonnac
<i>Calella</i> España | 71 Nuestra Señora Del Carmen
<i>Valdivia</i> Chile | 88 Somalwar Jr. College Khamla,
<i>Nagpur-Maharashtra</i> India |
| 40 IES Joan Puig I Ferrerter
<i>La Selva Del Camp</i> España | 56 Liceo Nº1 Eduardo Fabini
Uruguay | 72 Oak House
<i>Barcelona</i> España | 89 Sri Aurobindo International School
<i>Patiala, Punjab</i> India |
| 41 IES Vallvera
<i>Salt</i> España | 57 Little Rock Indian School
<i>Karnataka</i> India | 73 Oak Meadow High School
<i>Brattleboro</i> Usa | 90 St. Paul's School
<i>Barcelona</i> España |
| 42 Indian School Salalah
<i>Salalah</i> Oman | 58 Loreto Convent Valley Road
<i>Nairobi</i> Kenya | 74 Pare Manyanet
<i>Barcelona</i> España | 91 St.Soldier Divine Public School
<i>Naya Nangal</i> India |
| 43 IES La Senia
<i>Paiporta</i> España | 59 Los Abetos
<i>Manzanares El Real</i> España | 75 Pineda
<i>L'hospitalet De Llobregat</i> España | 92 Sultan Abu Bakar School (S.A.B.S.)
<i>Kuantan, Pahang</i> Malaysia |
| 44 International Islamic
University Schools
<i>Islamabad</i> Pakistan | 60 Maharana Pratap Education Centre
<i>Kanpur</i> India | 76 Pràctiques 1
<i>Lleida</i> España | 93 Sultan Sulaiman Shah School
<i>Malaysia</i> Malaysia |
| 45 IES Jándula
<i>Jándula</i> España | 61 Manresa School
<i>Bf Homes, Paranaque City</i> Filipinas | 77 Ratcliffe College
<i>Leicester</i> England | 94 The Oxford Senior Secondary School
<i>Bangalore</i> India |
| 46 Jardí
<i>Granollers</i> España | 62 Manuel Solá
<i>Ciudad Autónoma De Buenos Aires</i> Argentina | 78 Roig Tesalia
<i>Barcelona</i> España | 95 Tiyumba M/A School
<i>Tamale</i> Ghana |
| 47 Jasper High School
<i>Plano</i> USA | 63 Maristes La Immaculada
<i>Barcelona</i> España | 79 Roots School System
<i>Dha, Islamabad</i> Pakistan | 96 Udgam School For Children
<i>Thaltej, Ahmedabad, Gujarat</i> India |
| 48 Jaume Huguet
<i>Valls</i> España | 64 Maristes Montserrat
<i>Lleida</i> España | 80 Saint Patrick's High
<i>O'levels</i> Pakistan | 97 Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas
<i>Lima</i> Perú |
| 49 Kendriya Vidyalaya
<i>Ballygunge</i> India | 65 Memorial Science & Technology
High School
<i>Manila</i> Filipinas | 81 Sant Ignasi
<i>Barcelona</i> España | 98 Valldemia
<i>Mataró</i> España |
| 50 L.R. Holmes Jr. High School
<i>Cedar Falls</i> USA | 66 Mestral
<i>Jorba</i> España | 82 Sant Josep Obrer I
<i>Palma</i> España | 99 Vila-Roja
<i>Almassora</i> España |
| | | 83 Sant Miquel
<i>Aiguamúrcia</i> España | 100 Witchford Village College
<i>Witchford, Ely Cambridgeshire</i> England |



ST. PAUL'S SCHOOL

Avda. Pearson 39-45. 08034 Barcelona

Tel. 93 203 05 00 e-mail: secretaria@stpaul.es www.stpauls.es